

LEND
DA
ICA
DFA
LOS
MADA

8





1361763
CIL-28



ARTICOLO CINQUE VINCITA

—————

LA SUA VINCITA

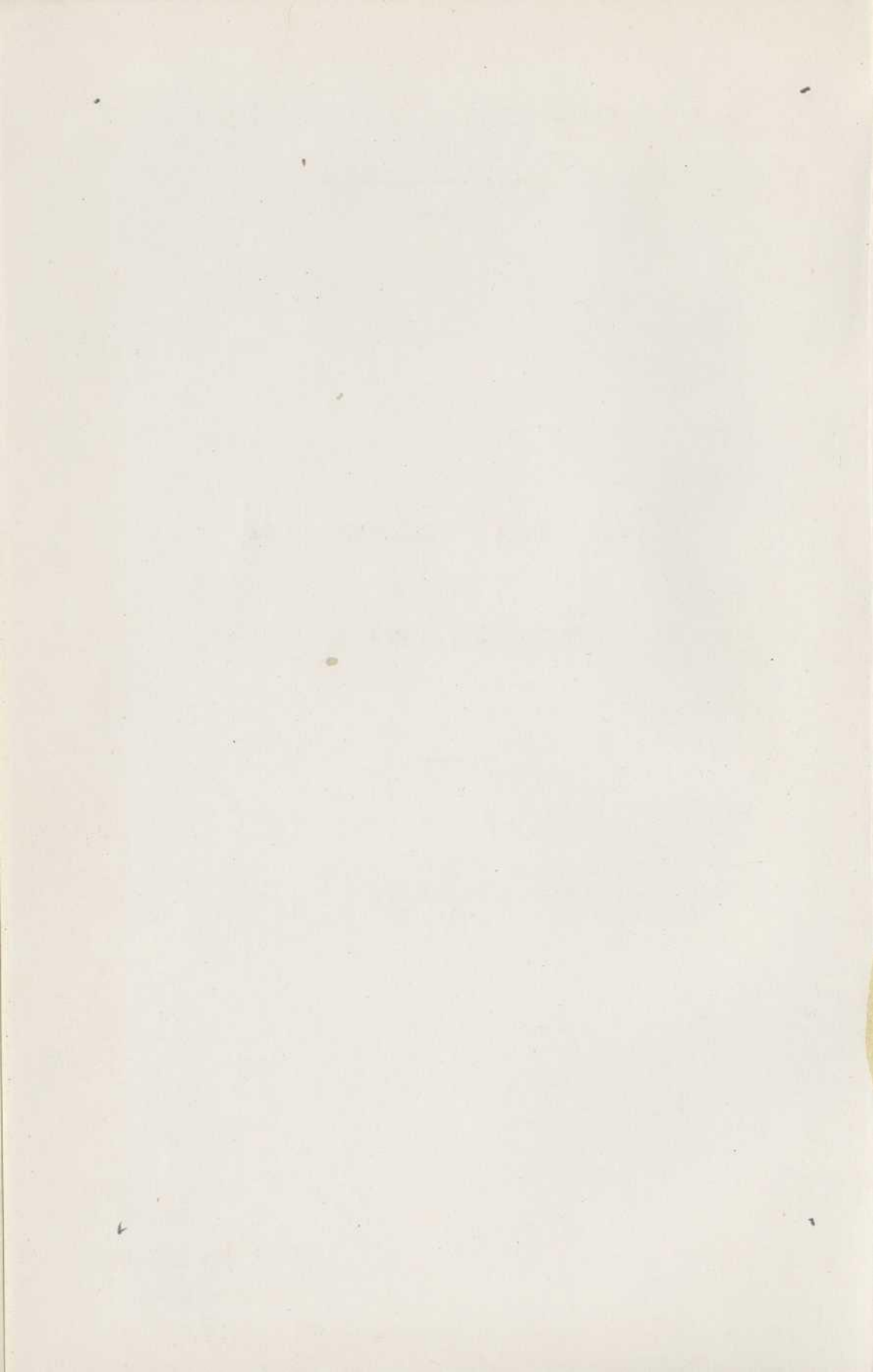
LOI

—————

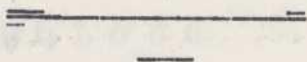
[Faint, illegible handwriting]

Milano (in Italia)

gennaio 1988



ANTONIO CILLERO ULECIA



LA SAGA MALDITA DE
LOS
TORQUEMADA



Tobia (LA RIOJA)

Febrero 1980

ANTONIO GILBERTO ULLCIA

LA BAGA ADAS ATILIAN DE

LOS

TORQUEMADA

A mi amigo y "mecenas", el Conde de
Valdellano, don José Domínguez Aréva-
lo, que tanto me ha informado sobre his-
toria nacional y gentes de nuestra Villa.

A.C.U.

José (LA ROLA)

Febrero 1888

1

PRÓLOGO...

Anónimo lector:

Con la audacia que me permite el no tenerte por conocido y mucho menos que sepas quién es el autor, pongo en tus manos esta novela que he dado en llamar: LA SAGA MALDITA DE LOS TORQUEMADA.

No supongas que ellos son familiares de aquel Fray Tomás, personaje populárrimo, que tanto destacó con sus -así se dice - ocho mil quemantes fogatas humanas, haciendo bueno el ambicioso título de Gran Inquisidor.

Mi reducida capacidad intelectual no alcanza para ocuparme de semejante aventura nacional. Me he limitado a tomar como modelo a una familia, que vivió o, que pudo vivir, en un pueblo de La Rioja, precisamente aquel mismo donde a mí también me nacieron. Le tengo cariño a mi tierra y reconocí que, sabiéndome bien el terreno, podían moverse cómodamente sobre su tinglado unos personajes no poco distintos al común de los que allí nacen, crecen y mueren. De ahí el haber elegido esa parcela nacional.

Sé que, cuando leas estas páginas, en más de una ocasión vas a decir: ¿Es verdad lo que éste escritor aquí cuenta, o se lo ha sacado por las buenas de su caletre...? Yo te advierto, es-

timado anónimo, que, si tal oyese podía decirte:

Y yo... ¿qué sé...? ¿Qué se yo hasta donde llega en todo humano y en todo clan la verdad y la mentira, la bondad y la canallada? Si te parecen relatos lógicos pues dalos por buenos.

Si te parecen excesivos... esa es cosa muy tuya.

Si crees que esas acciones caben dentro de una realidad del siglo XIX, y, del que el escritor ha vivido, pues tómalas como justas y paz Cristi.

Si crees que hay excesiva maldad, pues-¿qué te puedo yo decir, estando donde "estoy," y tú leyendo?- recházalas y san seacabó. Pero, te

advierto, que son vidas y generaciones de las que hay muchas -¡muchas;- en este hermoso país que llamamos España, y, también, en no pocas naciones más cultas que la nuestra y, también -¿por que no?- más bestias que nosotros, que, como no has de ignorar: a todo hay quien te gana.

Lo que importa, amigo mío, es saber que, el mal, viene desde siempre; desde que el hombre se puso erguido y siguió siendo animal reproductor. Que esa maldad se transmite de unos a otros, tanto que sea por genes, -ya por la investigación no lo achacamos a la sangre-, como por espejo de lo que un día se vió en los mayores, o, por egoísmo para adquirir riquezas o poder.

Valía la pena destacar -eso me creí yo- que hay seres y familias enteras que esperan el desquite sobre el semejante aprovechando una ocasión cual

quiera, o un cambio de gobierno , -vaya hacia un color o hacia otro, y que es entonces cuando aprovechan esas circunstancias favorables a ellos para desatar sus instintos cainitas. El mal, el gran mal humano viene desde allí; desde lo más remoto de la historia y esto aún no se ha superado, por tanto, no te fijes en que sea un apellido relumbrón llamado Torquemada, porque igual pudo llamarse Herodes, Caifás o Nerón. La saga que cito, tanto pudo ser ella como esa otra que lleva nombre de pueblos, bien que se denominen: judíos... mahometanos... budistas o cristianos, ¿qué más dará, acaso no son todos de las mismas intenciones y manejan los mismos resortes para su crecimiento?

Si el libro lo leyeres en el siglo XXI -que así es pero que sea- yo sé que vais a tener, -que tenéis ya, más problemas políticos, económicos y sociales, que cuantos se vieron y vivieron desde siempre en todo pueblo salvaje o altamente civilizado.

Ya entenderás cómo en el libro, según se avanza en tiempo y generaciones, más aumenta el odio y la criminalidad. De ahí que yo me suponga que, el siglo que viene, -o sea el tuyo que no conoceré-, será el peor de todos, pero os quedará la esperanza de que el XXII aún le ganará en destrucción, salvo que por una reacción de la Naturaleza haya que comenzar a retroceder, empezando otra vez por inventar la rueda.

Ya verás, si aguantas hasta el final, que la cuarta generación no es mejor que la primera de la que he

- partido para testimoniar esta saga.

- Si el agitado vivir sigue como va, la falta de
- sentimientos y la poca conciencia hacia el semejan-
- te, me supongo que estará en esa época mucho más en
- quiebra que la de mi tiempo y, siendo así, nadie la
- deseará poseer. Si ello así fuera, allá vosotros
- con vuestra ciencia y siga yo y los que me precedie-
- ron en la santa paz que me permite estar desintegra-
- do y no ver crímenes y guerras tan crueles como se
- han visto en el siglo XX que me tocó pulsar y pade-
- cer.

- No trates de hallar rasgos familiares o vivencias
- lógicas en estos Torquemada. Todos ellos tuvieron
- su final como lo tiene ésta obra o una casa cuando
- se le ha puesto la última teja y le da su retoque
- definitivo. De ellos sólo queda ceniza esté-
- ril y espolvoreada, la que estoy seguro que no fue nu-
- tricia ni para las plantas.

Esta es una historia finiquitada que espero te in-
- terese y, por tanto, le haga buen provecho a esa peque-
- ña zona del intelecto sentimental que aún irá quedan-
- do en el zarandeado y achuchado mundo que os dejó co-
- mo herencia, el "homo sapiens" del siglo XX, donde,
- como juego de niños pero con intenciones de los pro-
- pios Trastamara, creó en una mala duermevela; mecani-
- zación, átomo, astronáutica, y, la informática.

LIBRO PRIMERO

LA CREACION

Entre Aragón y Castilla, la Vieja; entre las tierras mesetarias de la celtibérica Soria y el frondoso y húmedo país de los Vascones, existe una región variada y multiforme, que, si bien se analiza, puede ser una condensación de esas cuatro tierras limítrofes que la polarizan, la acarician y la cercan, pero que nunca le ahogan, más aún que, incluso, sus muchas facetas vitales son consecuencia, crisol, de la mejor solera de ambas regiones.

Esta es La Rioja, la de las gigantescas montañas cuajadas de bosques milenarios con hayedos y encinares, que son continuación por tierras de Cameros de los hermanos campos numantinos. La de bríosos y transparentes ríos y edénicas majadas. La de exuberantes tierras bajas que, unas veces riega con delicadeza y, otras, arrastra sin miramientos el padre Ebro. Tierras de verduras y de sabrosos frutos. Campos de sol y de fuego por Autol, Alfaro y Arnedo.

Esta es La Rioja, la de lomas con suaves declives, adornadas con centenarias vides y helénicos olivares, que añoran troncos reales hermanando gestas por tierras de Iruña y Nájera, Pamplona y Logroño: dos ramas de un mismo tronco. Tierra es esta de dantescas cresterías calizas entre campos de miel y mosto por las riberas de Haro y Labastida, para can

tarle piropos a un néctar riojalteño y por segundo apellido: alavés.

Tierras ocres con horizonte de patata y cereal, por la riojilla burgalesa, de la que nunca Santo Domingo se pudo aislar desde su cuna hasta el finar, y así le dio por construir caminos y puentes para a Santiago mejor llegar.

Y, en el corazón de esta silueta, a semejanza de animal prehistórico, que es la templada alegre y sabrosa Rioja: Logroño, el antiquísimo Lucronio y su región central llena de historia en villas milenarias, cuajada preñadas de vitalismo y de arte.

¡Ah, La Rioja nuestra de hoy... ¡La Waled-Assikia de nuestros antepasados árabes; ¡La bien vestida, bien cantada y mejor regada de todas las tierras de España;

Esa Rioja, que tiene uno de los cielos más transparentes de la península ibérica. El imponente filtro de aire que ejerce La Demanda, Los Cameros, La Sierra Cantabra y el Ebro que la surca de parte a parte, hacen que la limpieza del viento y el cristalino espacio celeste sea delicado, suave, impoluto.

En este bello escenario por donde durante muchos siglos atravesaban celtas, romanos, godos, visigodos, y, ^{árabes} romeros, camino de Compostela, tomando y dejando lo mejor de la cultura y picaresca, es donde vamos a comenzar nuestro fantástico e histórico relato.

Estamos en el año 1800. Ha dado comienzo el siglo XIX. Cerca de Logroño, a dos leguas de la ciudad y por el Camino Real Francés o, de Santiago, que conduce a Nájera y, después, a Santo Domingo de la Calzada, en

el centro de una rica vega, hay una hermosa Villa, elevada en el siglo X como castillo fuerte, sobre un pequeño cerro circular. El poblado está cercado por las murallas que descienden desde la fortaleza.

En el vértice del cono, al pie del fortín había grande aljibe, para proteger a la población en caso de asedio. Este castillo se cita ya en tiempo de los Trastamara, y fue en esa Villa donde hizo alto el rey Don Pedro "El Cruel", pernoctando varias noches, para organizar la batalla contra el bastardo Enrique, aquel que había llegado días antes a Nájera, sirviendo de frontera para separar odios y ambiciones e, incluso, a veinte mil hombres-que buscaban morir en defensa de uno u otro pretendiente- el río Najerilla.

En ambos ejércitos van príncipes y grandes hombres de Inglaterra y Francia. En ambos ejércitos va la que entonces se podía llamar "flor y nata de los guerreros", y van también, las grandes mesnadas de pobres hombres a morir por una soldada, que era el jornal de su tiempo: jornal guerrero del medievo para morir matando.

Una vez más acuden a España, desde el extranjero, gentes enemigas que arriban por caminos y campo a través, para destrozarnos nuestros hombres y nuestro suelo, tantas veces hollado por mercenarios e ignorantes agresores.

Días después, en Navarrete, serán juzgados los presos más importantes de las huestes de don Enrique, tras el desastre más grande que conoció ese siglo.

Entre los presos está el popular y terrible guerrero, Du-Guesclín. Hay duques y condes. Hay

obispos y capitanes. Está el Príncipe de Gales, quien años después será Rey en Inglaterra, pero, no hay entre los presos, soldados, porque éstos, o quedaron muertos sobre el terreno, en eso que llaman "campo del honor",—por tierras de Ventosa y Alésón, o fueron, huídos y maldicientes, en busca de sus hogares que están a cientos de leguas de La Rioja.

Entre los grandes jefes detenidos está también, el Mariscal de Francia, Andenehan. Hay también un hombre de letras: El Canciller Ayala, Quizá el más valioso luchador —ya lo hemos dicho— es el heredero de la corona de Inglaterra, Príncipe de Gales, Eduardo de Plantagenet, titulado Principe Negro. ¿No es un orgullo, tenerlo preso en la Villa de Navarrete? ¡Nunca jamás volvería eso a repetirse en la historia de estos pueblos;

Fue ésta Villa, en un tiempo sólida fortaleza, y estaba rodeada por grandes murallas. Para entrar a su recinto había que hacerlo mediante seis puertas a las que protegía profundo foso. En su castillo prisión, estuvo detenido durante unas semanas, el Obispo Comunero Acuña. Aquel que fuera Capitán en Toledo durante la rebelión y temiendo al fracaso, huye disfrazado a campo través y llega a La Rioja, buscando Francia, para después presentarse en Roma. Cerca de Villamediana es reconocido y cae preso. Le traen al castillo de Navarrete porque, esa Villa está bajo el mando del Duque de Nájera, que es Alcalde Mayor, y tiene lujoso palacio dentro de sus muros. En Nájera tiene el Duque su majestuoso Alcázar.

No le fue nada cómoda a Navarrete la sublevación comunera. Pagó no poco con la vida de varios de

sus hijos cuando, en 1521, acude a Nájera para sublevarse con sus hermanos y derrotar o, hacer cambiar, el despotismo intolerable que aguantan desde que el Emperador llegó con toda su camarilla de jefes flamencos.

Navarrete es, en el año 1800, una pequeña Toledo. Tiene las calles escalonadas, bajando desde la mitad del cerro hasta el que fuera foso y defensa de la fortaleza. En la mitad del núcleo edilicio está la vía principal o Calle Mayor /Alta y Baja-, con grandes palacios, porque, ésta Villa, quizá haya sido la población que, en igualdad de vecinos, ha tenido la más alta calidad de gentes en las esferas del Estado y el Vaticano. Allí han nacido: Obispos. Capitanes Generales. Confesores de papas y de Monarcas. Testamentarios de Reyes. Ministros, Almirantes. Inquisidores. Teólogos, etc, etc, etc: de todo como en la mayor ciudad de España. Más de cuarenta palacios adornan esa Calle Mayor llena de blasones y de escaleras imperiales. También tiene Navarrete, sus barrios obreros en las Ollerías y en San Juan, y tiene la Judería fuera de lo que hasta el siglo XV constituyó el principal cerco. La judería, como en toda población, se estableció en el Arrabal y, allí estaba -aún se conserva- la iglesia de San Antonio. No faltan en la Villa unos grandes lagares donde los labradores llevan la uva que, por impuesto llamado diezmo, deben entregar para el mantenimiento del clero, y lo mismo la Primicia que entregaban en la Alhóndiga, junto a la Iglesia. ¿Por qué el ser

grandes lagares? Porque los que viven de la doctrina de Cristo, y han de alimentar los trabajadores del pueblo, son dieciocho beneficiados más un campanero y tres sacristanes.

Santiago Plaza era uno de aquellos beneficiados de ración entera que, es de suponer, eran los más privilegiados; otros había de media, y también de cuarta, que tenían que ser los que peor las pasaban en el reparto de productos para comer.

El año 1800 nace en tierras de Pedroso un niño al que le habían de poner Juan y, de sobrenombre, "Torquemada." Su madre, víctima de tuberculosis, muere cuando el niño tiene año y medio. El padre, aquel a quien suponían había sido su padre, porque el pícaro no casó con la moza seducida, murió -poco después - en los abruptos montes de Tobía, cuando tronzaba hayas para una serrería de Nájera. Una de aquellas gigantescas plantas le cayó encima haciendo justicia al mal paso que dio dos años antes y del que se jastaba de no rectificar. El pueblo puso al niño el apodo que ostentaba el padre y, en Navarrete, trataron de que fuera "oficialmente" el que le correspondía.

Quando el niño tenía tres años fue llevado a la Villa de los alfareros, para estar allí bajo el cuidado del beneficiado Plaza y de su hermana Teresa.

Cincuenta años tiene el beneficiado Plaza.

Con ropas que fueron negras en su día, pero que están tirando a verdosas por el castigo de los rayos solares y el mucho uso. Sentado bajo un gran Crucifijo que agoniza sobre fondo lutesco y doliente, está el eclesiástico leyendo un libro con tapas negras.

De vez en cuando, levanta la mirada por sobre los medios cristales de las gafas, y mira al niño que lo tiene de rodillas en mitad del salón con los brazos en cruz. Sobre cada palma de infantil mano mantiene una cerúlea calavera en la que, si ojos tuviera, al Cristo contemplaría. El beneficiado pega un golpe con una mimbre en la mesa mientras que grita con voz de viejo organista:

- ¡Más altas; ¡Más arriba esas manos;

El niño, sube una cuarta más cada brazo, colocándolos en línea horizontal con los hombros. Prieta los dientes, los rechina... y aguanta el llanto al verse convertido en pequeño crucifijo.

- ¡Santiago... deja al niño ya; No le mortifiques tanto, hombre!

- ¡Vete a tu labor, Teresa, y déjanos solos;

- Pero, si el pobre hijo no tiene idea de lo que han hecho. Date cuenta que tiene nueve añitos, sólo nueve añitos.

- "No tiene idea... no tiene idea..." ¡Lo que debe saber es que come y duerme en casa de un sacerdote;

Y que él nunca puede hacer lo que quieran hacer sus amigos... pero éste nunca aprende.

- Yo no quería, tío... Yo no quería...! Me obligaron a entrar y yo no quería; se lo juro por Dios y por mi madre.

- ¡Déjame en paz a Aquel, y no me nombres a la que en mala hora te trajo a este mundo; Sigue en tu penitencia hasta que te he dicho!

Aquí el niño, una vez más, comenzó a llorar de rabia. Al cabo de un rato, el cráneo decapitado que estaba sobre su mano izquierda cayó al suelo rodando como una sandía. Por el susto e intentando agarrarlo se le cayó el otro, y, ambos, rodaban por el suelo donde brillaba muy limpia la tarima.

Teresa dio un ¡Ay! como si aquellas mondas calaveras le hubieran hecho daño encima del moño, y se volvió de espaldas santiguándose por no verlas moviéndose sin poder hacer base.

- ¡Levanta de ahí y cógeme esas dos calaveras con el mayor respeto y las metes en el saco donde me las ha traído el alguacil;

- Sí, tío... sí...

Los cráneos habían ido a meterse debajo de la mesa de escritorio donde el beneficiado pasaba muchas horas del día leyendo o escribiendo.

Metió el niño los dos cráneos en el saco mientras el tío Santiago le decía gritando:

- ¡Ven aquí y júrame por Dios y la Virgen del Sagrario que me vas a decir toda la verdad, toda, toda, toda!

- ¿De rodillas, tío?

- No no. Ahí, ahí junto a ese Rosario, sobre el que vas a poner tu mano mientras juras y, si mientes, se te convertirá el Rosario en víbora que te envenenará la sangre!

- Cuenta, hijo, cuéntanos todo Juanito -le dijo la tía Teresa que era mucho más humana que el mal intencionado sacerdote.

Y, Juanito Torquemada, comenzó diciendo así:

- Estábamos jugando en la fuente los cuatro amigos...

Bueno, en la fuente y en el covachón que está debajo de la plaza, cuando Benito, el de los Castroviejos, nos dijo a Boni, a José Crespo y a mí que, "si queríamos ver muchos esqueletos él nos llevaba a la "Lóndiga", donde estaban todos amontonaos entre las paredes..."

- ¿Qué esqueletos eran esos...?

- ¡Déjale, porra, y no asustes más al crío!

- Está bien, sigue. ¡No llores más y sigue!

- Sí, tío... Entramos por la "Lóndiga" y, en una pared de la iglesia, en la que dá al castillo...

- ¿Los visteis?

- Sí, tío... Aquello está lleno de esqueletos y calaveras, pero no en la iglesia que es fuera...

- Sí. Esos son restos que se bajaron de la anterior iglesia, y de los que se subieron del Convento. Pero yo quiero saber, de quién salió la idea de sacar los cráneos por la calle.

- Fue Benito, fue Benito que nos dijo: Mirar esta noche los vamos a poner colgaos en la fuente con una vela metida dentro de cada uno y una manta colgando, veréis cuando los vean las mozas que van a por agua el julepe que van a pasar.

- Ya. Y a tí te pareció muy divertido.

- No dije ni si ni no, tío. Me callé.

-¿Cómo los vio el alguacil?

- Pues... porque al meterlos Benito en el saco y pretar a correr por la Cuesta el Caño, se le escapó la mano y fueron rodando hasta la carretera...

-¿Ves cómo Juanito no ha sido tan malo como creías?

-¡Calla, tú Teresa; a ver si callas de una vez; Atiéndeme bien tú, pillastre, y escucha una vez más mis consejos. Esas calaveras han sido de un hombre o una mujer santa; de un labrador, de un sacerdote o de un mártir ¿entiendes? ¿Te parece bien llevarlas como si fuesen dos calabazas y ésta noche hacer con ellas mofa como si fuesen cosas de fantasmas o de ánimas? ¡Esas son cosas de judíos, de Judíos;

- ¡Jolines, tío, que yo no quería... pero...

-¡No me llores y no me llores más! Que sea la última vez que me traen a casa líos que armas por el pueblo muy a menudo. Date cuenta que estás en casa de un ministro de Dios. Que no es casa de un pobre hombre que vive en las Ollerías o en el Arrabal ¿Entiendes?

- Déjale, Santiago, déjale que vaya a llevarlas donde te dice, y aquí no ha pasado nada.

- Hazle caso a la tía y de paso, entras en la Iglesia y le rezas diez Padrenuestros al Nazareno

¡Vamos; ¡Vamos;

- Sí, tío sí, lo que usted mande...

- Lo que usted mande y, en saliendo a la calle ya se te ha volao la lección!

Otro día:

- ¡Ven aquí; ¡Ven aquí y dime qué hiciste anoche en casa de La Patatas? Vamos, dímelo de una vez por todas! Y no te muevas tanto, no me bailes tanto que me sacas de quicio!...

- Es que se me clavan, tío, los dos garbanzos en las pupas de las rodillas...

- ¡Claro que se te clavan, y claro que se te clavan!

Mira tú qué dolor tuvo que ser el de Jesucristo con aquella corona de espinas, y no hizo ni una mala mueca. A tí tenían que dolerte en los ojos y en las piernas. ¿Qué le hiciste a La Patatas?

- Fue cosa de Miguel, el de Lázaro Costa...

- El tenía que ser. Familia de renegados es esa y tú estás metido con ellos. Que no sé por qué,

pero te tira siempre lo que va en contra mía...

Tus amigos, o son hijos de los más blasfemos o de los que quemarían la casa de Dios. En fin, cuéntame todo y te libraré de los garbanzos clavándose en las rodillas.

- La señá María, La Patatas, nos dijo Miguel, que echa todas las noches desde la ventana una soga para que le pongan en ella la leche y el pan.

- Ya lo se. Eso ya lo se. La pobre está coja y ciega ¿Qué más, qué más?

- Miguel nos llevó y golpeó con una piedra en la puerta. Ella dijo que "¿quién llamaba?" y él le contestó "que era el sacristán Pedro Armas, y que le iban a decir una Salve para que Santa Lucía le volviera la vista. Le dijo también que, al bajar la cesta con el puchero metiera en ella dos riales pa velas y gastos del oficio..."

- ¡Sinvergüenzas! ¿Ves cómo son de la piel de diablo tus amigos? ¿Qué más? ¡Y tú con ellos! Mi sobrino con ellos... ¿Qué más, que más...?

- Echó la cesta La Patatas y Miguel, cogió los dos riales. Le dijo que si quería ya el pan y la leche, y ella le dijo que, bueno, que se los metieran en la cesta.

- ¿Qué hizo ese maldito hijo de Lázaro Costa?

- Le metió una peña y se meó en el puchero, y le dijo ¡tíre, tíre, que ya va todo bien puesto!... Pero yo no fui, tío, le juro que yo no fui!...

- ¡Sinvergüenzones! ¡Malvados! Y, tú con ellos... Si ya lo se que tú no lo haces... pero lo aplaudes, y te diviertes con ello. Es como aquel público que

seguía a Jesús en el Calvario y muchos, se reían hasta de cuando caía...; Que tienes ya doce años; ¡Doce; ¿Crees, por ventura, que son esos los amigos que te convienen?; Vas unido a los más ladinos, a los peores de la Villa, a los que odian a los que somos pastores de almas!; Te juntas a los hijos de esos que nunca pisan la casa de Dios, y eso es muy peligroso para tu edad.'

—Tío, que yo, no le juro...
 —Tú no, tú no, tú no... Siempre la misma letanía...; Vaya encarguito que nos dejó tu madre, y vaya reliquia que estamos criando, porque tú eres, —te lo dice el tío cura— de la mismísima piel del diablo. ¿Has oído?; Vete; Vete de mi vista: Judas; Fariseo; Vete de mi vista que nos estás sacando en boca de todo el vecindario un día sí y al otro también;

Los franceses entraron hace cuatro años y estaban por todo España como si fuese pan comido su dominación. Pero, aquel era un pan ibero, muy duro

de digerir, que, una cosa es comer y otra que haga buen provecho, y la invasión concertada entre el corso y la coronales estaba resultando no poco constriñida.

Por tierras de La Rioja también hay destacamentos de tropas francesas. Colocan constantemente bandos que, tras de ser leídos a tambor batiente, los pegan en las esquinas y en algunos pilares cuadrangulares del Certijo.

Juan, se ha detenido en uno de estos últimos y cuando comienza a leer se le acerca un hombre que le dice: Léeme, majo, lo que ahí ponen esos cabronazos.

Y, Juanito, leyó aquello que allí estaba escrito a máquina, en caracteres muy grandes: "Orden del día. En el Cuartel General de Burgos a 22 de febrero de 1811.

Roxo, uno de los brigantes más feroces ha sido muerto en Hermua, cerca de Durango, provincia de Vizcaya con otro de iguales propiedades, llamado José Vicente Micolades. Las acciones de estos dos miserables eran vigiladas tiempo hace por los habitantes del país de quien han sido azote...

- ¡Cabronazos! Anda, sigue, majo.

- "Manuel, uno de los Xefes de Mina y su consejero ha sido muerto en las inmediaciones de Tafalla, cuya suerte, igualmente han padecido muchos de su banda.

- ¡Hijos de mil putas! Sigue, guapo, sigue, y lee más bajo, que te oigo bien...

- "Han sido tomados almacenes y municiones de la ban-

da de Despós, que constituían un gran refuerzo con veinte y dos caxones de cartuchos y treinta piezas de paño, que era todo cuanto tenían...

- ¡Ya caeráis...! ¡Ya caeráis todos vosotros...! Sigue.

- "Las columnas enviadas a la Montaña, han apresado a muerto a sesenta brigantes de la banda de Longa y de la de Campillo.

- ¡Me cago en...! Sigue, majo, sigue...

- "Mateo, vecino del pueblo de Arenas, sobre el camino de Reynosa a Santander, teniente de la banda de Longa, lleno de crímenes, encargado por él de llevarse los caballos de los habitantes ha sido ahorcado el 15 de este mes en la plaza de Villarcayo."

- ¡Canallas; Tira, y no me hagas mucho caso...!

- "Dionisio Alvarez, alias Colina, vecino de Agreda, provincia de Soria, hijo del Director de la Aduana de Agreda, teniente de la banda de Longa y su confidente en ejecuciones, ha sido ahorcado el 16 de este mes en Medina de Pomar."

- ¡Todos vosotros colgaréis de los olmos;

- "El Señor Mariscal, viendo que las bandas que ocupan el territorio de su ejército no han querido aprovecharse de la amnistía acordada por él ha dado orden para perseguirlos sin dilación. Ordena a los habitantes de las ciudades y Villas y lugares apresarlos cuando se hallen dispersados por las columnas y todas las veces que se encuentren con fuerza para ello. El Señor Mariscal entiende que todos los que no estén con uniforme, pertenecientes a regimientos

declarados por el antiguo o nuevo gobierno serán tratados como brigantes."

- ¡Claro que sí... Sigue.

- "Es necesario limpiar al país de esta mala canalla. Las autoridades civiles y militares continuarán siempre en recibir la sumisión de los insurgentes que se presenten para gozar de la amnistía.

El Señor Mariscal espera que los pueblos se conducirán de tal modo, que sus habitantes merecerán los mayores elogios."

- ¡No sigas más;

- Aquí pone ya: "Firmado El Mariscal Duque de Istria, Comandante en Jefe del Ejército del Norte en España

Por ampliación: El General Xefe del Estado Mayor. Barón Lecamús.

- ¡Canallas; ¡Cabrones; ¡Asesinos;

Quando lo hubo terminado de leer, aquel hombre al que no conocía Juan, lo llevó del brazo hasta un rincón, donde acababa aquella magnífica arcada sobre la que se elevan los mejores palacios de la Villa, y que muy mal huele todos los días porque en horas de la noche sirve para hacer aguas menores en niños y hombres, y le dijo:

- ¿Sabes qué es esto?

- Sí. Un trabuco...

- ¿Sabes para qué lo llevo encima...?

- No señor...

- Pues lo llevo para matar a uno de esos que has leído al acabar esa parcela. Uno de esos jefes que has dicho, se lo tragará si es que viene a Navarrete.

No lo usaré para un soldado raso, eso no, porque a ese lo train a la fuerza, y, a lo mejor tambien él lo usaría contra su jefe. Éste vomitará todo sobre el pecho de un jefe de esos que mandan ahorcar a nuestros hermanos patriotas. ¿Entiendes? Pero calla, calla, tú eres el sobrino de Plaza...

- Sí señor...

- Escucha, majo. Ven más aquí y escucha. De esto que te he contao, no digas nada a tu tío y la vayamos a joder, ¿eh? ¿Entiendes? Ya sé que eres amigo de mi hijo, pero, de esto nada ¿estamos?...

- Sí señor.

- Que yo sé que aquí tenemos mucha gente mala... así que, ojito, y ná más.

.....

Sentados en torno a la mesa camilla, en el comedor-cito del beneficiado, están los tres que pueblan la casa y el primo Aurelio, que ha bajado de Pedroso. A seguido del sacerdote, todos han hecho

la señal de la Cruz sobre su rostro y pecho. El beneficiado ha rezado un Padrenuestro y, tras de cirlo acabado por el terceto, han comenzado a servirse las patatas que estaban en el centro de la mesa en una fuente navarretana. Las patatas, adornadas con grasa y pimentón, daba gusto verlas. De vez en cuando al meter cada cual su cuchara flotaban dos tallos de chorizo.

Aurelio siguió con el tema que había sido cortado por el rezo y la entrada de Juanito.

- Yo creí que ya sabíais estas cosas, primos. Aquí terció Teresa, quien dijo:

- Aquí se sabe algo, pero, hay mucho miedo, mucho y ellos, (aquí apuntó con el dedo al cura- ellos, más que nadie. No sé en qué parará todo esto.

-Es que no os pasan, Santiago, desde que algunos curas se han echao al monte, y, no me digáis nada aquí desde lo de Mave...

Santiago le cortó la palabra para que continuase sobre aquel hecho de Maabe pero, sin desviarse de él, porque esta es debilidad o malformación del hombre de campo y sierra, que, para llegar a un final de relato se marchan por cien sendas y vericuetos en la conversación haciéndola confusa e interminable. Volviendo más o menos al señorío de Maabe -y no Mahave- siguió diciendo aquel pariente que les llegó de Pedroso:

- El cura de la finca, como os he relatado- era un enemigo de los franceses como yo del pulgón -pongo por caso y ya me entendís-. Era anti-francés de la cabeza a los pies. ;Chacho hasta me ha salido cuarteta;

Oye, que también son los amos ¿eh? pero no estaban en

esa ocasión. Y también los sois vosotros los curas y lo disimuláis como Dios de bien. Bueno, pues sobre lo dicho, parece que, el cura, no los podía ni ver.

Según dicen -oye que todo lo que digo son de oídas y na más; eh?- según dicen, parece que se puso de acuerdo con los pioneros de la finca para que cuando pasase por allá una pequeña tropa extranjera camino de Baños, de Bobadilla, Matute o Anguiano ;zas; voltiala, y así lo hizo. Oye, primo Tiago: ¿qué no podréis vosotros eh, si a bien o a mal viene?... Hombre, no pongas esa cara que sigo, y ya poco falta.

- Eso quiero, que termines...

- Veréis, veréis... Hace cosa de quince días, más o menos, iban de recorrido dos parejas de soldados a caballo. Oye, las cosas de ellos ¿eh?, a ver si me entendís... Dicen, dicen, que salieron de Santo Domingo camino de Badarán, Estollo y Villaverde, para venir a cair otra vez al camino rial, regresando a su cuartel por Nájera. Oye, no me digáis por qué hacían ese recorrido. Como lo oí os lo cuento. El demonio del cura, -y tú me perdonarás primo-, tenía armados a los pioneros de la casa porque fue avisado por un patriota desde Cárdenas del recorrido que llevaban:

-los franceses, pa que me entendáis- No estaban los barones que dicen-; dicen;- andaban por tierras de la Extremadura donde parece que son más ricos que en nuestra tierra. Oye, ¿allá? hacienda a montón... Mucha -¡muchisma;- Claro, pa algo son barones ¿verdá?

Pasaban los franchutes por las tapias de la casa y

velay que se le ocurre al jefe, -ya ves tú cómo tien-
ta el demonio- entrar a pedirles agua fresca... ¿Pa
qué lo haría? Cuando estaban bebiendo todos en

los barriles y al alto: ¡ Pum, Pum, Pum, Pum... ¡cuatro
tiros que salen de cuatro laos y cuatro hombres al
suelo, oye, igual que peleles... eso dicen los que
lo saben: igual que peleles. De soldaos de Napolión?
nada de nada: peleles y ná más que peleles!...

- ¡Dios mío, Dios mío, qué temeridad en un sacerdote;

-dijo el beneficiado Santiago Plaza santiguándose-

- Sigue, Aurelio, sigue, primo, -le dijo Teresa.

- En eso estoy, Tere. ¡Chacho, nadie oyó los dispa-

ros... pero, allá estaban los cuatro más estiraos que
piel de conejo pegada en alorín. ¿Qué creís que hi-

cieron el cura y los pioneros? Oye, que estaba todo

pensao y bien pensao... ¡Enterralos dentro de la fin-

ca, en una era, junto a la tapia! En dos horas todo

ventilao y hasta los caballos descuartizaos y echaos

a los lechones pa que los devoren y no quede ni rastro

de ellos. Que tienen más de sesenta... Que los he

visto yo con mis propios ojos. Al no llegar la

tropa a su cuartel, se teme lo pior el jefe de Santo

Domingo, y sale una compañía pa dar con ellos. Siguen

sus pasos y, un traidor, les dice que iban hacia el Na-

jerilla por cerca de Cárdenas... Otro mocete hay, que

va corriendo a Mave y le dice que van a por ellos.

Coñó, el cura, que de tonto no tenía pelo, les dice que

hay que echase al monte antes de ser cazaos y se van.

Detrás de ellos va la compañía. Preguntan en Ba-
ños y Bobadilla si los han visto, y nadie dice ni más.

Las cosas como son: hay que callarlo con siete lla-
ves,

con siete cerrojos; a machimbre, primo.' Siguen y, en Matute, hay un cobarde que les dice que los ha visto ir camino de Valvanera. Los soldaos quieren ganarles el terreno pero, ellos, ya están allí con los frailes.

- No sigas. No sigas que eso ya lo se.

- ¿Lo sabes? Lo que no sabrás es que, al no querer entregarlos el prior quemaron el convento.

- Lo sé. Y los llevan presos hasta Santo Domingo.

- Si. Pero ¿a que no sabes que dos mujeres de Baños les dijeron; "Joderse y no haberos entregao. Os van a matar como a conejos por no saber defenderos como los hombres;"

- Pero, Aurelio, ¿qué lengua tienes... qué lengua!...

- Oye. Lo que he oído y se dice en la calle ¿eh? La cosa es así y ná más. Al pan pan y, al vino vino.

Este es un hecho [redacted] que vivió La Rioja y del que muy pocos datos históricos se saben. Toda España estaba metida en guerrillas y en continuos asaltos. Napoleón había comprendido que, España, era un difícil hueso de roer por ese orgulloso carácter de ser libres y no soportar planta extranjera dentro de su territorio. EN Castilla, en Vascongadas. en Navarra, por Valencia, Cataluña y Andalucía abundaban los golpes de patriotas que, agrupados en bandas, unas veces al mando de gente de la administración, otras, bajo un pequeño militar, un labriego o un cura rural, diezmaban a los invasores y les impedían gobernar con reposo.

Mientras tanto, se pedían en La Rioja cereales,

legumbres o vino para las tropas del Norte, y guay del municipio que no cumplía la orden inmediatamente; podía ser sospechosa la autoridad de saboteadora o de brigante...

En no pocos lugares, aprovechando que los buenos patriotas se echaban al monte para defender España, otros lo hacían para robar ganado ejerciendo de cuatrero, y no faltaban tampoco quienes se dedicaban al robo y al crimen, que, en tiempo de guerra, nos todos los ciudadanos entienden las obligaciones del honor y del patriotismo.

Hace tres días se ha cometido un grave crimen en las cercanías de Navarrete. Un ganadero de Genicero ha traído para vender a la Villa un pequeño rebaño de ovejas. Le ha hecho la venta a un carnicero que es padre de un mozarrón fuerte y torpe al que llaman Josesón. Esta familia tiene cinco hijos más y Josesón es el mayor, el que va con el rebaño.

Cuando estaban en la cocina efectuando el pago, éste, que no había ido al campo por la llovizna, escuchaba tras de la puerta cómo se contaba el dinero. Inmediatamente salió corriendo hacia las Ollerías para llamar a su mejor amigo. Silbó tres veces desde la calle y, al oírlo aquel que ejercía con su padre de carrasquero, -oficio que consistía en venderle a los alfareros una carga de carrasca-, bajó Angulito.

Metidos en la cuadra le decía Josesón:

- Le ha pagao la compra mi madre y están merendando en el cuvachón del tío Porringla, celebrando el trato. ¿Quieres que le robemos toda la bolsa eh, eh?

¿Te atreves Angulito?

- No se qué te diga... ¿Dónde sería...?

- En el camino de Cenicero, cuando hace -ya sabes- cambio con el de Fuenmayor. En ese pago no hay ni Dios que nos oiga.

- ¿Y si nos sale mal el golpe, Josesón?

- Tú confía en mí ¿No salió bien el de la casa de Arjona en el tardío, o qué?

- Aquel sí, sí, pero... Oye ¿dices que ha trido un mocete con él?

- ¡Bah! Un crío de trece años. Ese no es ni pa tomalo en cuenta.

- Lo que quieras Josesón, pero, mira que.... que si tropezamos...

- Cóguele el trabuco a tu padre y un cuchillo de la cocina a tu madre, que yo también llevaré lo mío. Marchamos dentro de un rato ¿Quieres o no?

- Bueno. Oye, pero, sin sangre ¿eh? Eso sobre todo. Si no es así no voy, que tú te calientas y no sabes lo que haces...

- Descuida hombre, descuida. No hará falta.

Silbando bajaba corriendo por la calleja que va detrás de la iglesia, y más contento que todas las cosas.

Subió al alto y cogió un gorro y una casaca que allí tenía escondida y que era de un soldado francés.

Entró en la cocina y le dijo al padre que iba a San Cristobal, para ver qué hacían las ovejas que llevaban unas horas abandonadas. Les pareció bien a los padres y hasta comentaron con el de Cenicero el buen pastor que era su hijo y el cariño que le tenía a la hacienda.

A las siete y media de la tarde, cuando cantaba la alondra sobre las tierras rojizas y salitrosas en esos parajes secanos, entre sombras y el ruido de cuatro hierros al ser pisados por la bestia, avanzaba la mula del ganadero venido de fuera para hacer negocio en la Villa. De pronto, se asustó el animal, dio un respiro hondo y colocó las orejas tan erguidas como si fuesen puntas de lanza.

- Padre... la mula nota que hay gente o animal cerca.

- No tengas miedo, Pablito, que eso no es nada.

- ¡Jolín, ... padre, teníamos que haber salido sin merendar pa' pasar Buicio antes de la noche...

De pronto, dos hombres se colocan en el camino. Uno de ellos lleva un arma de fuego en la mano.

— ¡¡Quietos ahí!!

La mula hace un giro y cae el niño al suelo dando un fuerte grito de dolor. El padre se tira del animal y pretende acercarse, pero no le dejan:

- ¡Quieto ahí; ¡Atrás; ¡Ven aquí tú; ¡Apúntale

al pecho con el trabuco y, si se mueve, mátalo;

¡Venga ese dinero; ¡Saca la bolsa de la faja;

— Hombre, hombre... así que eres el de las ovejas, eh?

Ya te he calao la jugada...

- ¡¡El dinero he dicho!!

— ¡Mi hijo! ¡Está muriéndose mi hijo!

Quiso ir donde el hijo sangraba de nariz y boca al haber caído contra una piedra, pero, un cuchillo le atravesó la yugular mientras que unas manos le arrancaban de la faja el dinero cobrado. Sólo pudo oír que uno al otro le decía:

— ¿Por qué has hecho esto, Josesón?

— ¿No has visto que me ha conocido el cabrón? ¡Vamos al pueblo y a seguir como si nada... Yo, a las ovejas, y tú al Certijo pá' que te vean los amigos...

Al día siguiente todos los vecinos sabían el hecho criminal, mientras que, en la Alhóndiga Municipal, estaban tendidos los dos cadáveres esperando el traslado hasta Cenicero.

Antes del medio día era detenido Josesón. Había perdido aquel gorro francés por el camino y era bien conocido entre los jóvenes, porque, con él se había disfrazado en los últimos Carnavales.

Detenidos están los dos malhechores en la Casa de la Villa. Debajo del portal hay unos calabozos oscuros como mazmorras. Sólo tienen una pequeña luz que les baja de lo alto por una rejilla que está en el mismo suelo que dá entrada a la casa.

En la Plaza del Coso, se está levantando un patíbulo para ahorcar a Josesón y a Angulito. Llegan los golpes de las tablas claveteadas hasta la plaza de la fuente y bajan los ecos por entre las rejas del tragaluz hasta la mazmorra.

-¿No escuchas, Josesón? ¿Qué será eso? ¿De que son esos golpes que se oyen...?

-¡Bah! No te preocupes, Angulito. Esos son los carreteros de Belorao que han venido a por vino y pegan golpes en las bordelesas que están encima de las galeras, a ver cómo van de llenas...'

- ¿No será el tinglao pa ahorcarnos?

- No hombre no. Eso es en el Coso.

- Me da en la nariz que pue ser pa nosotros...'

- Oye, pues si es, paciencia majo. Hemos jugao a una carta como a las siete y media y nos hemos pasao... Se paga y ná más.

- ¡Yo no quería; ¡Yo no quería; Tú sabes que me llevastes a la fuerza;

- Ya se lo has dicho a los jueces y ya has visto el caso que te han hecho. Tú llevabas el trabuco de tu padre.

- Y tú me lo quitastes pa disparale si hacía falta!

Al amanecer del sábado siguiente colgaban de dos sogas, frente a las casonas que estaban sobre la vieja muralla-entre la Puerta del Caño y la de Santiago-los cuerpos de aquellos delincuentes que, aprovechándose de la grave situación en que vivía España y, con menos inteligencia que un canario, pretendían escamotear a la justicia un crimen, culpando de ello al ejército francés, del que habían hallado un gorro. Pobres recursos cuando, bien sabido es, que no hay deuda que no se pague ni crimen que el tiempo no lo acabe descubriendo.

Hasta Navarrete llegaban noticias de lo que pasaba en Cádiz. De la formación de las Cortes y, hasta de quiénes las componían.

Circulaban bajo temor manifiestos y órdenes. Noticias sobre victorias de los ejércitos al mando de Castaños, o, las cientos de bajas que hacían "El Empecinado" y "El Cura Merino."

También se sabía que, las Cortes de Cádiz, habían sido cerradas y que el Gobierno Provisional se estableció en el Puerto de Santa María.

.....

Ha vuelto Fernando VII a quien llaman "El Deseado," porque toda España esperaba a un Rey que fuese la solución tras de la guerra de independencia. Pero, el deseo, se convirtió bien pronto en decepción. Están presos los liberales, y corre por Castilla y La Rioja una cancioncilla que dice:

" Murieron los liberales.

Murió la Constitución

porque viva el Rey Fernando

la Patria y la Religión. "

¡Ay! ¡Ay, que Rey...! Qué Rey aquel Fernando VII de triste memoria. Ahora, que España quería vivir con una Constitución muy parecida^a la de la Revolución Francesa, -la de 1812- , y que el propio

Rey, en Francia, ha prometido respetarla y defenderla, en cuanto entra en España y llega a Figueras se ha solidarizado con los que buscaban destrozarla, y es él mismo quien la declara nula y sin ningún efecto.

Esto era lo que querían los monárquicos acérrimos y la pequeña masa de seguidores entre los que debemos contar clero y grandes militares. El absolutista Borbón les vino a colmar sus ambiciones de poder y hasta de desquite -¡lo de siempre en este país!-

Llega el monarca a Valencia que lo esperaba con el ejército sublevado a las órdenes del general Francisco J. Elio, y el Rey es llevado en hombros.

Y comienzan los decretos ordenando detenciones de hombres liberales. ¿Quiénes son esos liberales?

Los más eminentes por talento, virtudes y patriotismo. Y, por si esto fuera poco, hasta por su representación social y política. Treinta y dos valiosos hombres, -lo más granado de España en inteligencia-, son detenidos y llevados a las cárceles.

Otros huyen buscando las fronteras. Entre los detenidos no faltan militares y eclesiásticos, porque, en las filas del ejército y de la iglesia nunca faltaron hombres que buscaban ideales más próximos a Cristo que a la casa de Alba. El Rey, -al que llamaron "El Deseado", elimina el cargo de Gobernador Civil, puesto que ahora recae en un militar de alta jerarquía. En Madrid, no faltan grupos que van por las calles gritando: ¡Viva la religión; ¡Abajo las Cortes; ¡Viva Fernando VII; ¡¡Viva la Inquisición; ¡

En casa del beneficiado Plaza todo se sabe, y tras de vivir meses y años asustados, unas veces por las tropas napoleónicas y otras por el miedo a que la autoridad nacional cayera en manos de enemigos de la religión, ahora, -; al fin; - tienen un respiro con El Deseado...

- ¡Teresa! ¡Teresa! ¡

- ¿Qué pasa, Santiago?

- Se dice que hay orden de perseguir a todos los canallas liberales y meterlos en calabozos.

- ¿A todos? ¿Por qué, hermano?

- ¿Cómo que por qué, que por qué...? Porque son unos cochinos y unos traidores con la patria y con la religión! ¡Porque no han respetado nada, ni lo sagrado.!

- Pero ¿a todos?

- Ni uno sólo hay que dejar libre. Hemos de acabar con toda esta canalla, con esta mala semilla y, si es preciso, se arrancará de cuajo hasta sus raíces, para que no vuelva a nacer la mala hierba.

- No sé a qué te refieres, hermano.

- Que, ni hijos, ni hijos de sus hijos, ni hijos de los hijos de sus hijos, deben quedar en pie sobre nuestra amada España.

- ¡Jesús! Pero ¿cómo dices semejantes palabras?

- Lo digo en secreto, aquí, en mi casa, pero estoy deseando de hacerlo realidad para siempre. Y, para que lo sepas, y entiendas tú también que una cosa es la doctrina y otra el modo de vivir, te digo que, el Rey Dn Fernando ha dado orden de volver a restablecer la In -

34 quisición que, en mala hora fue abolida. ¡Así nos ha ido; España debe tener siempre tribunales especiales contra los que no respetan la fe. Aquí, en este país, Teresa, y ya lo has visto, no se puede admitir otra voluntad que la de personas decentes que son los creyentes; los buenos cristianos, y, si tiene que ir a la horca Juan Díaz Martín, que pague con su vida la desviación en que se ha metido.

- ¡Más bajo, hermano, más bajo que te pueden oír los de la calle del Horno que ya sabes cómo son...

- ¡Que me oigan todos; Ya está bien de aguantar insultos y blasfemias cuando pasábamos junto a ellos.

La religión es el pilar más fuerte de España, y pobre del que busque tirarlo para que la patria se destruya: Cien mil púlpitos clamarán a una, y Dios nos dará la razón y la fuerza necesaria para imponer nuestra decisión y la paz de todos los ignorantes! Yo te digo, que no habrá jamás quien nos derrumbe por la tremenda ni mucho menos por doctrina. Apréndete bien esto: tenemos la fuerza de la palabra siempre activa y tenemos las espadas desenvainadas, porque ellas son hijas de nuestros eternos seguidores. Ellas guardan nuestro destino glorioso; Viva el Rey Don Fernando y Viva la Santa Inquisición;

- Pero, chico, chico... estás que no te conozco.

- Es que, por fin, por fin, voy a volver a mandar. Llevaba unos años acobardado porque España no era la de siempre, pero esto se acabó. ¡Abajo la Constitución liberal; ¡Viva el Santo Oficio;

.....

Juan Torquemada había pasado a la pubertad y, apoyado por el pensamiento del tío Santiago, se soñaba gallito con grandes espolones, dentro de aquella juventud ignorante que jugaba bajo la arcada -para ellos Certijo- a hierros, y, a chapas. Esto lo hacían durante los meses de invierno, que, en llegando la primavera, los juegos eran en aquel trinquete que estaba al pie mismo del Camino de Santiago, en la Calle de la Cruz, y, Torquemada, jugaba muy bien. ¡Tenía tanto tiempo a diario para hacerlo;

Navarrete era una Villa de grandes necesidades y de fastuosas casas donde aún se presumía de las apolladas glorias de otros tiempos, de otros siglos.

No faltaba familia de gran influencia en la Corte, y esto se advertía mucho más a partir de San Juan y San Pedro, con la llegada en coches de caballos, aquellos que saliendo de Madrid, Zaragoza, Burgos o Vitoria, acercaban mediante escalas y relevos, a no pocas familias que residían fuera de la Villa.

La iglesia, con el retablo barroco -Churriguera- más fulgurante de España, se llenaba de aristocracia el día de El Corpus y, más aún, en las fiestas agostefías. Era de ver a las ricas familias acudiendo a los oficios religiosos acompañadas de sus damas y criados. Ellas, con sus largos y ricos paños y encajes.

Ellos, con su ropa de gala en las que no faltaban guerreras de soldados, espadas, y capas de terciopelo.

-Era también digno de oírse aquel gran conjunto de be-

beneficiados y sacristanes cantando desde el coro acompañados de un órgano nuevo y gigantesco, que muy bien lo manejaba el organista Román Majuelo.

Las procesiones eran toda una hermosa policromía de resplandores que circulaban por aquella Calle Mayor Alta y Baja, que más parecía arrancada de una provincia andaluza que de la Vieja Castilla, pero es que La Rioja, en su parte central nada tiene que ver con la Cabeza de Castilla ni con la otra Cabeza que se le denominó un día de Extremadura.

Juanito, el sobrino del beneficiado Plaza acompaña a una hija de un jornalero que vive en el barrio de San Juan. Ella es muy guapa, preciosa de cara, de cuerpo y de piel. La acompaña a escondidas, para que no pueda enterarse su tío, porque, el padre de la moza, Liborio Valtierra, es, además de pobre y republicano hasta el tuétano, un blasfemador de primerísima división. Por ello y porque es hombre de grandes virtudes y excelente obrero, goza de las mayores amistades dentro de su baja escala social.

Había cumplido Juanito diecinueve años. Ella tenía diecisiete, cuando, un día, supo que Matilde Valtierra no se hallaba bien del estómago. La cosa ha-

bía comenzado así, que es como en ese tiempo comenzaban^a iniciarse muchas de estas creaciones:

Eran vísperas de Santiago. El cerro Tedeón sobre el que se eleva la Villa, está, en ese 1819, por la parte meridional edificado, y, por la parte Norte, Este y Oeste, acondicionado para sacar de los ricos jalones de arcilla, material para ser llevada poco a poco a los talleres de los alfareros de los que hay una veintena de obradores. Otra parte del cerro está cuajada de eras para trillar las mieses. Estos cientos de plataformas hacen que el cerro esté totalmente escalonados desde el Camino de Santiago hasta el que fuera aljibe del Castillo.

En el mes de julio y, más aún, dentro de la llamada canícula santiagueña, el cerro es un gigantesco ti vivo con el ir y venir de animales rompiendo bálago o arrastrando un trillo cubierto en la parte baja de hierros o pedernales. El escalonamiento de las eras, el ir y tornar en unas hacia la derecha, en otras hacia la izquierda, producen desde la vega un efecto óptico igual que si fuese un mecanismo divertido o diabólico. Todas las eras, y hay más de doscientas, están en movimiento constante. Se canta, se grita, se aventa, se carga paja, se llenan sacos de cebada o trigo, se hacen hacinas de haces que después serán trillados cuando se acabe el acarreo. Se corre a los niños, se oye llorar: de todo, y es que, más de media población está en pleno trabajo de recolección.

A las nueve de la noche algunos labriegos si-

38 guen trabajando en su era propia o prestada; otros la abandonan para continuar la labor al día siguiente.

Ha sido en una de esas eras quizá la mayor de todas, pues^{es} la de los Tosantos y Coca, -en la que trabaja toda la familia de Liborio-, sobre la que ponemos nuestras miradas.

A las diez de la noche acudió -con un poco de timidez- el sobrino del "curángano", que así lo llamaba y de la mejor gana riendo, Liborio. Y acudió para ver cómo llevaban la faena. Allí estaban los padres; estaba Matilde y también Luisito, el hermanillo pequeño.

Ya estaban para marchar cuando llegó el sobrino del beneficiado Plaza. La verdad sea dicha, -sin ofender a nadie y el que se ofenda ajos come-, que, poco o nada le gustaba a Valtierra que su hija fuese con uno que llevaba a diario olores de incienso encima, y que, -para mayor calvario-, a sus diecinueve años ni era del campo, ni de oficio, ni de provecho alguno, pero... pero... eran cosas de críos y en cualquier momento, -pensaba el-, podía pasárseles a uno o a otro la calentura. Incluso un día se lo dijo Liborio a la hija estando en el campo:

- Mira Matilde... mira hija lo que te digo: Que yo no quiero tratar con esas gentes y me estás removiendo el terreno pa enterrarme entre ellos... Que yo no me entenderé jamás con esa tropa, y ya sabes por qué lo digo...

- No se anticipe, padre ¡Jolines! -le dijo Matilde así como enfadada-

- ¡Ni jolines ni hostias! -le dijo el padre soltando una blasfemia.

Es que yo se, Matilde, lo que pasa... Se em-
 pieza como a tropezones y se acaba a los cuatro pies
 y con bendiciones, -pa que te enteres. Y yo, a casa
 de semejantes cristianos, no voy a entrar ni pa la
 extremaunción, pa que me entiendas...

Pues, esa noche de la canícula, decimos que apareció
 por allí el sobrino de los Plaza, y no era para cosa de
 viático ni de confesiones de Liborio, que aún no las ne-
 cesitaba. Le vieron los dos esposos cómo se acer-
 caba "a lo moscón..." -que se dice en La Rioja- y también
 "a lo jaudo" que no está tampoco nada mal la titulación.

Matildita, aunque mucho le agradecía, se puso más co-
 lorada que tomate orejón colocado al sol. La ma-
 dre, que era ducha, porque esa época ya la había vivi-
 do con Liborio, y sabía el galope que saben meter los
 hombres en esas ocasiones, aunque de mala gana trató
 de llevarse al marido para casa, pero, éste, se negaba
 porque no quería dejar a su tierna hija -que la tenía
 en la niña de sus ojos- en los cuernos de un novi-
 llo que se la pudiera cornear de mala manera.

- Mira, Liborio, sabes lo que he pensao, que, en vez
 de traer la cena aquí, nos vamos a casa y volvemos...

- Anda, vete tú a por ella y así no dejamos la labor
 a medias...

- Vamos hombre!... ¿No ves a los chicos cómo se juntan?
 Déjales era libre, Liborio, que tú también la querías
 cuando te acercabas a la de mi padre.

- Eran otros tiempos. Además... que no me gusta nada
 ésto, ni ese mocete... y no me pongas por ejemplo mi

joventú, que nada tenía que ver con los maitines y la leche de estos... Este es otro aire y me paice a mí que no tiene buena cara el nublao...

- No seas bruto Liborio y déjales que ellos se las apañen solos.

- Bueno... pero, que se quede aquí el mocete con ellos.

- Eso está bien. Que se quede Luisito de guardián... pa que descanses mejor... ¡Ay qué malos pensamientos te corren por la cabeza!

- Si sabré yo cosas de estas gentes del oratè...? Si se habrán contado cosas... y éste está metido entre esas torpes maniobras... Que lo se yo...

- Bah... bah... bah... Vamos para casa y déjales que hablen sus cosas.

La madre de Matilde le dijo a la hija sin intención de ver ni sospechar nada:

- Hija, dentro de media hora vas a casa ¿eh? Ni un minuto más ¿Me has oído? Cuando suene la media, quiero verte en casa.

- Si, madre, sí.

- Aquí se queda tu hermano. No me lo mandes detrás. Tú con él, y a casa los dos cuando me has oído.

Tenían el domicilio a cuatro tiros de piedra de la era en la que quedaban los novios y el niño.

A los jovencitos enamorados -es lógico- les estorbaba el pequeño de ocho años y fue Matilde, la que le dijo con la mejor manera, pero buscando esa libertad que es esencial para todo humano:

- Luisito, coge los dos barriles y vas a la fuente para que padre tenga agua fresca esta noche. No entres

en casa. Vete derecho por la calle de arriba

o- ¿Los lavo?

- Claro que sí, cariño. Dos o tres aguas a cada uno para sacarles el polvo de la era.

Y se fue el niño no sin saber que aquella recomendación de lavarlos era para perder más tiempo y quedarse libres de miradas. Los niños nacen sabiendo todo, todo, desde que comienzan a dar las primeras carreras, no hay picardía que no les aparezca como venida desde la nebulosa de los más primitivos ancestros.

En la hacina de cada era, cuando había trabajo para varios días, se hacía una especie de cabaña, por si llovía para refugiarse y, también, para meter el agua, la ropa y hasta para echar una siesta a la sombra.

Allí se metieron los dos novios en clandestinidad sin decir una sola palabra. Y se metieron también porque en las eras próximas no pasaban por alto que Juanito iba en busca de Matildita, la de Valtierra.

Meterse en el chozo de cebada y abrazarse fue todo uno. ¡Ah qué delirio de amor era aquel! Si no podían vivir el uno sin el otro. Basta que era prohibido para haber nacido con más pasión. Llevaban cuatro semanas viéndose de noche por el Certijo, por los Cocinos -que es una calle oscura como boca de lobo, porque corre debajo de los palacios entre el foso y la Calle Mayor- y, en cada reunión, era un violento choque de ilusiones, emociones y libaciones...

Matilde acudía a la fuente con el cántaro, antes de la hora de cenar. Juanito ya sabía a qué hora te-

nía que ir para encontrarse, y la esperaba bajo el palacio de los Domínguez Arévalo o junto a los lagares de los Heredia. Allí se daban diez, cien besos interminables, maravillosos. ¿Qué importaba para aquel amor, saber que él era sobrino de un beneficiado, que no tenía futuro, y que ella era la hija de un blasfemo republicano llamado Liborio Valtierra?

Eso eran cosas de la gente vieja. El amor y la juventud no pueden detenerse en averiguaciones políticas ni clases sociales. ¡Pobre de los jóvenes, el día que pese más el color de la ropa que el fuego que llevan dentro;

Cuando se juntaban en aquellas noches de felicidad y de amor no había fuerza capaz de separarlos. ¡Dios qué loca pasión y cada día más y más encendida;

Esa noche estaban los dos solitos lejos de las casas de la Villa. Sus padres estaban en casa. Su hermano estaría en la fuente lavando los dos barriles para traer agua fresca. La luna les miraba desde lo más alto de un firmamento más azul que nunca y más tachonado que nunca de millones y millones de estrellas y luceros. ¡Bendito cielo el de la Rioja, tanto de día como de noche; Las estrellas también estaban no pocas como enamoradas, pues se desplazaban buscando a su compañera o a su amor...

- ¡Mira, mira Juan aquella ráfaga que ha dejado un lucero;

- Yo te miro a los ojos y la he visto por ellos como por un espejo.

Se besaron... se abrazaron más fuerte

que nunca, y cayeron al suelo... Peleaban lle-
nos de alegría y de amor mientras sus carnes ardían
por el fuego de la pasión incontrolada.

- ¡Ay, Dios mío... si me viese mi padre... -dijo Ma-
tilde al oído de Torquemada- ¡Si te viese a tí
tu tío Santiago, el cura...

- ¡Que se jodan todos ellos. ¡Que se vayan todos ellos
donde yo se! ¡Todos; ¡Todos; ¡Tú y yo, Matilde, so-
mos el mundo entero;.....

- ¿Por qué dices ahora esos disparatones, Juanito?
- Pues, porque sí: porque tengo libertad.

El hombre es educado y bruto, todo en común. Saca
del ala lo que le conviene en cada ocasión. El joven
es tímido y es bestia. El instinto sexual no sabe de
fronteras. ¡Ah dulce animalidad; Más codiciada quan-
to más reprimida; más apetecible cuanto más complicada;
más comprometida cuanto más joven.

Cuando el niño llegaba con los dos barriles en
las manos se escuchaba a lo lejos la voz de Gumersinda
llamando a su hija.

- ¡Ya voy madre; ¡Ya voy...
- ¡Que vengas ahora mismo... tú y tu hermano;

Aliviada de pajas y ramplas le quitó a Juanito
algunas que tenía en la cabeza y se separaron uno hacia
San Juan y el otro buscando el Arco, que era la parte
opuesta de la Villa. Antes de separarse le dio el
hijo del beneficiado una palmada a Luisito en la cabe-
za cuando éste aún seguía mirando el lugar de donde

su hermana le quitó las pajas de la nuca y también miraba al suelo.

- No les digas en casa que te he mandao a por agua...

¿Me has oído Luisito? De esto nada de nada ¿oyes?

...

... el cura...

... que se jodan todos ellos...

... donde yo se. Todos; Todos; Todos; Tu y yo Matilde so-

... mos el mundo...

- ¿Por qué dices ahora esas disparatadas, Juanito?

- Pues, porque sí: porque tengo libertad.

El hombre es educado y bruto todo en común. Basta

del día lo que le conviene en cada ocasión. El joven

Dentro de la biblioteca con olor a polilla y a viejos pergaminos zumba una abeja que se les ha metido por el entreabierto balcón. Juanito con una palmeta la sigue para ver si la mata antes de que se pose en la pelada cabeza del tío Santiago.

- Menos te costó cazar lo que tú sabes y yo no lo puedo decir. ¡Sinvergüenzón; ¡Canalla! ¿No pensaste en qué situación metías a tus tíos? ¿Meditaste de qué ibas a vivir? ¿Hiciste juicio, sobre, con qué familia nos mezclabas?

- Todos somos iguales, tío.

- ¿Iguales? ¿Iguales en qué? ¿Por vida de Cristo bendito qué me vienes a decir tú ahora...? Si no hay dos manos, dos caras, dos ojos iguales, ¿cómo pueden ser todos los hombres iguales? ¿Qué sociedad podía ser aquella en que todos fuesen como cabras o como

abejas? ¿Dónde te han metido a tí esos pensamientos?

Agarrándose del asiento con las dos manos se puso en pie porque ya los achaques eran excesivos, cogió un bastoncillo negro que tenía junto a la mesa, y comenzó a pasear sin cesar de rezongar y de insultar al huérfano de padre y madre. Cuando le pareció bueno le siguió diciendo mientras le apuntaba al pecho con el bastón:

- ¿Igual eres tú que los Tosantos y Coca? ¿Igual que los marqueses de San Martín y Condes de Valdellano? ¿Igual que los Berástegui y los Arjona? ¿Igual que los duques de Alba y Medinaceli? ¿Igual eres tú que un pastorcillo, o que un mendigo que pide un taco de pan duro de puerta en puerta como tantos y tantos a los que la tía Teresa les dá lo poco que nos sobra de comida? ¡Lo que has hecho tú, sí que lo hacen todos los animales que son iguales en razonamientos eróticos; ¡Eso sólo lo hacen las bestias que no tienen conciencia del resultado; Eso, lo que tú has hecho, es lodo que todo lo ensucia y sí que es parejo en todas las clases sociales, pero...ni aún así mismo es igual, porque, las familias a las que nada ensucia y ahí tienes a tu tía -que es como tu madre- y no puede salir de casa por lo que tú nos has enlodado. Dime tú, dime tú.' -y aquí le cogió por la camisa y le puso cara a cara cuando al Joven Torquemada le caían gruesos lagrimones- ¡he dicho que me digas tú, qué puedo yo hacer ahora,,, y decir desde el púlpito o en el confesionario a los que pecan como tú en lo más respetable del sexto?

46 Al cabo de unos segundos, sin hablar ninguno de los dos siguió diciendo el beneficiado:

- Esto hay que arreglarlo y desde hace dos días lo tengo bien meditado. Cuando reciba contestación de Bilbao saldrás para allí, embarcarás en el primer barco que marche para América y, a ganarte la vida lejos de la casa que has embarrado para siempre. ¡A las Indias!

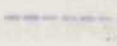
- No tío. Yo no me voy de aquí. Yo tengo que cumplir y acabar lo que he empezado como nuestra religión lo manda.

- Tú irás allí para que nadie dude de que te llamas Juan Torquemada, que bien sabes no es ese tu apellido, y aquí, lo saben todos tan bien como yo. Ella, la moza liviana que se dejó seducir, ella se las ventilará como pueda o le ayude el blasfemo del padre. Yo te digo y, bien seguro estoy de ello, que esto ha sido para esa familia como un castigo que les manda el Todopoderoso. Un castigo por mediación de este demonio que yo he alimentado y educado durante dieciseis años, y ha crecido para ser la mayor vergüenza de un honorable sacerdote.

Días después, al recibir confirmación de que podía viajar, salían de Navarrete, camino del País Vasco para conseguir un pasaje por mediación de la familia del canónigo Ignacio Barrenechea, destinado en Bilbao, y muy amigo de los Plaza.

El viaje no era nada de cómodo en ese tiempo ⁸¹ 47
donde aún se recorría toda la península por medio
de diligencias, pero, como la decisión de Santiago
Plaza era irrevocable, por más que sufrió lo que jamás
podía suponer, llegaron a la orilla del Bidasoa, se
instalaron en una modesta fonda que daba al mismo
río y, a los cuatro días de estar allí, zarpó aquella
nave impulsada por carbón camino del Río de la Plata,
llevando a un adolescente que había dejado en su Vi-
lla de adopción, una tormenta de blasfemias, de rezos,
y de lágrimas.

El viaje no era nada feo, todo en su tiempo
 donde aún se recorría toda la península por medio
 de diligencias, pero, como la decisión de Santiago
 Plaza era irrevocable, por más que entid lo que jamás
 podía haber, llegaron a la orilla del Adasos, se
 instalaron en una modesta fonda que daba al mismo
 río y a los cuatro días de estar allí, zarpó aquella
 nave impulsada por carbón camino del Río de la Plata,
 llevando a un adolescente que había dejado en su vi-
 lla de adopción una tormenta de blasfemias, de textos
 y de lágrimas.



[The following text is extremely faint and illegible, appearing as ghosting or bleed-through from the reverse side of the page.]

LA SAGA MALDITA DE LOS TORQUEMADA

LIBRO II
LA CONQUISTA
(1819- 1837)

Al cabo de cuarenta y cinco días de haber abandonado Santurce -unas semanas con calma chicha, como si el mar fuera un estanque sin tormentas ni peligros, y, otras, con la vomitona a flor de labios por el incesante bailoteo como impulsado por gigantes submarinos- acabó por llegar el Albatros al desconcertante estuario del Río de la Plata.

No pudo aquel carguero arribar al muelle para proceder al desembarco. En ese tiempo, pasaje y carga habían de trasladarse a grandes barcazas, las que llevadas a remo se acercaban hasta la orilla, muy próxima al Fuerte, que era lugar de desembarco y pequeña loma, donde puso pie Garay para proceder a la segunda fundación de Santa María del Buen Aire.

Como ocurre casi siempre, no son pocas las ocasiones en que se busca salir de una tempestad y se acaba metido en un huracán, o, cuando se cree pisar terreno firme y te colocas, sin buscarlo ni quererlo, encima de arenas movedizas o sobre un terremoto. Así, talmente así, le ocurrió a Juanito Torquemada que, dejando a España envuelta en mil convulsiones internas -co

50 sa muy frecuente en toda su historia- arribó a la República Argentina cuando ésta aún no estaba plenamente sosegada de su merecida independencia y habían pasado ya nueve años.

Juanito, iba desde Bilbao recomendado a un estanciero, pariente del canónigo, por parte de madre riojana y padre vasco.

Buenos Aires en ese tiempo -si la comparamos con lo que es hoy- era una pequeña ciudad que no abarcaba más de quince manzanas hacia el Sur, y, otras tantas hacia el Oeste. Contaba, eso sí, con sus grandes iglesias y conventos: San Francisco. Santo Domingo. San Ignacio. San Telmo. Nuestra Señora del Pilar. Nuestra Señora de la Merced y, Santa Catalina.

Siete iglesias contra más de 250 que hay en este último tercio del siglo XX, si tenemos en cuenta las de todas las religiones que en la ciudad se practican.

El centro y corazón de la ciudad era el mismo de hoy, donde está Plaza de Mayo, Casa de Gobierno, Cabildo, y Catedral. La Casa de Gobierno o Casa Rosada está edificada sobre lo que fue emplazamiento del Fuerte primitivo. El Cabildo lo fundó Garay, para ser casa de Ayuntamiento. La Plaza de Mayo era, en el primer tercio del siglo XIX, la Plaza Mayor, como lo es la de Madrid o la de Salamanca, por sólo citar dos de las ciudades españolas. Aquella, estaba dividida en dos por el arco de la Recova Vieja. Allí se hacía el multitudinario y vistoso Mercado de ganado, frutas, cereales y hortalizas.

Era Gobernador de Buenos Aires en aquel tiempo Don Martín Rodríguez, y, Presidente de la Repúbli-

ca, Pueyrredón.

Al día siguiente de haber llegado con la 51 maleta tipo fuelle -que le había dado la tía Teresa, en la que llevaba dos mudas y un traje de pana- indagó desde dónde salía algún carruaje hacia Chascomús, que era donde vivía aquel a quien iba recomendado. Y para allí se fue el hijo de Mercedes "la pedrosina"; el sobrino de Santiago Plaza Ayala.

¡Ah qué viaje, qué viaje aquel en que había que cruzar terrenos inmensos, sin poblaciones durante leguas y leguas, en un vehículo a tracción animal;

Juanito, tuvo que ir todas aquellas leguas en una gran carreta que se dedicaba a traer carga y viajeros a la ciudad más grande de aquella promisoría Nación, y, desde ella, abastecer también al regreso a no pocas poblaciones que necesitaban lo que se fabricaba o llegaba desde Europa al puerto de Buenos Aires.

Dos hombres iban a conducir aquella gigantesca carreta, baja y estrecha, como asemejando a un pequeño túnel. No tenía llantas de hierro, sino madera para la rodada. El techo estaba cubierto por enormes pieles de vacuno, y, su carga, aparentaba ser muy grande. Torquemada oyó decir que llevaban productos para las tiendas de Chascomús: vino, tejidos, aceite, azúcar y yerba mate. También llevaban el correo en una saca. En la parte posterior, cuando era necesario, colocaban una especie de catre con paños y pieles para dormir. Este agregado salía por mitad fuera de la carreta. A cada lado de ella había dos gauchos de aspecto poco confortador por

sus bigotazos y sus pilchas mugrientas.

Companion el pasaje dos jovencitos: un vaso de Azcoitia, que apenas sabía valerse en lengua de Cervantes, y nuestro personajillo, Juan Torquemada.

Seis bueyes eran la fuerza animal motriz que había de llevar a los hombres a destino. Dentro del vehículo no faltaban adornos de cuero, tachuelas, espejos, cencerros y muñecos para hacer entretener a los viajeros. Una carreta era algo similar a una casa rodante.

Enganchados los seis bueyes, tres a cada lado del pértigo se inició la marcha, no sin antes santiarse los dos empleados, para que aquel viaje que había de durar treinta horas fuese feliz. La idea de encomendarse a lo más alto no era mala, siempre que su mímica tuviera respuesta, cosa esta que nunca se da de modo transparente.

Colocados los cuatro dentro del carromato, según dispuso Florindo, que parece era el caporal, previo el pago del viaje en el patio de una casona de la Recoiva, se puso en marcha la carreta.

Adelante iban los gauchos Enrique y don Florindo; que, esto del "don", es titulación muy arraigada en la República Argentina, como hemos de seguir leyendo.

Detrás de los gauchos Ivan, el vasquito Iñiqui y, el que vino al mundo en tierras riojanas.

Siguiendo a la carreta iban dos grandes perros de seria cara y peores intenciones. Estaban alejándose del núcleo edilicio bonaerense camino del Sur, por una trocha que era de tierra y de grandes charcones, cuando comenzó el diálogo que ya no había de cesar y que se ha de colocar en éste libro con la mayor fideli-

dad que le sea posible al autor.

Antes, hemos de decir la muy distinta manera 53
de vestir de aquellos arrieros, bien diferente a la
que conocían y vestían los de la sufrida y mística Cas-
tilla.

Ellos llevaban sombrero panza de bu-
rro, poncho de vicuña, pañuelo al cuello y, a don Flo-
rindo, -no se sabe por qué extraña calidad-, le salía
por entre las piernas una especie de pingo en punta
que ellos llamaban chiripá. Los dos tenían como ya
hemos anunciado, grandes bigotazos. Su manera de
hablar y de entonar las palabras era bien distinta a
la de Castilla y, no digamos si se compara con lo vas-
co. De todos modos, esto es lo que se les oye a
unos y a otros decir:

- Don Florindo, vea, vea nomás. ¡tá mejor la baja-
da a las barrancas que antiyer cuando la subíamos.-

- Es verdá, Enrique... El sol la ha ensecado no po-
co. Yo digo que, más mejor pá' la tropa... ¡Ja;
Metéle nomás la tacuara al matungo, que ya se nos
está haciendo el remolón... ¡jo la gran puta, que
perruno se me está golviendo el maula...

Enrique cogió la larga caña y la dirigió con ge-
nio contra el traste del buey, quien, al sentir el
pinchazo en la piel, despertó de su modorrera y
comenzó a tirar con brío. Media hora

después pasaban sobre un puente de troncos y ta-
blones de quebracho, el pequeño riachuelo que co-
rría detrás de dos grandes barracones que estaban
llenos de lana para ser un día embarcada camino de
Europa.

54 Cuando lo creyó oportuno dijo don Florindo al riojano.

- ¿Qué tal, mi amigo... le gusta la diligencia? A usted... a usted le digo, al del pelito rizado...

- Bien... Bien... Está bien...

- Se lo digo porque no la hay mejor ni por el Norte ni por el Oeste ¿sabe? ¿Qué tal está la España con el nuevo rey...?

- Bien... Bien...

- Y el viaje ¿qué tal le va siendo...?

- Bien... Bien...

- ¡Pucha, Enrique... mirá qué es seco de palabra el pibe... A todo va y me dice: "bien... bien..." (aquí rió a carcajada) Yo te digo que esa es la mejor ma-

nera de no meter la pata, ché.

- O la de meterla, don Florindo, hasta el fondón ¡Ja!

- Porque, si alguien es un suponer-va y le dice-pongo por caso- ¿Qué le parece ché, si le clavamos al vecino el facón en el mondongo? Y va él y dice:

"Bien... Bien..." ¿Y...?

Don Florindo, riendo, le dijo:

- Pues aún le gana el vasquito rubio, que ese no dice ni truco, pa no equivocarse la jugada... Yo creo que estos vienen bien, amaistras, Enrique... Que son p'al habla no poco baquianos...

Seguían caminando sobre campos llanos, completamente llanos, sin ver una casa, sin ver un pueblo, sin ver una montaña ni otra carreta... Aquello era como un verdadero desierto. ¡Dios qué páramo más gigantesco y más aburrido; -pensaba Torquemada-

De los árboles bajaban gritos... chillidos...cán-

...on otros y a veces a...
 ticos de aves extrañas a las que él no conocía,
 parecían como voces de personas ¿o eran menos?

Cuando preguntó le dijeron que eran loros ¿...?

En uno de aquellos diálogos que llevaban los
 gauchos, en los que los españoles apenas metían baza,
 le dice don Florindo al compañero:

- Según eso m'hijo, ¿cuándo te vas a emparejar con hem-
 bra, Anrique?

- Y...? no lo sé don Florindo... no lo sé...

- Vos le temés a las mujeres más que a los lions

¡carajo!

- Un poquito sí, don Florindo... La verdad que sí... no
 se pue negar...

- Pues, cuidáte viejo, que, a poco que te descuidés

¡chao! te embretan de lo lindo y ya no te podés li-
 berar de los cejos.

- Ya me cuido ya, don Florindo... ya me cuido...

- Pues yo sé que visitás mucho el rancho de mama Jua-
 na...

- Sí que lo hago, don Florindo, sí, es verdá ¡velay! y
 no le han mentido... pero, tampoco voy solo...

- Y eso ¿qué tendrá que ver? Mirá, ché, yo sé que
 el viejo ejerce de medio pege, y no le falta clien-
 tela venida dende lejos...

- Ya lo sé don Florindo, y eso es güeno nomás.

- ¿Güeno...? Mirá Anrique, como quien bien te quie-
 re, tené cuidado lo que tomás en esa casa.

- Pues tomo mate, sólo mate don Florindo ¿es ello ma-
 lo?

- ¿Con las hijas lo tomás...?

- Asigún... Unas veces si, y, otras, no...

- Cuidáte de eso como de hacer aguas en la carreta... ¿Vos no sabés que hay chinas que, pa conseguir ligarte a ella, con un cigarro o un mate

te endiñan gotas de sangre menstrual?... ¿No lo sabés?

- No lo sabía, don Florindo... ¿...?

- ¡ta, que sos sonso al cuhete...! Si tenés treinta años y seguís en fárfara!... Pero, escuchá, escuchá, que aún hay más: cuando te sentés en sillón o en hamaca cuidá-por sobre todo-que no haiga debajo una prenda de ella ¿sabías eso?

- ¿También eso, don Florindo?...

- También m'hijito... Y yo te digo, que, es más peligrosa si está manchada "de lo de ellas en su mes..."

¿Entendés, chancleta del carajo...?

- No voy más, don Florindo, no voy más! Le juro que no piso el rancho aquel. Tiene cuatro hijas y una u otra ha de ponerme la tentación y había de cair...

Le juro que no voy más, y, gracias por el consejo.

Toda la noche la pasaron durmiendo y mecidos por el balanceo de los ejes, el saltar baches, y el incesante animar de un gaucho o de otro a la soñolienta reata de bueyes.

Serían las nueve de la mañana cuando dijo don Florindo:

- Oigan ustedes, pibes. A los dos les digo: ¿Quiéren ver una manada de ñandús galopando por el camino? Mírenlos... mírenlos por acá... Vean cómo se sacuden las plumas...

Se acercaron a lo que era como portada de la carreta y, por la delantera de una nube de polvo, vieron

galoppear a más de diez avestruces de largos
cuellos y largas patas que parecían cuádrigas roma-
nas. Aquí dijo Torquemada:

- Don Florindo, ¿ñandú y avestruzes ilo mismo?
- Y, cómo no? Es como decir y valga la comparanza:
leche y caldo de teta.

Todo aquel camino era de tierra blanda, de pol-
vo como cernido. No había ni una sóla piedra. A de-
recha e izquierda se veía una gran sabana de tie-
rra cubierta de cardos y maleza. Ni una loma, ni
una montaña. El horizonte era infinito, abrumador,
insólito.

Don Florindo, que miraba muy fijo a Juanito y de-
bió presentir sus ideas le dijo:

-Ya sé lo que me vas a decir, que te lo adivino en
los ojos: Si no habrá por acá malones: indios pa
que me entendás.

- Sí señor. En eso pensaba.

- ¡Ja; Y yo me lo imaginé nomás. Pues sí que los
hay, so treta, pero; velayí no en nuestro camino. Esa
pobre gente huye de los cristianos y se van corriendo
hacia el Oeste, o, camino del Sur, pa' la Patagonia.

¿Me comprendés, pibe...? ¡¡Huyení! Yo te digo que
es gente buena, como donde mejor las haiga, noblota y
sana, -aunque algo sucia-, pero, están resentidos, ¡cara-
jo; y la razón es suya. Llevan tuita la razón, por-
que es como si ahorita nos salen por ahí cuatro faci-
nerosos y se nos meten a gobernar la carreta y acaban
por echarnos fuera. ¡La carreta es nuestra; ¡El país
era de ellos, todo de ellos; ¿Lo entendés?

58 Llevaba razón el gaucho. Poco después, don

Florindo, le dijo a Enrique:

- Y usted, Anrique, cuéntenós algo, amigazo, que nos estamos medio aburriendo...

- ¿Y, qué pué ser...?

- Diga, nomás, alguna cosita que sepa de su vida y del pago aonde le nacieron; algo del amor o de la muerte, que tuito viene a ser lo mismo ¿no?

- Más mejor será de eso último, patrón, y, en ello ¡velay; que yo también pensaba, como el españolito en los malones...

- Cuéntelés, cuéntelés a los dos españolitos que se han de divertir, al menos éste, que el otro se me da a mí que es medio sordo o maula...

- Ahí va. Pues, velay, velay, que me contaba mi mama, don Florindo, sobre las cosas que ella vio en un velorio de indios calchaquíes...y, qué cosa bárbara, virgen de Luján bendita...

- Miraide por donde la empezó éste Anrique... ¡Uy, que esto ha de ser medio fiero, agarren madera pa por si acaso...

- Bien dicho, don Florindo, y Dios que nos guarde ¡iguay; del fiato del rabo...

- Seguí, seguila, Anrique... y no me los asustés demasiao... que están medio tiernos y les puede entrar cagalera... ¡Ja;

Como poseído de un recuerdo tétrico comenzó Enrique a recordar poniendo voz triste y gestos de dolor:

- Cuando el indio estaba pa' irse al pajonal del fondo, y puestos al fuego hierven los yuyos los familiares, pa sacar el agua que ha de tomar el enfermo...

toda la tropa está pendiente del trance y comienzan a delirar... ¡Ay, Dios mío, cómo deliraban!

-¡No los asustés, Anrique... y la vayamos a joder...

¡Seguí!... ¡Seguilla!... que va buena la cosa.

-Voy, patrón. Pues, cuando va y muere el indio -po-

bre ánima bendita -lo dejan en sosiego, pa que su

almita recorra "lusmiando" tuita la casa, y pa des-

pedirse nomás de todos los trastos queridos... Decía

mi tata que, cuando el indio tenía una larga ago-

nia, sabían venir indias repelusas y cancheras...

que les llamaban ellos las "despenadoras" ¡Uy...!

Eran las encargadas de ultimar al pobre enfermo,

librándole del sufrir sin esperanza... Me contaba,

que solían rompele en un descuido ¡Zas! el espina-

do, ¿sabe? ¡Así como yo este palo... ¡Dios me li-

bre y guarde, patrón!... Y que, al acabar de res-

pirar, comenzaban los llorones a gritar y echar la-

grimonos a cántaros, mientras que los que sabían

algo e rezos, -que siempre los hay-, echaban Padre-

nuestros así como en cadena ¿sabe? que dicen apro-

vecha no poco p'al que todo lo ordena y espera rece-

bir el alma. Otros cantaban por lo fiero, pi-

diéndole un buen lugar a la sombra del ombú que di-

cen está plantao en metá el cielo, y allí está con

la yerbera el padre celestial ¿sabe? Más tarde,

don Florindo, patroncito, lo llevaban a enterralo,

y hacían el mismo coro. La mujer y los hijos iban

delante nomás y con todo el pelo voltiao pa la ca-

ra, igual que velos ¿sabe? Me decía mi tata -en

santa gloria esté, que lo estará-, que sabían hacer

con tierra y barro una cruz y no faltaba ¡velay!

quien le metía un platito con coca... P'al viaje

Días después, don Flórido y la compañía, -y usted lo sabe como yo no se me haga el sonso- van todos con la viuda el indio hasta el río, llevan el caballo del hombre fino y los perros. Lavan a la viuda y la peinan. Echan comida a los perros y, después, los peinan también, ahorcándolos a todos y al caballo. ¿Sabe el motivo?: Pa que el almita del finadito indio vaya a caballo... Cosa práctica nomás, digo yo.

... tá güeno el trance...; Ja, Ja... tá güeno nomás.

¿Y...? ¿Les gustó pibes el intierro el indio...?

Llegaron a Chascomús y cada cual se fue para su camino. Juanito Torquemada, con la maleta de fuelle en la mano se dedicó a buscar al lejano pariente del que llevaba la dirección. Increíble, pero, no encontró semejante persona por todo aquel poblado. Nadie le daba razón. Al cabo de un día de rumbeo de acá para allá, y agotadas sus reservas como estaban, se detuvo en una herrería que había junto a la Pulpería de Don Goyo. Estaba haciendo cábalas sobre qué camino seguir y si no fuera mejor volver a Buenos Aires, donde hay muchas más posibilidades de encontrar trabajo, cuando se le juntó un

gaucho en el mismo banco donde estaba Juan y 61
comenzaron un diálogo que había de cambiar su vida.

Era aquel un hombre de unos cincuenta años, pero que aparentaba muchos más por su abandono en el vestir.

Viendo que, aquel mocito acababa de llegar de España y que necesitaba vivir de algo le dijo:

- Me parece a mí que es recién pescao el hombre y que aún no hay dónde laburar...¿o, me equivoco ?

Juan Torquemada lo miró y no dijo palabra.

- Yo puedo darle a usted trabajo siempre que se ajuste a mi vivir...

Otra vez le volvió a mirar Juanito con gesto de indiferencia, tanto por aquel atrevimiento sin conocerle, como por lo sucio que iba quien parecía un mendigo. Como le insistió una vez más le dijo:

- ¿Dónde...? ¿Aquí en Chascomús...?

- En Chascomús...en Junín... en Vedia...en Córdoba en Luján, o, donde más convenga ¿sabe, mi amigo? El que no se mueve queda anquilosao, y yo no quiero que me lleven en silla ¿comprende?

- ¿Es cosa de viajar, o qué?

- De ir a caballo y ser más vivos que nadie.

- Yo no tengo caballo.

- Pero yo se lo puedo comprar.

Hicieron trato -chama en el decir riojano de ese tiempo- y, aquella misma tarde, -mentira le parecía-, se gastó el hombre más de cien patacones para que el españolito le sirviera de ayudante. Le dijo que, como él tenía otros dos que más adelante había de cono-

cer. Bueno, pues esa tarde, para completar la obra, hasta le compró un poncho, un cinturón chapeado con monedas de plata, un facón y un revólver de segunda mano con sus respectivas balas. El caballo que le compró era un overo muy despierto y con cuatro añitos.

La silla -el recaó en argot del campo argentino- también era nuevo, y nuevo todo lo que llevaba encima.

Le llevó a un pequeño hotelucho, y allí concertaron todo y todo le convenía porque Juanito, había quedado de dinero más pelado que el gallo de Morón.

Bien se figuraba que "el trabajo" había de ser delictivo pero, también se decía ¿hay algo en la vida que no lo sea? ¿No es delictiva y hasta criminal la política? ¿No lo es la banca? ¿No lo es, en no poca medida, la vida del eclesiástico que trampea la religión que dice defender como lo hizo Jesucristo? ¿No lo son todos los grandes títulos que hay en mi lejana tierra, donde rebaños de obreros les trabajan las tierras y ellos sólo reciben el dinero que les guardan los mayoriales o administradores?

Al amanecer dejaron Chascomús y, bordeando una gran laguna, siguieron hacia el Oeste.

- ¿Sabés cabalgar bien, ché?

- ¡Bah! Me defiendo...

- Pues, sigamos, que lo hacés bastante bien.

Tenía el hombre barbas largas, muy largas y muy sucias. El pelo, le caía por detrás remontándole por encima de la ropa. Era de cejas grandes y cara huesuda. Las manos, de dedor largos y de uñas

sin cuidar. Su talla más que mediana y su mirar igual que mincharro.

Sobre la cabeza llevaba un sombrero viejo y descolorido de esos que se llaman "panza e burro".

- ¿No me preguntás a qué nos vamos a dedicar...?

- Es igual. Lo necesito y habrá que hacer cuanto usted diga.

- Bien me parece el juicio que has hecho. ¿Cuántos años tenés?

- Voy para veinte.

- ¡Ajá! Buena edá pa' todo... ¡Mirá... mirá una

liebre... Sacá el arma y tirá, que no ha de ser malo que aprendás a ir tirando, y haciendo blanco en lo que se mueva si ello no te conviene...

- ¿Y si la mato...?

- Que no hubiá salido al encuentro! Aprendé bien esto, ché: No la fuimos a buscar, que fue ella quien se topó con la fuerza. Y esto'tro... Le decía una mujer a un pescador que sacaba un bagre de la laguna:

"Oiga no le dá pena lleválo así como colgao... Y él dijo: Yo no le obligué a nada... Abrió la boca y se perdió por ello. ¡Jodése bagre sonso!...

Disparó el revólver y, aunque el plomo se clavó en el polvo, a más de una cuarta, la liebre salió huyendo como una centella.

- ¡Ja;Ja;Ja; (Reía el gaucho) Me está paiciendo, amigazo, que sos medio chicato...o tuerto del ojo que tiene que enfilear en el cañón... Guardálo y de hoy en adelante, cuidá de no perder bala al cohete o estarás perdido, porque el ótro tiá de madrugar al ver lo fallón que eres... "

- Sí señor...

- "Sí señor... sí señor..." Más me gusta que me digás "sí, patrón" y desterrá ese "sí señor" español, que sólo sirve pa los señoritos. Nosotros somos gente del campo abierto: gente de vivir libre. ¿Sabés cómo me llamo, que ni siquiera me lo preguntás?

- Sí. Lo sé...

- ¡Ajajá... Así que, lo sabés ¿eh? ¿No te digo yo que sos medio piola...? ¿Quién te lo dijo?

- Se lo oí decir al de la armería, cuando entramos a comprar.

- Pues, sí señor: me llamo Facundo Gtemes ¡Gtemes! Bonito apellido, sí señor, pero no es por mi papá, que enjamás le conocí, sino por el pueblo donde vine a cair en este país. Así que me vas a llamar de ahorita en adelante: Don Facundo... Patrón...o, Don Gtemes, como mejor te acomode. Y vos ¿cómo te llamás?

- Juan Torquemada, pa servirle a usted, no: a mi patrón, don Gtemes

- ¡Muy bien, ché...! Muy bien! ¡tá gteno que vengás a llamarte como a un intendente de Río Primero al que crucé la jeta con el acero...!

Seguían los dos por caminos de tierra; rodeados de malezas y de cardos. Torquemada no quiso preguntarle hacía qué misión iban encaminados. Ya se vería...

Al cabo de dos horas se detuvieron bajo un

grupo de grandes árboles, a los que el gaucho llamó ombús. Atados los caballos, soltó de la montura un morral, se sentó, y le dijo a Juan que se sentase él también.

- Traé antes unos yuyos secos, que vamos a calentar el agua.

Cogió Torquemada unos puños de hierba seca, calcinada por el sol que allí cae como en el Sahara, mientras el gaucho, colocaba su pava encima de unos troncos verdes caídos. Llenó la pava, de agua que echó de una cantimplora, y después metió una especie de paja de metal en una pequeña calabaza que estaba llena de hierba, para que ésta sirviera de conductora del líquido en cada subción.

- Sentáte acá Juancito, que vamos a tomar unos amargos, y así aprendés a matear, que desto yo sé que no hay en tu país. Esto es de América. Cosa de Misiones y de Paraguay, m'hijito... Ya lo irás aprendiendo.

- No no... Yo no quiero...

- ¿Cómo que no? Vos tomás desde hoy igualito que el patrón. No te quisiera a mi lado si no fuese pa hacerte un gaucho de ley y, por esto hay que encomenzar, Torquemada.

- Pero es que yo...

- Es que nada! Este es otro país y otro trabajo, y se acabó.

Le daba asco, mucho asco al nacido en La Rioja, beber de aquello que él llamaba bombilla, después de haber puesto en ella aquellos sucios labios, pero no tuvo más remedio que hacerlo, y aún le dijo el gaucho cuando le dio el primero:

- Y mirá que no quiero hacer, lo de las casas pitucas de estomágo delicao, que, en la ciudad, saben echarle un poco de agua caliente acá, donde se ponen los labios, o les dá por limpiarla con un trapito, de modo que no lleve contagio. ¡Hijos de la gran puta; Eso lo hacen ellos, que son gente enferma y ladina. Lo que hace falta es saber ponerla en los la-

bios de modo que ni se toquen, y que salga limpia y seca, como salió Cristo del vientre de su mama. ¡Así; Así se toma y no metida hasta el garganchón, o colocada encima de media lengua pa que dé asco. Tomá, Torquemada, y aprendé a ser gaucho como tu patrón.

Le supo a purga, igual que aceite de ricino o agua de carabaña, pero, no se permitió hacer el más mínimo gesto porque, el gaucho no le perdía ojo, estaba para sentenciar igual que un juez.

- ¡¿tá gueno de caliente, o no?

-- Está bueno, patrón. Está rico.

- Te voy a sacar como yo de entero ¡carajo; Así hubiera querido yo tener un pibe, pero...no pudo ser.

Ahora tomá una marinera por si te remueve el estomago que, por ser conscrito, yo sé que te puede patiar un poco los ácidos.

Le dio una especie de panecillo o torta redondita y pland, que era duro como pedernal, pero que, en remojándolo un poco en la boca, hasta era agradable.

Siguieron toda la tarde caminando como sin rumbo, pero, el gaucho sí que lo sabía, conocía el terreno como un lince, como una vicuña.

Don Güemes durante el viaje le fue diciendo que, de lo conseguido, él llevaría tres partes, y el español una, tanto porque él era baqueano -quería decir práctico- como por el préstamo que le había hecho para vestirlo, el arma y el ganado. Que, si alguien, algún milico les echaba el guante, no diría jamás cómo se llamaba su patrón, y que, puesto en aprietos había de decir que le obligó a ir con él y, hasta que dudaba si se llamaba Agapito, Walter o Salustiano, era igual, aquello que le pareciese bueno soltar o inventar, pero, sin delaciones ni cobardías. Total -le dijo- no se lo han de creer ni lo real ni lo que sueltes de maula, así que, estarás siempre con el arma a tu favor y a mí no me enchararás.

Al anochecer se detuvieron debajo de unos eucalipptos y fue allí donde le siguió diciendo:

- Torquemadita, hijo mío, allí donde está aquel galpón y algo más atrás la vivienda, del encargao, vamos a entrar para afanar algo antes de que salga la luna ¿entendés la faena, ché? De allí vamos a sacar unos potrillos sin gritos ni bufidos ni nada. Los llevaremos hacia el Oeste ¿Vas comprendiendo.?

- Sí, patrón...

Así se hizo, cuando todo estaba entre sombras, después de voltear dos estacones y sus alambres de púas. Iban entrando en busca de las casas que estaban como a trescientas varas del camino, cuando comenzaron a gritar unos perros que se vinieron a ellos igual que

68 leones.

- No te movás... No te movás... ¡Quieto;

Les llamó don Facundo y metiendo la mano en el macuto, les echó algo que los tres mastines se lo disputaron a porfía como si tuviesen hambre de dos semanas. ¡Quietito... Vos quietito y fijátele que les ha de ocurrir a estos sonsos del carajo...

A los cinco minutos, cuando aún no habían movido los dos jinetes pelo ni oreja de encima de los caballos, ya estaban tendidos en el suelo igual que felpudos de alfombra en casa del Intendente...

- Ahora seguime... ¡Vamos;

Llegaron al galpón, donde parece era la paridera. Abrieron las puertas y vieron más de cien vacas y caballos. Eligiendo de aquí y de allá, todo en el más firme silencio, sacaron al campo diez preciosos caballos y unas yeguas. Con la fusta en la mano les hicieron salir de su estancia por encima de los perros envenenados, para llevarlos delante de ellos campo través.

Toda la noche se la pasaron andando muy de prisa, como perseguidos por sus propias sombras, tratando de colocar tierra pámpera por medio.

Pasaron un pueblo que don Güemes dijo se llamaba Bragado y, a pocas leguas de aquel lugar, dejó a Torquemada con la recua.

Penetró en una estancia donde parece que hizo trato y se volvió a la tropilla, para conducirla dentro de aquella propiedad.

Después de haber cobrado, ignorando Juan cuánto le habían dado, se le acercó a Torquemada y le dijo:

- Tomá. Esto es lo tuyo. Tomálo y cuidá/de ello como si fuese tu propia alma. Nada de tirarlo en bebida, taba o mujerío ¿entendés, Torquemada?

- Si, patrón.

- ¿Viste de qué se tratà éste vivir nuestro?

- Robar ganado y venderlo como nuestro.

- No no no. Decir eso ès feo, ché, muy feo.

- Cuatreros somos, pibe, cuatreros, que es mucho más lindo. Ladrones no: cuatreros. ¿Y...? ¿Te gusta?

- Vale, don Güemes, ya vale... y con tanto blanco

- Eso quiere decir que lo aceptás y a mí bien me parece. Antes de un año estarás forrado en plata, y

- si seguís conmigo de socio en cinco años o diez...

¡Pucha que has de tener más oro que el Gobernador de Bueno Aire...;

Ya tenía Juanito dinero ganado a la semana de estar en la República Argentina. Un dinero que, en su tierra, jamás lo hubiera logrado en medio año.

Claro que, robar, también podía hacerlo en España pero ¿con tanta facilidad como aquí? ¡Jamás! Si le parecía que estaba el ganado medio abandonado... Si no veía poblaciones ni Guardias por ninguna parte...

Aquello era como un juego. Cuatreros y no ladrones, decía muy bien don Güemes.

En Bragado entraron para hacer un almuerzo, a base de carne asada riquísima. Con alguna compra que hicieron en un almacén de Ramos Generales de un tal Paradela -que era español como Juan, pero nacido en Orense- se fueron otra vez al campo.

70 Poca a poca, en aquel caminar nómada por tierras de La Pampa, fue conociendo el sistema que tenía don Facundo para llevar su vivir. Unas veces robaba ganado vacuno y otras caballar, para ofrecerlo en las distintas chacras o estancias. No pocas veces lo tenía pedido y él buscaba los animales donde estuvieran. Sus conocimientos eran muchos y su persona era, además, una garantía en "seriedad" dentro del latrocinio en que vivía, pero, la vida, el vivir de muchas gentes, no deja de ser -lleven guante blanco y no poca diplomacia- muy parecido al del gaucho Facundo Gñemes. Todo depende de cómo se hace la trampa y hasta donde llega el monto... de lo robado... o de aquello que siendo robado tiene hasta una ley que lo ampara.

Andando por plena Pampa, uno de aquellos días de sol y silencio, vio don Facundo cómo a distancia venía una gran polvareda.

- ¡Mire aquello, patrón... ¿Qué será...?
- Milicos son que van buscando a los malones.

- ¿Ejército?
- Si. Aquella pandilla de ejército busca indios... Hay una orden del Gobernador para que la indiada se vaya lejos de estas tierras. Creen que ellos son los que se dedican a robar ganado y a quemar vivien-

das de cristianos, y vos ya viste que no es así, que, quienes robamos somos los blancos, y que, en ocasiones, hasta nos encontramos dos y más para sacar el mismo encargo...

71

Cuando terminó de decirlo se fueron retirando lo más posible de aquel tropel, pero, como parecía que aquellos del uniforme también les vieron, se abrieron como en abanico para cercarlos. No serían más de veinte caballos, pero, se veía que era gente práctica.

Huyendo huyendo, se metieron los cuatreros en un pajonal enorme, que cubría a caballo y jinete.

De no verse, nadie puede creer que exista semejante bosque de hierbas y malezas, pero, bueno es también saber que la tierra de La Pampa es muy rica, llueve bastante sobre ella y jamás fue trabajada por el hombre. En ese tiempo estaba virgen de herramientas y hasta de pisadas del humano.

La tropilla del ejército les seguía a media legua sin perderles de vista.

- Ponete detrás y vayamos hacia el Sur... Sólo hay que temer si le meten fuego y arderá todo esto como pólvora, pero, una vez matidos dentro tan malo ha de ser para nosotros como pa los milicos, así que, no lo han de intentar.

Llegados dentro del pajonal, le enseñó don Facundo cómo había muy cerca un arroyo más seco que pico de loro.

- Entremos en el cauce con los caballos y vamos a tumbarnos ahí.

Así se hizo. Ambos tenían en la mano dere-

cha el cuchillo y en la izquierda el revólver, tratando de no hacer el más mínimo ruido. Aún le vino a decir el gaucho:

- Si aparece un milico - Dios no lo quiera - escuchá lo que te digo: Ni una voz... Ni un disparo.. Esta es la lengua de víbora que más daño hace sin ahuyentar al vecindario (y le enseñó el cuchillo)

Nada hay como el acero para que sólo las vizcachas y los zorrinos se enteren. ¿Estamos Torquemadita?

- Estamos, don Güemes.

- Así me gusta, hijo. Y no te me adelantés en nada. Poné la vista en don Facundo y me ayudás en la jugada, pero... primero he de soltar yo la carta.

Ocultóse estuvieron como media hora, cuando apareció un caballo con un soldado encima, que buscaba oteando por encima del yuyal.

Don Facundo se tiró, igual que un yacaré, a las patas de la bestia con el cuchillo entre los dedos, y, cuando el jinete cayó al suelo, se tiró a él Juan poniéndole el acero encima de la garganta.

Le amordazaron con un pañuelo, tapándole la boca y, con una soguita, -piola para el argot porteño-, le ataron de pies y manos a su cabalgadura.

- ¡Vamos; ¡Vamos, ché, y justamente por el camino que él venía...

Montaron en sus caballos y siguiendo el Norte, que era por donde entraron al pajonal, dejaron a los milicos dentro.

Cuando advirtió la tropa que les faltaba un núme-

ro y se dedicaron a buscarle gritando por todas partes ya estaban los cuatreros a más de cinco leguas de arroyo seco. Allí fue donde don Facundo Güemes le dijo al nacido en La Rioja:

- Esta gente no es mala sino por la profesión pa' la que laburan, que, cada quien es en esta feria según lo que come o mueve, y, ellos, llevan por ley el sospechar de todo dios, y pegar a todo Cristo que vaya mal empilchao, pero no al que llega en carro e caballos y viste paño inglés ¿sabés?.

Cada cual responde, hijo mío, según lo que la necesidad le obliga, como hace su caca -y perdón por el ejemplo- según lo que metió por el tragadero.

A estas gentes les obliga el estomágo, y les impone la autoridad esa ropa y los patacones -no muchos- que les dán por semana. Por ellos son capaces de azotarnos y hasta de balearnos, como hicieron los romanos aquellos de Pilatos, con el pobre hijo del carpintero: les pagaban por ello. Si yo le hablo a uno por uno de estos milicos, se le dan la güelta al sargento, y se vienen de cuatreros si con ello ganan más. Siempre en la vida verás que todo ello es así, hijo mío. No hay malos ni buenos, son todos iguales: la diferencia la marca el jornal que te pagan, él hace ser fiel o traidor a la causa.

Y esto mismo lo verás en los mandamases de aquí y de donde has venido. Cuando no está contenta la tropa alta, -los jefazos, le pegan la voltiada al gobierno para situarse mejor. Luego te hablan de Patria, de honor, y del carajo que los echó. ¡Mentira todo Torquemada, todo maffia y ná más, te lo dice

74 don Güemes y tú ya lo irás aprendiendo en esta escuela de la manducatoria que es la más sabia de todas, y, si aún lo dudas, que te sirva de ejemplo el propio clero: ¡Guarda dél como del yacaré...!

Cada cual responde hijo mío, según lo que la neces-

Llegados a otro pago más al Sur, Juan ya ni sabía por donde estaba, se les vino a juntar un hombre que había salido de un pequeño ranchito o tapera.

Salio aquel hombre porque, antes, se detuvieron con los caballos al pié de un pequeño ribazo, donde había una caseta de barro y paja. Junto a ella jugaban dos niños desnuditos que parecían de pura raza india.

Llamó don Facundo, y salio una mujer de pómulos salientes y greñas lacias y sucias quien dijo al ver al gaucho:

- ¡Buen día, don Güemes... Buen día... Cuánto tiempo sin verle, don...

- Bastante, chinita, bastante... ¿Dónde está Cristino?

- No hai de tardar. Salió con el pingo p'al pueblo pa' traer azúcar y café.

- ¡ta güeno... Decile que estamos en Cañada

Abierta, y que allí lo espero pa' hacer un nuevo encargo... ¿me entendés, chinita?

- Y, cómo no don Güemes. ¿Se ha buscado ayudita...

o es de la familia?

- Ya le ves... Un mozo de fuera nada sonso, al que le he dado trabajo como a tu hombre.

- Usté, don Güemes, siempre tan buen cristiano.

- No olvidés de decíle eso a Cristino y, además, que vaya con tuita urgencia: Cañada Abierta no te olvidés, chinita.

- Así lo haré, don Güemes, y Dios Santo que le guíe muchos años.

Se pusieron en marcha los dos hombres mientras que los indios, medio desnuditos y desnutridos, jugando con una cabra esquelética, los miraban con ojos de admiración y, quizá, hasta de miedo. Por allí nunca veían a nadie vestido como ellos.

Don Facundo, le fue diciendo mientras cabalgaban a la par:

- Este es un buen hombre. Le pierde - como a casi todos ellos - la bebida y la coca, pero, estando fresco, es de toda ley. No lo hay mejor pa' amarrar cimarrones del tiempo y peso que sean. Viven todos gracias a lo que les sabe dar don Facundo Güemes, porque, allí, ya lo has visto: ni sombra tienen por no poner una planta.

Llegaron a Cañada Abierta, que era un río tipo barrancada, donde apenas si se veía correr el agua. Medidos dentro de lo que en tormentas sería una torrentada de miedo, se dispusieron a esperar al indio, el que apareció como a las dos horas. Don Güemes

hizo la presentación de aquellos dos hombres tal y como se describe:

- Este es Cristino Alcorta.

- Mucho gusto, señor...

- Y éste, Cristino, es Juan Torquemada. Españolito de las Castillas, de donde nos vino el habla y también ¿verdad que sí, Cristino? la explotación, pero él, ya lo ves, que no lleva ropa de milico.

- Así parece don Güemes.

Se dieron un apretón de manos agradeciendo el encuentro y la relación que, de allí en adelante habían de tener. Don Facundo les siguió diciendo:

- Vamos a ir a tierras de Morón, pero, de acá en adelante, nada de titulaciones ni macanazos de esos: ché por ché ¿entendido?

- Cómo no, señor. ¿Vamos a por potrillos, don Güemes?

- No no. Ahorita vamos a por vacuno que dá más leche. ¡Ja;Ja;Ja... Tenemos que sacar una docena de vacas de la estancia de Passarelli.

- ¡Ajá! No se hable más patrón, y vamos a cambiarles de camastro.

Para allí se fueron los tres cuatreros como

tres asaltantes; como tres centauros del apocalipsis; como tres moqueteros.

Mientras las bestias galopaban y las bocas estaban en silencio Juan pensaba: "Ay si me viese el tío Santiago haciendo de ladrón por tierras de indios ¿qué no diría de mí?... Si me viesen en Nava-

77
rrete de mi niñez y de la mocedad en qué nego-
cios estoy metido y qué gentecita me acompaña...

A su lado iba el indio Cristino, que, poco o nada hablaba. Era serio como cabeza de camello.

Las palabras había que sacárselas con tirabuzón, pero, hombre de ley, como dijo don Güemes, hasta el tuétano. Bien que se lo había advertido al sobrino de doña Teresa Plaza:

- Mucho cuidado con Cristino. Él no te ha de hacer enjamás una mala faena, ni una traición, pero... ojo con hacérsela vos a él, que te jugás la vida como le pasó al tano Chiessa que, por quererle madrugar diez patacones de plata, le metió el cuchillo en el pecho.

Leguas y leguas y leguas andadas y siempre el mismo paisaje. Juanito seguía pensando mientras pegaba, de vez en cuando un rebencazo al caballo:

"Dios qué monotonía de Pampa... qué aburrimiento de terreno... Qué asco de paisaje... Ni montañas... ni ríos... ni pueblos... ni piedras... Se ve que don Güemes conoce estas tierras mejor que yo en mi Villa riojana: la Mora, Valgaraoz, Encinillas, Corcuetos, Las Torcas, Valterrereros o Valconeja... Pero, claro, que todos esos pagos caben en un área de pocas leguas cuadradas y, en la Provincia de Buenos Aires hay miles y miles y miles de leguas sin cultivar y sin poblaciones. Si me dejan sólo no acierto a saber ni donde estoy porque esto es como un laberinto sin paredes ni referencias. Le habían dicho en una ocasión que, entre Buenos Aires, con sus 30,000 habitan-

tes y toda la provincia que llegarían a unos 90.000. Era tan grande su terreno como toda España. Así que, si quería don Facundo, y sí que lo quería, nunca lo encontrarían por aquel mar gigantesco, ni tropa ni gendarme alguno que anduviera tras de sus pasos.

Antes de llegar a Morón, ciudad que está por tierras del Oeste, se encontraron con una partida de indios que estaban de recorrida hacia el interior, pero que andaban el terreno sin caballos. El caballo aún era un lujo. Gentes eran esas que se dedicaban -igual que aquellos tres cuatreros- a robar ganado o asaltar tiendas y pulperías, pero, con la diferencia de que eran siempre perseguidos a palos o a tiros y, por tanto, llevaban la peor parte de aquel sucio negocio. Había otras familias o clanes de indios que sí tenían caballos, pero les faltaba organización: lo que tenía y administraba muy bien don Facundo Güemes. Todos los indios de la Provincia de Buenos Aires conocían a Güemes y a Cristino. Aquella tropilla de "malones" llevaban como a rastras cuatro cabras y una ternera muy pequeña. Cuando les dijeron adios y estaban a doscientas varas de distancia, comenzaron a dar gritos salvajes y a saltar igual que niños. Era la alegría de haberse tropezado -según ellos- con gente de paz que no les robaba su tesoro... Aquella noche que entraron a robar los cuatros en la estancia del doctor Pasarelli, no se les

dio la cosa bien como veremos. 79

Estaban en pleno apartado en el campo, cuando apareció un criado o capataz del doctor con un arma sobre el hombro. Entre sombras les dijo don Facundo a sus dos ayudantes:

-¡Cuidado; ¡Cuidado que viene un chivato... ¡Arrímense ahí junto al tronco de los árboles y, por favor, la boca sellada!...

Los perros de la estancia denunciaron a los delincuentes y, como el gaucho no tenía cebo envenenado, se armó allí el lío padre de aullidos y escandalera. Al oír los perros, el criado, temiendo verse una vez más con cuatreros, comenzó a soltar tiros contra los árboles, pero, los tres ladrones no soltaban bala. Bien creído el servidor del doctor de que habían huido, se acercó a las sombras, y fue entonces cuando el nacido en Pedroso, al tenerle muy cerca le apuntó con el revólver, disparó y lo tiró del caballo como si fuese de trapo.

-¡jo la gran puta...! ¿qué has hecho? Pero ¿Qué has hecho, carajo;

- Le tenía encima, don Güemes

- Y ahora lo tenés debajo... y, mirá qué bochinche nos están armando los perros... ¡Vamos; ¡Vamos; ¡

¡De prisa con el ganao; ¡ De prisa; ¡

Sacaron más de doce vacas fuera del cerco a base de gritos y rebencazos. Haciéndoles correr por una especie de pasada las llevaron en carrera dentro de un griterío infernal, claro que nadie les oía y, de ahí, la facilidad en robar ganado. Los perros sí que les seguían y no estaban dispuestos a perdonar lo que habían hecho a su amo.

- ¡Mátenles ahora mismo ; ¡Metámosles bala o cuhetes en el trasero ;

Los tres descargaron sus armas hasta que los canes decidieron volverse con el rabo entre patas los más y, dos de ellos, con alguna bala en el lomo.

.....

Cuando amaneció estaban a muchas leguas hacia el Oeste. Les dijo el patrón, que, aquellos pagos eran pertenecientes a Luján.

Como en ocasiones anteriores, vendió don Facundo Güemes el ganado a un hombre quien después, parece que lo fletaba hacia tierras de Córdoba. Con el producto del robo-;llevaban ya tantos;- hizo la partición en una pulpería del camino. Aquel 25 que comenzó dando a Juan Torquemada lo aumentó a un treinta, con lo cual quedaba un quince para cada ayudante y un setenta para el jefe cuatrero. Ni el indio quedó conforme ni el español lo recibió con gana.

Sentados en la pulpería estaban los tres bebiendo unas copas de caña quemada, cuando habló el indio con tono y cara de pocos amigos.

- Don G"uemes... esto que me ha hecho es cosa sucia según fue siempre mi patrón.

- Decime por qué, Cristino.

- Yo cobraba enantes un cuarto y, ahora ¿qué se me da?

- Cristino... Querido Cristino, reconocé que tenés ayuda, y que si antes sacábamos seis bestias ahora sacamos doce y con menos esfuerzo.

- Pero ¿quién lo gana, patrón? Yo salgo más pior y esto no era lo tratao. Si cambió la ley debía haberme dicho al contratarme pa este viaje.

- Mirá, Cristino, vos tenés que compartirlo con tu

compañero de trabajo, reconocí que es así...

El indio callaba pero bien se le veía que no estaba de acuerdo el perder un diez por ciento.

Después de observarlo seriamente don Facundo Güemes, le vino a decir:

— El que no esté conforme, ché, ya sabe lo que tiene que hacer; ¡Aquí no hay más voz que la de don Facundo, ¿estamos?

— ¡tá bien, don... tá bien señor...! pero no han de faltar ocasiones en que una mano a tiempo vale más que todos los patacones restaos...

— Y vos, Cristino, me la vas a negar ¿o qué? ¡jo una gran siete! Ahorita me venís con eso, y cuando no te llevo a las chacras me llorás como cocodri-
lo... Mirad, os voy a dar a cada uno un veinte y no se hable más de esto.

— Está bien —dijo el español—

— ¡tá bien...! tá güeno! —dijo el indio. Eso ya es más razonable, don Güemes. Así ya se puede seguir sobre la güeya, y no pasará nada.

Mirad, hijos, ahora nos vamos a ir hacia una yerra a la que estoy comprometido desde hace tiempo. Iremos a Pergamino, a lo del vasco Iturbide, que vos ya la conocés Cristino.

— Sí que la conozco, patrón, y es hombre de toda estimación.

Para allí se fueron los tres con los bolsillos llenos de plata y de papel que ya estaba en circulación.

Durante el camino, don Güemes le leyó la cartilla de pe a pa a Juanito Torquemada. Le hizo saber lo que le ha de pesar toda la vida llevar a un muerto sobre la conciencia, porque, matar a un hombre es siempre grave delito para el hermano. Pero, parece que Torquemada -la verdad sea dicha- no tenía ni el más leve remordimiento y esto - ¡velay!- hasta le preocupaba, porque si de ahí en adelante se le antojaba matar a un cristiano o indio, lo haría con el mismo desinterés que lo hizo contra aquel cuidador de la estancia, igual que se mata a una rata o a un yacaré.

Habían bajado de los caballos para descansar un poco. El sol era fuerte, terriblemente aplana-
nor. En la Pampa caen los rayos como cosa sólida, parece que hacen lugar en el espacio y es preciso avanzar empujándoles dentro de una atmósfera pesada y calenturienta.

Estaban echándose la siesta cuando de pronto oyeron un tiro y vieron a Cristino con el revólver en la mano apuntándole en la cabeza a don Güemes ¿...? Torquemada se temió lo peor porque no sabía qué reacciones tenía el indio, y hasta quizá le guardaba la venganza del día anterior.

El patrón, al oír el tiro junto a su oreja izquierda, saltarle la tierra a la cara y ver al indio con el arma en la mano se temió lo peor y echó mano a su cuchillo, justo justo cuando le decía Cristino:

- Tranquilo... Tranquilo don Facundo... que ya no

le muerde la cascabel... ¡Mírela ahí a la 83
tía maleva y criminal cómo maldice;

En el suelo estaba retorciéndose una ser-
piente cascabel a la que el indio le había hecho
trizas la cabeza. Fue hacia ella Güemes y,

con el facón le pegó tres cortes como quien hace
raciones de chorizo criollo, mientras decía:

- Si no te pues fiar de nada ¡carajo; ¡Si tendrá
cancha libre pa vivir y quiso meterse bajo mi re-
cao...

- Eso mismo ha pensao ella, don Facundo, cuando le
puso el recaó del overo encima de su camita: "Si
tendrá lugar este cristiano en tuita la Pampa y
viene a robar mi reposo..."

- Es verdá, Cristino. Pué que lloves razón. De todos
modos, gracias, hermano, Dios te lo pague.

- Y usté también, patrón, que no hace mucho que yo
se lo advertía ¡velay; ¡Velay patrón lo que va-
le aquella manita ¿eh? Porque, si yo me hago el son-
so ¿qué pasa con don Güemes? ¿Se dá cuenta cómo el
no ser generoso trai la ruina del poderoso?

Llegaron a Pergamino que está en el extremo de la
provincia de Buenos Aires, por el Oeste. Don Facun-
do se presentó al capataz de aquella gigantesca cha-
cra de origen español, y les hicieron pasar a todos

para quedarse allí hasta que fuese la yerra que estaba concertada para el fin de semana.

Seis peones mulatos había trabajando para cuidar a más de mil vacas.

Les alojaron en los galpones de tabla con techo de paja y caña, hasta que llegaron los patrones: Los Iturbide. Con ellos venían sus hijos y algunos amigos de la Ciudad.

Don Facundo era hombre que caía bien en todas partes. Siempre quedaba la duda a Torquemada, si ya sabían sus "condiciones" o, si, sabiendo éstas, lo aceptaban porque con él se hacía negocio y, en su contra, venía el gran perjuicio de perder ganado.

Don Güemes era un tipo de gaucho legítimo; entendamos por legítima su manera de vestir y de hablar; su sistema de vida nómada, y, hasta sus sentencias.

Después de un juego de taba en horas del atardecer, cuando llegó la noche, - a la luz de unos candiles y quinqués, se hizo una tertulia y cada cual contaba sus hechos, sus amoríos, sus baladronadas guerreras, sus muertes y, hasta las supersticiones.

Esa tarde se habían carneado dos pequeñas terneras y allí sobraba carne riquísima, la que colocada en canal y en plano inclinado, frente al fuego, el calorcillo que a distancia le llegaba la iba calando y poniendo tostada. Cada cual se acercaba a la res y, con su cuchillo, cortaba la parte que mejor le acomodaba.

Entre aquellos mulatos había uno que tendría unos cincuenta años el que pronto se dio cuenta Juanito que le huía. Cada vez que le miraba Tor-

quemada al mestizo éste bajaba la cabeza o miraba para otro lado. Como esto lo repetía continuamente,

en un aparte se lo dijo a don Facundo:

- ¿Qué le pasará, don Güemes al mestizo viejo, que no me quiere ni ver...

- Ya lo he junao... Me di cuenta desde que te vidó entrar. Tené mucho cuidado con él porque se cree que vos tenés mal de ojo contra él...

- ¿Qué es eso, patrón?

- Pues que le vas a meter los malos espíritus que llevás encima y lo harás desgraciao por vida... El pobre se ve que lo heredó de los pagos calchaquíes que es de donde vino acá, pero, mirá, lo mejor es no hacerle ni puto caso...

Al día siguiente no apareció por parte alguna el mestizo Dionisio, que así dicen que se llamaba.

Se lo había advertido a sus compañeros, que se alejaba hasta que los huéspedes de la yerra se fueran para donde habían venido.

Llegó el día de la hierra, o marca de todas las reses jóvenes que aún estaban sin marcar. Aparecieron los Iturbide con tres hijos, entre ellos una jovencita preciosa. También venían algunos amigos y se organizó el trabajo que siempre acababa con una gran fiesta criolla.

Más de cien vacunos tuvieron que enlazar y meterle fierro en el anca. Juan Torquemada no cesaba de mirar a la hija del patrón, y ésta también deseaba hablar con el joven español.

Por la tarde se encendieron los fogones y se co-

locaron las reses para que todo el paisanaje y la indiada que viniera a la finca, pudiera comer a placer cuanto quisiera. Llenos de temor aparecieron los indios y mestizos que anduvieron muchas leguas para ver si se les daba comida y bebida en la finca de los vascos.

Juanito Torquemada y la niña Beatriz gozaban dándoles raciones, según que las reses, colocadas lejos de las brasas iban tomando color y sabor.

Se lo había advertido el dueño: "Todo el que pida comida denle nomás, porque vean que los cristianos tenemos buen corazón

Al atardacer se armó un baile por mitad india, por mitad gaucho. Era de ver cómo bailaban

aquellas gentes venidas desde tan lejos, en cuanto oyeron las notas de la quena, el charango y

los parches. ¡Qué gritos; ¡Qué saltos; ¡Que

primitivismo tan fácilón y tan atractivo para Tor-

quemada; Los músicos ajecutaban la Media Caña, y la Polca Popular.

Ah, qué feliz era el sobrino del beneficiado Plaza a miles y miles de leguas de su patria chica, bailando con aquella preciosa niña! Qué gracia y deli-

cadeza tenía Beatriz en el hablar... Qué educación

y qué maneras le enseñaban en su casa y en el colegio de jesuitas. Cómo olía a rico perfume...

También Iturbide era feliz viendo cómo su hija pre-

dilecta mantenía conversación con el jovencito lle-

gado de la lejana España, de donde habían venido sus antepasados. Claro que le quedaba una duda: ¿De qué

vivía aquel jovencito tan guapo? ¿Quién era, que había llegado, -según le dijeron-, con el gaucho Güemes?

El sargento de grandes bigotazos y tres números con cara de pocos amigos, cuidaban de que todo transcurriera en orden, vigilando a la indiada que, en bebiendo unas copas demás, eran capaces de arrasar con toda la vivienda.

Entre aquellos milicos gendarmes, había uno que no cesaba de mirar a Torquemada, y lo hacía así como con odio. ¿Otro que también teme al mal de ojo?

Era el mayor de ellos y el que más imagen tenía de ser puro indio, pero, adaptado a lo cristiano.

Don Güemes se había entrado en la casa del capataz donde iba a recibir el dinero ganado por el trabajo de los tres hombres en la yerra, dinero que era moneda de plata. Al salir llamó en un aparte a Juan y le entregó su cuenta. Lo mismo hizo con Cristino.

Tranquila seguía la fiesta, cuando, en un mutis que hizo Torquemada para ver mejor un pañuelito que le "robó" a Beatriz, y que era todo él bordado con iniciales y la bandera argentina, se le acercó el milico y lo enfrentó diciéndole:

- Se me hace a mí que usted está acá demás...

- No sé por qué...

- Porque está tierra ¡velay!, y este ganao es del país, y usted no tiene acá nada que hacer ni que ver.

- Eso lo dirá usted.

- Y usted, gayego, debe saber que, acá, ya no manda un virrey de la España, y que esa niña no es pa que la baile usted ¿me ha comprendido?

- Oiga, pero...

- Ni pero ni nada. Acá ha venido un extraño pa qui-

tarle trabajo a un indio y eso yo no se lo voy a consentir.

- Oiga que...

- He visto cómo miraba a la hija e Iturbide y no se lo permito más. Esa mujer será pa un criollo o no será pa naide... ¿sabe lo que digo?

- Usted no sabe lo que dice. A ver si va a estar celoso el pobre hombre...?

Al oír aquello el milico, quiso echar mano al arma.

Lo detuvo Juan y se trabaron los dos como dos fieras... Tirados por el suelo volcaban haces y aperos de la chacra. Aquello era terrible y nadie se enteraba de nada. ¿Quéhacer? El indio tenía fuerza, pero era excesivamente pesado. Se le veían las ganas de acabar cuanto antes con aquel gaucho-rioja no, pero, la cosa no era nada de fácil.

De todos modos, mal pelo le hubiera corrido a Torquemada, si no tiene la suerte de hallar a mano en el suelo y cuando estaba el indio encima de él, una especie de hoz la que poniéndosela al milico en la garganta, fué este como a girar por quitársela y al hacer el quiebro, limpiamente se seccionó la yugular.

Al verlo desangrándose se levantó Torquemada y le echó encima varios haces de pasto seco hasta taparle del todo.

A lo lejos se oían las queñas y el griterío indio... Seguramente -pensó- que, Beatriz, me está buscando y yo ¿qué hago? Calladamente se fue

hasta su caballo y lo montó. La noche comenzó a echar su manto por las lejanas tierras de Chascomús.

Montado en su caballo le pegó unos rebencazos

y salió huyendo hacia donde él suponía que había de estar Buenos Aires.

Lejos, muy lejos quedaba la chacra y el baile donde todos habían bebido más que la cuenta.

Como por arte de magia, todo había sido para él derrumbado en menos de quince minutos.

¡Adiós a don Güemes; ¡Adiós al fiel Cristino; ¡Adios y, para siempre, a una jovencita argentina de la que se había enamorado ciegamente en pocas horas.¡

En su conciencia llevaba -como le había dicho días antes don Güemes- dos muertes de seres como él. ¿Era el destino de aquel Torquemada tener que matar a semejantes? En fin, sea como fuere había que poner muchas leguas por medio y meterse en Buenos Aires para burlar a la justicia.

.....

San Isidro es un pueblo que está junto al Río de la Plata y no muy lejos de la Capital Federal.

Juan Torquemada, que ha venido huyendo desde los pagos de Pergamino, donde mató a un policía rural, teme vivir dentro de la Capital y se queda oculto en San Isidro. Considera que es buen lugar porque tiene la ventaja de poder trasladarse a Buenos

Aires cuando quiera, y así lo hace con frecuencia.

La Capital del Plata, aquella Santa María del Buen Aire, de la fundación, es una ciudad de aspecto pobre, pobre pero bullicioso. Todas las casas son de planta baja, con uno o dos patios. En todos ellos hay, -a semejanza de Andalucía, plantas y flores para adornar y hacer sombra.

Destacan -como se ha dicho al principio- las monumentales iglesias que son de buena factura aunque no de lujosos y artísticos retablos.

Junto a ellas se edificaron sus respectivos conventos, según comunidades afines.

En la Plaza Mayor destaca el Cabildo. Si en movimiento cultural nos detenemos -y considerando ese tiempo- hay que señalar algo positivo que ha de tener gran porvenir, con la reciente fundada Universidad Porteña, dentro del templo de San Ignacio, donde se dan clases de Comercio, Idiomas, Dibujo, Náutica y Matemáticas.

En ese tiempo que Torquemada busca vivir en San Isidro, es Presidente de la naciente República Argentina, Bernardino Rivadavia, el hombre más querido y deseado por los militares y por los políticos, cosa extraña pero así ocurría en su mandato.

La Plaza Mayor es en ese día que la visita Juan, todo un mural de magníficos colores y de la más variada gama de gentes. Por doquier se ven carretas y jinetes que vienen de fuera o salen con carga, como él lo hizo hace ya varios años. Gritan lecheros y aguateros. Pregonan sus mercancías mujeres blancas, cobrizas y mulatas. Sentadas frente a una mesa

blancos de masa, haciendo mazamorra y empanadas, mientras que, a gritos pregonan su calidad para quitar clientes a su vecina.

Juan se acercó a una de aquellas para comprarle mazamorra, pero, la india, lo miró muy fija y echó del puesto con malos modales al español, mientras decía para que fuese bien oída:—"¡La mazamorra sólo es para los nuestros. Salí de acá blanco usurpador;"

Detrás del Fuerte hay una pequeña explanada y el río manso y sucio lleno de arenas y de resaca.

El Río de la Plata discurre como dormido y perezoso; nadie diría que sus aguas avanzan camino del Océano, y, sin embargo, es bravo y sabe ser traidor.

Decenas de mujeres lavan las ropas en grandes canastas y, alguna que otra, se baña con largos vestidos que la cubren hasta los tobillos. Tampoco falta la que siendo jovencita se tira al agua con sólo la piel que trajo al nacer.

El día de mercado en Buenos Aires, es toda una fiesta. Caminando de acá para allá y siempre lleno de curiosidad se ha encontrado Juan en La Recova, a un español de sus años más o menos. Aquel era emigrante nacido en Cangas de Onís. Como son de pajareras edades y tienen añoranzas patrias, ambos deciden pasar la tarde juntos.

Cada cual cuenta sus aventuras y sufrimientos en los años que llevan viviendo en aquel llamado "Nuevo Mundo." Benito fue allí hace cinco años, para vivir con un tío que tenía hacienda en Trenque Lauquen, pero, asustado del campo argentino y de los indios

que, un día sí y al otro también les acobardaban, decidió regresar a Buenos Aires y de allí a España.

No tenía ni un real y llevaba meses viviendo de lo que encontraba tirado, que no era poco, porque ya desde ese tiempo Buenos Aires era rico en artículos para comer. No lo era tanto en ropa y zapatos.

Juan, -zorro él-, no le contó de su vivir sino lo que convenía para cubrir aquellos años en que vivió haciendo de bandolero disfrazado de gaucho. Si le dijo que ya estaba adaptado a todo y que aquella era tierra prodigiosa para crearse una fortuna.

Por indicación de Benito fueron a conocer El Parque Argentino que estaba fuera del casco urbano.

Aquel Parque era inmenso; todo rodeado de tapias y, dentro de ellas podía verse: jardines... fuentes... mén-sulas... estanques con patos y ocas... Cisnes preciosos... Un buen hotel que, según le dijo el asturiano era de capital francés. Salones de baile. Circo.

Teatro al aire libre y, hasta un pequeño zoológico.

Aquella tarde de otoño estaba lleno de gente, como si toda la ciudad se hubiese volcado allí en busca de diversiones. Claro que, para llegar hasta él no faltaban malezas y hasta un zanjón al que llamaban de Matorras, -quizá por las muchas que había-, y donde parece que, con periodicidad, hallaban gente asesinada.

Cuando comenzó a meterse el sol por tierras de Brasil le dijo Benito:

- Vámonos... Vámonos José, que dentro de una hora ya no podrá estarse aquí ni en broma...

- ¿...?

-¿No ves cómo huyen todos? Hay quien, en llegando la noche, se dedica a robar, y, al que se resistió lo mandan a la "chacra el fiato", y ya sabés por lo que digo....

Le dio su dirección Benito y Juan, -para Benito ya era José, por si las moscas...- le prometió que se habían de ver sin tardar, ya que tenía dinero y grandes proyectos en la cabeza. Le podía hacer falta Benito porque sólo no quería encaminar nada.

En la esquina más comercial de San Isidro había levantado Torquemada una casona de planta baja que cubría más de quinientas varas edificadas. Tenía tres patios y estaba dedicada a Ramos Generales.

Allí podía comprarse desde yerba mate, hasta un yugo para bueyes; desde una cuchara a un facón; desde ropa de campo hasta vestidos de seda y terciopelo propios de la gente más "bien", más "pituca." Allí había de todo. Antes de habilitarlo fue a la

Capital, buscó a Benito Cabezas y se lo llevó con él.

Tenia Juan Torquemada veintisiete años cuando inauguró la tienda más grande de todos aquellos contornos e, incluso, famosa en la Capital.

Había tenido, desde que huyó de Pergamino, la precaución de cambiarse el nombre de pila y apellido, siendo para todos los que no le conocían, José Lozano. Aquellas muertes ocurridas en su vida de cuatrero podían acarrearle perjuicios, por tanto, nada mejor que fingir, incluso hasta el origen de nacimiento. Torquemada, como vemos, era astuto y zorro al máximo, pero, también se verá que, errar es de humanos, y él también pisará el palito como el jilguero y ha de quedar enligado...

Las buenas gentes de San Isidro, viendo las inquietudes del joven Lozano, anhelan tener relación con él pero, el riojano, -a quien llamaban "el vasco"- evita el metimiento lo más posible.

Su tienda es visitada con asiduidad por señoras que acuden con el cochecito tirado por brioso corcel llevando a la criada morocha para hacer compras. Así crece día tras día el capital y, las ganancias, son vistas por todo el vecindario.

Torquemada es invitado a casa de un francés donde se dará una fiesta esa noche, pero, no va solo a la reunión y lleva a su amigo Cabezas. Benito lo acompaña como si fuese su escolta, tanto es así que lleva un arma oculta.

El francés tiene dos hijas muy bonitas que se las presenta a Lozano para que tomen relación. Para que cenén juntos los cuatro jóvenes, y lo hacen

-pícaro la madre de ellas- en un costado de la larga mesa, pero... el nacido en tierras de Najerilla no picará tan fácilmente, teme a todo y, entre ello, hasta el propio matrimonio. Después de la cena, a la que han acudido más de treinta invitados, se baila el Psapié... el Amable y la Contradanza.

No puede Torquemada acompañarles en esas danzas, y menos Benito Cabezas, porque son ellos nacidos en familias humildes y, las hijas de Jean Lapierre, están educadas en aquella alta clase burguesa.

De igual manera aquellas dos mocitas -como sus padres- dominan dos y tres idiomas, y los españoles el suyo y no muy amplio.

De esta reunión ha nacido un amor entre Benito y la hija mayor del residente francés.

Así un año y otro año, siendo famosa la tienda y, abundantes las ganancias.

Un día, un lejano día, tuvo Juan Torquemada un mal pensamiento sobre una jovencita, hija de italianos que, a diario, acudía al Almacén para hacer la compra.

Era la hora de cerrar. Benito había salido para la Capital a llevar una carga de cueros y sebo, que, ellos, compraban en grandes cantidades y volvían a revender en Buenos Aires. Desde aquel puerto salían más tarde rumbo a Brasil o a Europa.

Despidió Juan hasta el día siguiente, a un cadete de quince años que le tenía para entregar los pedidos en las casas y, dentro, quedó Rosanna Liguori

- que tenía diecinueve añitos más hermosos que la Plaza de España en Roma; mucho más bonitos que aquel gigantesco Parque Argentino. Había ido la niña a comprarle a "Los Españoles" que así se llamaba la tienda; aceite y harina de maiz para hacer polenta.

Ya la venía siguiendo desde tiempo atrás el mozo riojano, y se deleitaba oyéndola hablar siempre llena de felicidad y con un cascabeleo de risa, mezcla de aparente ingenuidad y de provocación sexual...

- ¿No vas a temer Rosanna quedarte sólo conmigo en el almacén del fondo donde tenemos el aceite?

¿No? ¿No?

- No. ¿Y...? ¿Por qué he de temer? ¿Es que me va usted a comer...?

- Mujer... tanto como eso... Pero, mirá que.. que soy hombre... más viejo que vos, claro que sí, Rosanna, más viejo, y, qué pena por mi parte!

- ¿Qué va...! Usted está muy bien, don José. Usted es un gran tipo... y muy interesante con esas canitas que le salen por las sienas..

- Y, además... además -ya lo sabés- Lozano.. (Aquí rieron los dos), "Lozano", al menos en apellido...

- Eso es verdad, pero me parece que sólo de apellido como acabó de decir. (Otra vez rieron a carcajadas por la intención de la palabra)

¿Y...? ¿No le gustan las chicas o qué...?

- No me comprometés, Rosanna... Mirá que me gustan mucho, mucho, pero...

- Pues nadie lo diría don José "LO-ZA-NO..."

Entraron al galpón donde tenía los bidones de aceite. Siguió el juego de palabras. Siguió el guiñar de ojos y el desgranar de risas en la italiana y también en Torquemada, siempre para la jovencita don José Lozano.

Este juego de frases y picardías todo ello y en toda ocasión peligroso-, trajo como cosecha el romper el dique que separaba años y familias, acabando Torquemada por agarrarla con toda su fuerza entre los brazos, y besarla ciego de pasión. Ella, que era fina de cuerpo como liviana de ropas y de ardides, hacía como que se quería soltar pero... más y más se le apretaba, al criado en la Villa riojana. Juan pensaba: ¡Dios qué picardías sabe mover la mujer cuando al hombre lo ve encendido de pasión; ¡Si son mucho más pícaras e inteligentes que los varones;

En aquellos momentos de pasión y ceguera sexual, Juan se olvidó de todo el pasado y de cuanto allí se estaba fraguando. La ocasión y la belleza de aquella hija de italianos le vinieron a derrumbar todo aquella separación que puso desde que llegó a San Isidro y nadie fue capaz de meterse en su terreno.

Media hora después ya estaba aquel mal, -o buen- altar erótico, elevado. Todo había quedado roto, como cuando pasa un huracán. ¡Qué lástima! Las risas quedaron mudas. El silencio se hizo profundo y denunciador. Las ropas ensuciadas, arrugadas y, hasta las miradas trataban de no encontrarse -como aquel mestizo que temía al mal de ojo de Torquemada-. ¿Por qué se ha de romper tan presto la ilusión y ha de ser la vergüenza tan larga y tan denunciadora?

Sin decir palabra, Rosanna se acercó al mostrador

para hacer el pago de la compra. ¿Pagar...? La deuda estaba saldada y para rato... No pagó nada de nada. Aún le dijo Torquemada que llevase doble cantidad, y le metió en el bolsillo un puñado de monedas de plata, para que se comprara lo que le apeteciera.

Si tenía fama Rosanna de no poco veletera, a partir de esa tarde, tras lo acontecido en la tienda de "Los Españoles", había quedado bien cimentado su bautismo de moza loquilla y de elevada temperatura.

Cuatro meses después aparecieron en la tienda los padres de Rosanna. El marido, el padre de la "nena" —que así la llamaban en casa—, era pequeño y flaco. Se dejaba los bigotes enormes como buen calabrés, tanto, que le tapaban boca y parte de los carrillos. Parecía un enorme gato ratonero. La mujer gorda, fondona y, de mediana altura.

—¿Qué desean ustedes?...?

—Decíselo vos, Yuliana... Andá, decíselo vos a Don José...?

—¿Quiere don... que cerremos la puerta...?

—¿Por qué, señora...?

—¿Y...?

Se hizo un gran silencio. Torquemada ya sabía el grave momento de la entrevista.

—¿Nos conoce bien, don José...?

—Sí sí... claro que sí...?

—¿Verdá que sí...?

—Cómo no... cómo no. Por eso que está muy bien la puerta así, abierta. Ustedes no me van a robar

¿verdad que no...?

—¡Dios nos libre don José, y Dios nos libre! —dijo

Nosotros, de pobres, lo que nos pida, y a mucha honra, pero, decentes y sin mancha en la conciencia ... hasta donde usted pida, don José... ¡Ni una mala mancha en la conciencia!... No necesitamos limpiar la ropa ¿sabe?... Andá, habla vos, Yuliana.

La italiana muy decidida comenzó a decir, mientras se colocaba de codos sobre el mostrador;

- Usted, don José ya sabe... no lo inorará... que nuestra nena... está embarazada...

- ¿Yo...? Oiga ¿por qué tengo yo que saber lo que le pasa a su "nena"?

- ¿Cómo que por qué? ¿Cómo que por qué? ¿Le has oído, Benedetto?

Aquí el italiano comenzó a pasear mirándole al español con gesto de perdonavidas... Torquemada siguió diciendo:

- A mí, señora, por favor... por favor.. no me traiga líos a la tienda.

- ¿Líos...? ¿Líos...? ¿Oís, Benedetto? ¿Oíste bien lo que dice don José, el Lozano...? ¿Y...? ¿Y...?

- ¡Sí! ¡Sí! He oído, Yuliana... He oído y estoy decidiendo... pero, de momento, seguila vos la conversación... y decile de verdad lo que pasa, para que no se haga el sonso...

- Don José... mi niña pequeña, nuestra nena, Rosanna, está empañada ¿sabe? Y dice, me dice... que es de usted; de usted don José!

- Ella puede decir lo que le dé la gana. Ella puede decir nomás lo que se le antoje! ¿Y, qué?

- ¿Oís, Benedetto?... ¡No lo quiere reconocer! Ya te

lo decía yo... ¿Te enterás, viejito, cómo llevaba razón tu Yulianna?

- Bueno, señores, ¿qué desean comprar? Si no van a comprar lárguense de acá ahora mismo.

- ¿Comprar dice, Benedetto...? ¿Tenés el cuchillo de la cocina encima...?

- Sí. Sí que lo tengo, Yulianna... pero esto hay que arreglarlo de otra forma. ¡Vamos a casa; Vamos a casa y traemos a la nena con nosotros y, por la Madonna bendita, que, si ella dice que sí y él lo niega lo mato, lo mato, Yulianna...! ¡Gallego falluto; ¡Porquería de tienda esta...!

- Pueden traerme todas las nenas que quieran y toda la policía del mundo que yo no diré sino la verdad, la pura verdad que yo sé. ¡Yo, a su nena no la conozco nada más que para venderle, nada más;

- ¿Nada más, eh? ¿Nada más? (Al decir esto le coloca el cuchillo en el pecho) ¡Eso lo quiero yo oír estando Rosanna delante...! Así que, la nena lo ensueña ¿eh? Luego volvemos...

- ¡Vamos, vamos Benedetto a por Rosanna, y delante de ella se aclararán todas las cosas

- ¡jo, la gran puta, carajo; ¡Gallegos de mierda... ¡Y no te arrimés más a comprar a esta porquería de gente, Yulianna; ¡Cerdo; ¡Porco de mierda; ¡

La cosa se había puesto en unos meses mal, muy mal. El negocio era lo que allí había que cuidar por sobre todo, y, por él era menester dar la solución que fuera al asunto de Rosanna. Torquemada había puesto al corriente a Benito y, entre ambos

debería quedar guardada aquella tormenta de pasión que hizo el hijo de Pedroso, el sobrino de Santiago Plaza, y cuya cosecha de disgustos le había venido a inundar por los cuatro costados.

- Pasá, pasá... Rosanna... Tirá para adentro y no te me achiqués ;carajo; -le decía el padre desde la puerta a la pícara hija del calabrés.

Eran las siete de la tarde. En la tienda estaban Benito y Juan Torquemada, cuando penetraron como en tropel el matrimonio italiano y Rosanna, que venía llorando. ¡Pobre criatura adonde vino a parar por tan frágil cabecita de gorrión, y el poco conocimiento de lo que acontece cuando las compuertas no se saben contener! Su padre, el calabrés, creciéndose y enseñando el facón, como en descuidos, dijo con voz que no admitía vacilaciones:

- Venimos para aclarar dos cositas nomás, sólo dos cositas, y con el patrone... Así que, si le parece, bajá la cortina y, si cree don, que pueden oír lo que acá se diga todo el venindario, pues, déjela como le guste, que igual se nos da ¿verdá Yulianna?

- ¡Bien hablado, Benedetto;
- Cerremos, cerremos! -dijo Torquemada-

Cerró la puerta Benito, mandó al niño con dos paquetes para entregarlos en sus respectivas direcciones y comenzó diciendo la madre de la llo-

rona:

- Yo creo que ¿eh?... don Benito también debe irse...

- No no -dice Torquemada- Él puede quedarse porque también es parte interesada.

- Interesada lo será en el comercio, -digo yo y usted patrone me perdone-, pero... ser interesada en la tripa de mi nena es otra cuestión...digo yo.

- Es que...que...a lo peor ¿sabe?, también es de eso, don Benedetto... de lo que se trata.

- ¿Eh? ;No llores más nena, y sentáte acá; Vayamos por partes, don... ;Sepa, don José Lozano, que si usted es patrone y tiene su platita, yo traigo un arma blanca llena de razón y no me voy ; Santo dió; sin aclarar bien este sucio fregao ¿me comprende, don Lozano?

- Si. Y yo le vendo todas las armas blancas que ahí tengo, y hasta las de fuego.

- Compadradas no, señor patrone... Esa es otra cuestión ; Vení acá, nena, y decíle a papá qué hiciste con don José hace cuatro meses ahí dentro;

- No se lo preguntés así, Benedetto... Por favor...

Nena, hijita mía, decíle a tu mamita la verdad ; te sedujo en el galpón del aceite el patrón, don José Lozano?

- ;Sí;

- ;No; -responde inmediatamente Torquemada.-

- ¿Cómo que no; -grita el calabrés poniendo el cuchillo encima del mostrador- ¿Cómo que no?...

- Esta nena de ustedes, seduce a todos ; A todos;

Hace cuatro meses y medio ha estado ahí ahí; con mi socio, Benito Cabezas...

- ¿Eh...? -dicen los padres asustados hasta la mismísima médula- ¿Cómo....?

- ¡Mentira; ¡Mentira; -dice la moza llorando.-

- Don Benito -le dice el calabrés poniéndole el cuchillo en el pecho- ¿Es eso verdad o es un truco de la mismísima Madonna?

- ¿Y....? ¿Qué quiere que le diga...?

- ¡La verdad don Benito;¡

- Comprenda que son cosas muy delicadas, don Benedetto...

- Me parece a mí -dice doña Yulianna- que, éstos dos se han unido, Benedetto, y nos van a echar el fardo encima.

- ¡Mienten; ¡Mienten; -decía la niña llorando a

moco pelado-. ¡Fue él; ¡Sólo él; ¡Miente don Benito;

- ¿Qué hago, Yulianna con ellos...? ¿Qué hago, porca miseria;

El asunto era no poco complicado para aquella pobre familia, hasta que, hablando Juan, en tono suave y porque todo lo endereza el dinero, la cosa fue amainando en voces y en soluciones.

- Señores... pasemos al comedor y aclaremos ahí esta embarazada situación.

- ¡Embarazada ella, mi nena, pero... si usted lo dice, pasemos don José, y que sea para bien... ¡Vamos para dentro, Julianna, y que Dios arregle lo que ya está destrozado.

Poco después todo era no poco distinto.

Encima de la mesa había varias botellas de bebidas alcohólicas y galletas. Bien sabía Torquemada que aquel italiano era un bebedor de padre y muy señor mío, de ahí que estaba dispuesto para conseguir ganar aquella batalla que, siempre, siempre ¿cuándo no? la ha de ganar el fuerte, el rico, el poderoso, y perderá crédito, honra y hacienda, el débil, el roto, el pobre. Mientras que la sociedad vaya por donde va éste es planteamiento que no admite cambios cuando el dinero, y con él la fuerza, son los que dominan en todas las naciones y en todos los ambientes donde el oro es rey, dios y dictador.

- Beba, beba sin temor, don Benedetto, que aquí tenemos bebida para calmar al medio millón de almas que viven en éste hermoso país.

- Ya bebo... Ya bebo, don José, y muchas gracias por su gentileza de hacernos entrar a la casa...

- Y usted también, señora, y lo mismo Rosanna. Anden beban ahorita éste anís que es traído de Europa. Y coman galletas. Saca, Benito, dos budines más.

Después de comer y beber; después de llenarse de galletas, budín inglés y pan dulce a estilo de Italia, se comenzó a tratar el desaguisado y para ese entonces, allí el que mandaba era Torquemada quien dijo más o menos así:

- Doña Yulianna, Don Benedetto Liguori, la vida hay que tomarla conforme viene. Rosanna es una niña muy guapa, muy buena, muy graciosa, pero...pero... tiene una debilidad...

- Sí señora... Déntica como era su abuela don José!

Me salió, ¡carajo!, igual que la aguelita materna.

- ¿Vas a callar, Benedetto? Mirá cómo tenés a la nena... Siga, siga don José.

- La nena tiene 19 años y ha estado -aquí está mi socio que lo atestigua- con varios hombres...

- ¡No! ¡No papá, no! ¡Miente!

- ¡¡Calláte, nena, y escuchá lo que dice don José! ¡

- Mientras se atusaba aquel gigantesco bigote, y se echaba garguero abajo una copa más de ron-

¡Siga, siga, don José...

-...Ella necesita un hombre... un hombre, quiero decir: joven, trabajador, alegre como ella, pero, no obstante la buena voluntad de ustedes, yo les propongo que, de hoy en adelante, le daré trabajo en esta casa a doña Yulianna, para que haga una limpieza total todos los días del año antes de abrir el negocio.

A la nena, - y por estimación a esta noble familia italiana-, le pasaré una ayuda mensual, para que cuide mejor a lo que venga, ¡ojo! lo hago no porque yo tenga en ello nada que ver, sino porque mi corazón cristiano, y mi estimación hacia ella -además de mi situación económica- me lo permiten.

- ¡Bien hablado don José! ¡Bien hablado! ¡no te parece, Yulianna, carissima Yuliana...?

- ¡Cómo te huele el aliento, Benedetto! Sí, me parece muy bien don José. ¿Y vos nena, qué decís?

- Bueno... Bueno...

- Pues no se hable más. ¡Venga otra copita y se lleva usted don Benedetto lo que sobra para casa.

Que sí señor, que es un regalo. Y usted, seño-

ra esos dos budines que aún no se han empezado.

Por favor... no me digan que no.

- ¿Cuándo voy a empezar don José con la limpieza?

- El próximo lunes.

- ¡Macanudo; -dice el calabrés- Y que no se oiga más hablar del caso ¿me habéis oído? ¡No quiero ver una lágrima más en casa! Agradecemos que hemos caído con un hombre bueno que sabe ser considerado. A callar y que no se entere nadie de lo que este buen español hace por los Liguori.

Nació el niño que era hermoso de verdad y al que Juan Torquemada no podía perderlo de vista.

Un poquito cabezón si qué era, pero, también lo denunciaba su creador y, ésta, había de ser deformación que con las sucesivas generaciones tomaría aspecto de seres deformes, auténticos cabezudos.

Quiso Juan que, al bautizarlo la familia Liguori -y él era padrino... padrino y padre- se le pusiera por nombre -así les dijo- como un "tío, santo y buen hombre que era Obispo por tierras de Oriente..." De ahí que se llamó Santiago, como el beneficiado navarreteño.

La abuela lo llevaba frecuentemente a la tienda y, era tan astuta que se pasaba constantemente

por las narices, y, aún le decía:

- ¿Qué cosas don...! Si tiene su mismo pelo y su misma cabeza....!

Así, el zorro y criminal Torquemada, tenía que callarle la voz colmándola de regalos y atenciones para la familia.

Mientras tanto, Benito Cabezas, se había casado con la hija de Lapierre y llevaba un tiempo anhelando tomar más participación en el negocio, pero, Torquemada seguía sin ceder.

Un día, vino a la tienda el suegro francés y le dijo a Juan que le agradaría comprarle toda la parte social del fundador: que pidiese sin miedo porque él quería ser comprador. Juan Torquemada, que estaba no poco harto del público, decidió transpasarle su capital, y así fue cómo quedó totalmente libre para ir a residir a otro lugar. Entendía que había que poner tierra por medio entre él y aquella familia de italianos que, aprovechándose de la verdad, eran como sanguijuelas para sacarle dinero semana tras semana, año tras año. En más de una ocasión hasta amenazaron con denunciarle a la policía y esto era lo más grave que le podía ocurrir.

Mucho sintió Torquemada abandonar al niño, pero, entendió que era más cómodo irse libre, y así lo hizo, desapareciendo de San Isidro sin dejar rastro, y sin que nadie supiera jamás hacia dónde se iba.

En el último tiempo que estuvo en su gran Almacén de Ramos Generales titulado "Los Españoles", conoció a un ex-oficial del ejército argentino, quien le propuso un buen negocio para llevarlo a medias. Había un sólo inconveniente: que había que residir en el Sur de la Provincia de Buenos Aires. ¿Dónde?: en Quilmes.

Liquidado el negocio se fue Torquemada a vivir a un hotel de la Calle Victoria, en pleno centro de la ciudad; a cien varas de la Plaza Mayor.

Visitó al ex-oficial en su casa y llegaron a un acuerdo, que, más o menos era el siguiente:

Juan Torquemada se establecería como residente anónimo en la citada población de Quilmes. Necesitaban una casa grande, muy grande, o un local amplio, como para tener dentro a cincuenta o setenta personas, divididas unas de otras, para ello había que hacer particiones, lavabos, desagües, etc, etc. Todo estaba indicado en un pequeño plano que había trazado el que había de ser socio y se llamaba Patricio Bodega.

Este ex-oficial se encargaría de traer negros del Africa. Para sacarlos del puerto no había problema, porque contaba Bodega con un hermano que era alto Jefe de aquella Aduana. Desde allí había que llevarlos a Quilmes donde serían otra vez, desembarcados. La manutención, venta, y riesgos, correrían a cargo de Juan.

En el negocio irían a partes iguales. Incluso, hicieron hasta un pequeño contrato social firmado por ambos. Una duda le quedaba a Juan Torquemada y ésta se la hizo saber antes de estampar su firma:

- ¿Crees que el gobierno seguirá tolerando la venta de esclavos?

- ¿No sabés que cuento para ello con la palabra de Juan Manuel?

- ¿Juan Manuel, qué...?

-- ¡Rosas; El Gobernador; El amito, ché. Después

de caer Dorrego es el amo del cotarro. El será

quien me defienda en todo porque sabe que soy un incondicional a su causa. No vuelvo a ejercer la mi-

licia porque ya la edad y los reumas me tienen destrozado, que, de no ser así, aún podía llegar a coronelito, y ésto lo sabe muy bien Juan Manuel.

Esto era verdad, porque Juan Manuel Rosas, lo

era todo. Era aquel Gobernador que bajo su man-

do -nacido de la revolución- comenzaron las luchas

fratricidas, las persecuciones, el exilio de las

mejores inteligencias argentinas y, el resurgir de

un nacionalismo cruel, bien visto por una minoría

y maldécido por los más.

Como lo habían concertado así se hizo.

Alquiló Juan Torquemada una casona y mandó hacer modificaciones, divisiones y cuanto se había establecido entre los dos socios. Compró cadenas, grillos,

y cepos para tener atado a lo que iba a ser "ganado" y comenzó un negocio sucio, cruel, repugnante, mal-

dito, sin conciencia: al que se le conocía por toda América con el título de "negrero". Había que lle-

nar todo el Nuevo Mundo de criados y obreros traí-

dos de Africa.

Como vemos, Torquemada -¿lo impondría el nombre?- había ido escalando poco a poco todos los peldaños que ofrece esta sociedad para el que no tiene escrúpulos, como también los descende hasta su ruina y decepción, aquel a quien le sobra conciencia para el semejante y nadie se la considera.

Juan, criado desde niño entre sotanas, maitines y olor a incienso; entre rezos y penitencias nobles o hipócritas-, había ido transpasando poco a poco esas figuradas tapias o fronteras que delimitan hasta dónde llega el noble corazón y la bondad; el hacer bien, y el quedar satisfecho tras de una obra benéfica, o, por el contrario ser un canalla y un miserable racional.

Para él sólo servía, era bueno y decente, aquel que sabía ganar plata sin mirar el camino ni querer detenerse por el precio que costaba conseguirla. Sin fijarse qué sucios percales dejaba por el camino andado: Esto de ahora era el summum a la perversidad; el colofón más denigrante que puede echarse encima todo humano civilizado. Sólo le quedaba el ser verdugo, que criminal ya lo era, pero ¿acaso no es ser verdugo el traficar con la vida del pobre semejante porque ha tenido la fatalidad -no elegida- de ser negro y haber nacido -en ese tiempo- en un continente llamado maldito? ¿Acaso no es peor que verdugo, el ser criminal pagado por el estado; comprar y vender gentes encadenadas como se venden simios o perros?

Al cabo de un mes, mientras hacía los grandes desmanes el gobierno del tirano Rosas, llegaba a las playas de Quilmes -donde un siglo atrás vivían en paz el clan de los indios diaguitas o quilmes-, decimos que, llegaba a la costa quilmeña, a pocas millas del Fuerte de Buenos Aires, camino del Sur, dos grandes barcazas en las que venían atados como si fuesen vacunos, cuarenta y ocho negros y negras que habían sido raptados, cazados a lazo, en Uganda y Angola.

El trato amigable y comercial que tenía Patricio Bodega con dos capitanes ingleses, que se dedicaban a traer especias y negros hacia el cono Sur de América, facilitaba totalmente estos tristes cargamentos de carne humana.

Animados por latigazos los fueron bajando atados uno a otro por una cadena al tobillo. Cada 10 hombres eran unidos por una cadena que llevaban agarrada con las manos. Cada diez mujeres avanzaban unidos por otra. Venían sucios, con las melenas largas; llenos de piojos y enfermedades a la piel.

Muchos de ellos con tos, con torrentes de tos; casecadas asfixiantes de tos y de vómitos. Habían viajado sobre cubierta o en las bodegas de los barcos, y eran baldeados con agua salada todos los días, hiciera frío, hubiese niebla o sol abrasador. Olfían igual que manada de vacas y ¿qué menos podían oler si les obligaban a no conocer la más mínima limpieza corporal?

Con Torquemada estaba su socio Bodega y dos peones más que buscó Juan, los que ya fijos, habían

de estar al cuidado de los negros durante su estada en Villa Ebano, que así bautizaron a semejante residencia.

Colocados en la calle que daba salida al río de la Plata los cuarenta y ocho africanos, vieron los negreros que sólo cuatro de ellos no se tenían de pie: tres mujeres y un hombre. Estaban enfermos y con más años que la edad ideal para el trato. No deberían pasar de 30 años los "cazados", y aquellos pasaban la cuarentena.

-¿No traerán esos alguna peste, Patricio?

- No creo, pero, de todos modos lálgalos los primeros a precio de saldo, y así evitás el contagio. No separés a esos para enviarlos a Brasil, porque no te aguantan ni hasta Rosario. Mañana vendrán dos italianos que tienen algunos pedidos para Bahía y Río de Janeiro.

- ¿Tienes tratado el precio?

- No no. Siempre lo dejaremos pendiente según los años y el poder que tengan. Luego se tratará eso ante la negrada. Ya sabés que las mujeres jóvenes se cotizan más. Hacen falta en Buenos Aires muchas para las casas de los nuevos ricos, y las de esos ingleses que están llegando todas las semanas,

La categoría está siendo Torquemada, el llevar a la compra o de paseo una negrita. ¡Nosotros vamos a satisfacer a todo dios que quiera compañía joven y perfumada con sabor a trópico ¡ja;ja;ja;...

- De acuerdo, de acuerdo Bodega. Déjalo por mi cuenta que yo los clasificaré y les pondré en condiciones. ¡Vamos a ver... Venga, negros y negras, vamos a ver esa boca... ¡Abrid la boca digo, y enseñar

todos los dientes;

Los negros no entendían, era la primera vez que les hablaban así, directamente, y en otro idioma. Torquemada llevaba el rebenque, se les acercó más, y pegándole a un mocetón como un castillo un fustazo en el hombro le dijo abriendo él la boca:

- ¡Así; ¡Los dientes así; ¡Así; El negro abrió la boca y enseñó dos hileras de dientes grandes y blancas como piñones de nieve, por cuya unión no dejaban pasar la más mínima transparencia.

Después, siguió diciendo:

- ¡Ahora tú; ¡Tú; y tú, y tú y tú...; Así todos;

Cuando acabó, miró a su socio y le dijo:

- Yo creo que no está mal la camada, Patricio.

Mirando a los dos peones les dice:

- ¡Llevadles a Villa Ebano y ya sabéis: ellas encima y ellos en la planta de abajo;

Las dos filas, silenciosas y tristonas, se pusieron en marcha como si fuesen "pasos" de la Semana Santa. Sólo se oía el ruido de las cadenas que servían para unir un pie con el del compañero que iba detrás o delante.

El suelo se levantaban dos pequeñas nubecillas de polvo, producto del rastrear de las cadenas. ¡Qué terrible procesión; ¡Qué vergüenza, cuando, para el colmo, se denominaban y hasta presumían de cristianos, de buenos cristianos; De vez en cuando, también se oía gritar a los guardadores como si fuesen verdaderos carreteros: ¡Vamos; ¡Adelante; ¡Seguir adelante; ¡Tira para allá, cabrón...; ¡Vamos;

Después de echarles encima cántaros de agua y de colocarlos en una especie de escudillas la comida, les hicieron tumbarse sobre pieles de oveja y de vicuña que había tendidas por el suelo.

En cada departamento había una especie de banqueta con cuatro agujeros. En ellos habían de hacer las necesidades y, éstas, caían a un caldero colocado debajo. Cuando se echaba la tarde había que sacar aquellos ocho recipientes y volcarlos sobre el agua embarrada del Río de la Plata. Después, lavar los cubos y volverlos a colocar debajo de la tabla perforada.

Torquemada era el sádico dictador de aquella pobre miseria humana, y, era mucho peor cuando uno de los guardianes venía a decirle que, una negra no quería comer, o había vomitado fuera del "tito" para las necesidades. Era entonces cuando cogía la fusta, entraba al local y, en más de una ocasión, le ha hecho comer aquello que había vomitado sobre los ladrillos o encima de las pieles.

Cuando le decían que había como una especie de sublevación y que se negaban todos a comer, les decía: - ¡Péguenle a aquel treinta fustazos; ¡A la zorra esa de las tetas caídas, denle cien vergazos; ¡A ese cincuenta; ¡Métnale un tiro a ese que me mira mal; ¡A todos, a todos, cien rebencazos en las espaldas; Hasta se decía que, ciego de ira, había llegado a matar a más de cuatro inocentes, y, luego, le decía al socio que se le habían sublevado y no tuvo más remedio que quitárselos de encima...

En uno de aquellos viajes con cargamento

humano, venía una jovencita arrancada como todos ellos del corazón de Africa y, en los más, de la vigilancia de los padres. Desde que la vio Torquemada se le fueron los ojos tras de aquellos bonitos hombros; sobre los pequeños y modelados pechos, y, hacia una cadera, de la que podían copiar los más exigentes escultores.

Al verla de pie sobre la tosca arena les advirtió a sus capataces que no le pegaran a la niña aquella golpe alguno.

Llegados a la "residencia" o corral humano, pidió a Venancio que le soltase el grillo que llevaba en el tobillo para subirla a la casa donde Torquemada vivía. No había forma de separarla de sus compañeros de raza y de infortunio. Tanto se opuso que les dijo el patrón:

- Dadle de comer a todos menos a ella, que nada ablanda tanto el coraje y el resabio como el estómago vacío.

Acercándose a ella quiso acariciarle el hombro, pero, la joven africana fue a morderle la mano, haciéndole soltar una carcajada al que fuera criado en casa del beneficiado Plaza.

A los dos días de estar en ayunas la joven, bajó Torquemada una vez más para verla. En la mano llevaba un puchero con café y leche. En la otra mano dos galletas marineras. Les dio las galletas a las que estaban al lado de la negrita y a ésta le ofreció el puchero. La joven lloraba y, cómo dudarle, que había de maldecir el destino cruel que tuvo naciendo en un continente que era visitado por los hombres ci-

vilizados blancos como amplio y codiciado coto de caza humana. ¿Qué eran para los cultos blancos toda aquella raza de negros...? Pero ¿acaso no eran hijos de la misma creación? ¿Habían nacido de hombres fieras o eran producto salido de volcanes y minas de carbón? ¿Tenían para ellos conciencia y sentimientos, o eran igual que troncos de árboles y rocas? Señor, señor ¿y la iglesia, la alta Curia eclesiástica, cómo podía permitir todo esto? Claro, por-que Dios, el Dios bueno y la buena religión y, hasta el cielo prometido, sólo era para la raza blanca y creyente... Los negros no eran creados por Dios..., por tanto eran bestias y jamás estaría el cielo abierto para ellos: los negros sólo podían ir, por su color e ignorancia, al infierno. ¿Es que los negros y los amarillos merecían tal castigo e incluso la muerte por no haber nacido de padres cristianos y ser bautizados según ordena Roma? ¡Vergonzoso, todo esto una verdadera ignominia, y estaba defendido por todos los papas; Siendo así ¿era Torquemada, -el famoso-, o el hijo de Pedroso un criminal, o hacía bien para la sociedad e incluso para la Iglesia que era, y aún lo sigue siendo, rectora de conducta?

Tomó Juan Torquemada a la niña negra de la mano y la llevó con él al piso superior. Una vez allí, le dio un vestido de seda lleno de hermosas flores y hasta le ayudó a ponérselo. A la cintura le ató un cordoncillo de seda azul. Le hizo sentarse en una silla junto a la mesa y le entregó aquel recipiente con café y leche por mitades. ;Manuela; -le dijo a la mujer de Victoriano Mon-

tes, que era el más viejo de aquellos dos cuidadores, y estaba así como tullido de los remos bajeros por cuya circunstancia era resentido y malo como un dolor. — Enseñale Manuela dónde está el servicio y cómo se usa la toalla y todo lo demás.

— Sí, patrón, ahorita nomás.

— Ten cuidado no se te escape. Ya ves el interés que tengo por ella.

— Ya lo veo don Juan, ya lo veo, es que la moza es muy linda. Una negrita muy linda, señor. Talmente como una sirenita de bronce. Oiga, patrón, habrá que llamarla de algún modo, nombre cristiano ¿no?

— Claro que sí, Manuela. ¿Y, cómo le ponemos...? ¿Qué te parece bueno para ella?

— ¡Ah; Pues, yo le llamaría, el santo del día^{en} que les vimos llegar acá: Candelaria ¿No le gusta?

— ¡Exacto; Le va muy bien, Manuela. En tus manos la dejo... Oíme, habrá que decírselo al cura y, los padrinos, podéis ser vosotros...

— Muchas gracias, don Juan.

Llevaba la negrita Candelaria una semana separada de sus hermanos de raza, cuando apareció Patricio Bodega. Visitó a los nuevos negros y negras que habían llegado otra vez, cambió impresiones con Torquemada sobre los beneficios que recibían y conoció a Candelaria, de la que no tenía información alguna.

— ¿Y esto Juanito?

- La he dejado para el servicio de la casa.

- Pues ¡velay! que es justo justo lo que me tienen pedido la familia Lasserre: una jovencita guapa, de cuerpo delgado, alta, limpia: exacta Torquemada. Y, además, yo te digo que la van a pagar a precio de oro, porque es capricho de las niñas del Coronel.

Torquemada no le quiso llevar el apunte que dicen los criollos cuando se demuestra indiferencia a lo que se escucha-, pero, la verdad es que Torquemada, no estaba dispuesto a que aquella belleza negra saliese de su casa.

Días después, estaba la negrita en el río bañándose, al cuidado -como siempre de Manuela-, cuando apareció Juan con ganas de quitarse la ropa y huir de tantos moscos que buscaban devorarlo.

- Vete a casa Manuela, andá, vete, que yo me quedo con Candelaria.

- ¡ta bien patrón... Acá tiene el toallón para que se sequen después del baño.

Como si fuese un adolescente, lleno de alegría y vitalidad se tiró al agua, invitando a Candelaria para que le acompañase, pero, la negrita le huía, le huía porque mucho le odiaba. Algo veía en aquellos ojos de mal cristiano que le hacían temer y no enfrentarse con la mirada. Por más que Torquemada le decía por señas y con voces: ¡Vení! ¡Vení, Candelaria... Ella, sonreía, pero no le acompañaba. De pronto se fue del agua corriendo por la arena buscando más separación del "perro" negrero. Salió el nacido en tierra del Najerilla tras de ella. Candela-

ria, corría veloz por entre las plantas bajas que como bosque cerraban el paso hasta donde llegaban las pequeñas olas de aquel río tan gigantesco que parecía un mar embarrado; de ahí que los primeros conquistadores le llamaron Mar de agua dulce.

Desnudo corría tras de ella y no la alcanzaba, que, a correr le ganaba la moza, pero, se trabó en una rama del suelo y ahí fue donde la agarró Juan.

La abrazó jadeante... Candelaria intentó soltarse pero, no podía. Peleando cayeron al suelo y, tanto por violencia como en ese caso por sumisión, el sobrino del cura Plaza, abusó de ella con el mayor instinto animal que sólo cabe en la bestia o el cafre. Candelaria nada pudo hacer y, con la mirada puesta en el cielo, —quizá buscando a su dios que así la había abandonado en brazos de un enemigo,— se resignó a la brutal violencia del cristiano. El fuerte olor de aquel cuerpo joven y bruñido como acero acabó por transtornarle.

Despertó de ello cuando Candelaria —no podía hacer otra cosa— le dio un mordisco de hembra violada y dolida en el hombro izquierdo del negrero.

¡Ah, si hubiera podido matarle y tirarlo al río qué a gusto lo hubiera hecho;

En la casona—prisión la mocita morena se lo ha hecho saber a todos sus hermanos de raza. Bajó hasta sus aposentos y, llorando, les contó en su idio^{ma} ma lo que había sucedido. Al saberlo optaron todos por hacer una especie de huelga de hambre, huelga que fue rota a fuerza de palos y tortura. Se oí

a decir a Torquemada una vez más:

— ¡Métanles cincuenta azotes a cada uno en la espalda y pecho; ¡A todos; ¡A todos una tormenta de rebencazos; ¡Cabrones; ¡Hijos de perra; ¡Me queréis arruinar el negocio o qué?

.....

Pronto se dio cuenta Torquemada que la negrita africana estaba embarazada. Había que quitársela de medio tanto porque no quería ver un producto suyo envuelto entre piel negra, y oliendo a madera de selva, como por evitar que fuese a una casa de la Capital y allí denunciara lo hecho. Así las cosas no tardó en preparar un coche de cuatro caballos y encomendó a Montes y a Manuela, al cuidado de tres negras, que habían de llevar hasta Córdoba.

Una de ellas era Candelaria. El peón llevaba una carta para el comerciante Manterola, en la que le recomendaba que consiguiese vender aquella "encomienda", de cuya venta — como en ocasiones anteriores — había de quedarse el cordobés con el diez por ciento del importe.

Cuando volvió el ex-oficial Bodega para llevarse a la negrita a casa de los Lasserre, se encontró con que "la pieza" había sido soltada de la jaula y estaba en los pagos de Córdoba. "Se convenció el socio español del compromiso que tenía con aquel Gobernador, al que debía servir con una moza como aquella que le enviaba. Aunque no le convenció al bruto militar, aceptó el argumento y no se volvió a hablar más de ello.

Juan Torquemada -que fue presentado en una ocasión, por el socio Bodega al tirano- se ha convertido en el más fiel servidor de Rosas.

No va una vez a Buenos Aires -y va muchas- en que no le visite si está en su despacho de Gobernador. Si hasta el tirano le ha dicho que le ofrece de todo corazón la intendencia de Quilmes, o el puesto que quiera por tierras del Sur.

¡Ah, señor... cómo quiere el destino que cada criminal se junte con los suyos y hagan buena masa;

Y ¿cómo podía ser de otra manera, si, en cuanto hablan dos palabras y sueltan cuatro despropósitos contra el semejante, dice el otro: "pero si piensa como yo..." "A éste debo apoyarlo". Y se apoyan, y forman grandes grupos que son la ruina y el desmadre en cada nación y en cada tiempo.

.....

Buenos Aires va cambiando poco a poco. Con Rosas, con espinas o sin ellas, el progreso no hay quien lo frene porque es producto del tiempo y superación de épocas pasadas. El progreso viene rompiendo metas y así seguirá, con mejor o peor fortuna, hasta que venga un hecatombe producto del hombre o de la Naturaleza y todo quede detenido o haya un retroceso brutal, pero, mientras que eso no llegue, el progreso y el vivir mejor seguirá por encima de todo mandatario, porque es la sociedad creadora quien busca las ventajas del humano.

Varios periódicos salen a la calle y son gritados por federales y unitarios. "El Argentino" está en poder de Federales y "El Mensajero" en manos de los Unitarios. La población también está dividida: la clase burguesa y la pequeña oligarquía, apoya al dictador Rosas. Los trabajadores y los negros optan por quien es más liberal, y un día, vendrá defendiendo al pueblo de semejantes barbaries: estos son los unitarios.

Obedeciendo al dictador, es ahora Gobernador de la Capital Federal, elegido por la Sala de Representantes, Juan Ramón Balcarce.

El violento general Rosas se había propuesto acabar con las grandes partidas de indios que tenían atemorizado al país, tanto que fuese en tierras de Mendoza, Córdoba o Santa Fé, como por territorios del Sur, en tierras de Neuquén. En esta última fase estaba aquel que se hacía llamar "Héroe del desierto", y que acabó echando a los indios al otro lado del Río Colorado-cuando ocurrió lo de Candelaria.

Rosas se crece y se marea dentro del poder. Ni su hija Manuelita ni nadie le detiene para conseguir sus fines, pero, también tiene a la oposición que no sabe hasta dónde llega o, quién es quién... Pensando en esto, un día, crea una divisa para que cada cual sea conocido por la calle: el que no la lleve a la vista será considerado sospechoso y debe ser detenido y juzgado. A esa divisa la titula "federal". Se

trata de una cinta roja que todo hombre debe llevar a la vista en levita o chaqueta, y las mujeres en el moño o el vestido. Juan Torquemada va adornado de una enorme cinta en su sombrero...

Como todo dictador, - y esto sigue estando de moda más que en el siglo XIX-, manda el tirano pasear su retrato en carros triunfales y ordena colocarlo en los templos. ¿Cabe mayor fanfarronería? Pero, esto, ya hemos dicho que se ha visto desde hace varios años -muertos están- en Alemania, en Italia y en España. Rosas hubo y habrá siempre. ¡Ojalá que en el siglo XXI, que me vas a leer, no los tengas mandando, porque, si los tienes, analízalos y verás que son como Nerón... como Rosas... como Mussolini... como Hitler... como Franco... Distintas naciones, distintas políticas en algunos casos, distintas razas, incluso, pero, todos se parecen. Igual fue Amín y Bocassa que Hitler, igual Rosas que Franco. Lo de la cinta ya comenzó haciéndolo Franco cien años después que Rosas, la diferencia era que la cinta colocada había de ser azul, para identificar a los controlados con los huídos por los montes, y que eran opositores.

Los documentos oficiales de Rosas iniciaban sus escritos así: ¡Viva la Confederación Argentina; ¡Mueran los salvajes unitarios;

Para el dictador, -así es su lógica y su teoría que luego muchos aplauden-, salvajes, son los otros, los que no aceptan su violencia. Estos lemas que hemos colocado más atrás los coloca Rosas hasta en los billetes de banco.

Se fusila sin cargo alguno y sin defensa; se ejecuta simplemente por sospecha. Se ajusticia por robar; por ser desertor o, por el más mínimo delito.

Se consiente el asesinato y el ejecutor será per-

donado siempre que el muerto sea un enemigo, un unitario.

El pueblo está asustado, horriblemente asustado. Se dicen de uno a otro -siempre al oído- que, Rosas, ha creado "La Mozarca", que es una agrupación de delincuentes que roban, asaltan y asesinan a los que no piensan como manda el dictador y su camarilla. ¡Terrible situación! Pero, esto tampoco será definitivo en el tiempo, que ha ocurrido exactamente igual en el siglo XX, y de ello hemos de dar alguna razón si el hilo sigue sin romperse...

Pues, ese tirano, esa bestia nacida en una tierra que buscaba ser libre, se llama Juan Manuel Rosas y es el ejemplo a seguir por Juan Torquemada.

Ese es el general a quien defiende y por quien da su vida, Patricio Bodega. Ese es el hombre por el que se sigue traficando con negros, y son, Bodega y Torquemada, los principales negreros del país.

(EN ARGENTINA Y EN VENEZUELA
DONDE ACABA SU VIDA)
TRAFICANDO CON NEGROS REGRESA
A SU PAÍS)

Después de varios años dedicado a vender carne humana, ¿Cuántos vendió: mil... dos mil... negros y negras? Llegó un día en que Torquemada comienza a sentir deseos de regresar a su patria.

La República Argentina está cada día más revuelta y, el día que caiga Rosas, puede caer también el sobrino de Plaza, que, en dos ocasiones ya han querido quemarle Villa Ebano... VA A VENEZUELA

Allí, poco a poco, va consiguiendo comprar algunos objetos que le ofrecen en el mercado y que

él los cree curiosos y meritorios para llevar a su tierra. Buscando invertir dinero -que mucho tiene- han caído en sus manos pergaminos de fundaciones americanas. Monedas de oro muy valiosas, que han traído del Perú y de Méjico. Libros editados en España y que llevaron allí frailes o vi- rreyes, entre ellos uno que se editó en vida del autor que llaman Cervantes, y se titula el ejem- plar: EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIXOTE DE LA MAN- CHA. Compra tapices y, lo que es más valioso pa- ra él: el escritorio de campaña que llevaba Simón Bolívar. Se lo ofrecieron a Bodega en la Pla- za Mayor y lo compró sin dudar a un familiar del Libertador, muerto en 1830: hacía siete años nada más, y ya se vendían sus enseres más curiosos.

Bodega lo compró por un precio ridículo, y, Tor- quemada, al saberlo dobló el importe y, el socio negrero, se lo vende para que lo lleve a España.

Compra vajillas de plata y hasta se hace un retrato por el pintor que tiene más fama y está inmortalizando a todos los héroes de la Indepen- dencia, aquellos que formaron la Primera Junta salvadora del País.

Al cabo de un año de ir acaparando objetos para traer a su España, -llenas las arcas de plata y de oro, el año 1837 embarca en una nave france- sa y hace el camino de retorno a su patria.

Vuelve el sobrino del beneficiado lleno de riquezas. Regresa cubierto de joyas y de lo más codiciado que hallaba por aquel Buenos Aires del

dictador Rosas, pero vuelve con la conciencia negra como el carbón, mucho más negra que aquellos infelices a los que maltrataba, e, incluso mataba, a los que vendía como ovejas, o abusaba de la candidez y sumisión de una jovencita nacida en Africa.

Traía todo lo que puede desear un ambicioso mortal, pero, no traía la conciencia tranquila y más parece que huía, que buscar descanso y bienestar para su vejez.

A los treinta y siete años de edad, con buen ver y rico-nuevo, quiere vivir en su Navarrete querido; casarse con una hija de aristócratas -que es lo que él suponía que le faltaba- y tener descendencia riojana.

HE OMITIDO QUE DE ARGENTINA FUE A VENEZUELA, DONDE ESTUVO TRES AÑOS. Y ALLÍ COMPRÓ EL ESCRITORIO DE CAMPANA QUE LLEVABA BOLIVAR Y CON ÉL UN EJEMPLAR DE LA EDICIÓN PRIMERA DEL QUIJOTE. EL ESCRITORIO LO VENDIERON A UNOS VASCOS QUE HABÍAN ESTADO EN VENEZUELA EXILIADOS Y HABÍAN PUESTO EN LA SERNA UN GRAN MANZANAR. AVISARON A LA EMBAJADA VINIERON A NAVARRETE Y LO COMPRARON (AÑO 1967).

EL AÑO 1969 VENDEU LA CASA Y, UN AÑO DESPUÉS, ENTRO A NAVARRETE CON MI NIJA MARTA LE DIGO A LA QUE LA COMPRA...?

- ¿TÚ NO LEYÓ ALGO DE LOS TRENES, NIJO...?

- ¡VIBE AL ALTO. HAY UN MONTÓN DE PARLES PARA DÁRFELOS A UN TRAPERO. ¿QUE IBAN A TIRAR? ¡EL QUIJOTE EDITADO EN 1605 EN MADRID!

- ¿ME LLEVO ÉSTO...?

- "LÉVATELO, ANTONIO, ES PARA EL TRAPERO."

LA MEJOR HERENCIA DE ARVEL QUE LLAMO TORQUEMADA VIÑO A NAVARRETE, SU PUEBLO, ÉSTO NAJIE LO HA SABIDO.

LA SAGA MALDITA DE LOS TORQUEMADA

LIBRO III

FUNDACION DEL NUEVO ESTADO

(1837-1870)

Ya ha vuelto el indiano a la Villa donde pasó la niñez. Viene colme de riquezas. Cuando llega a Navarrete comprueba que, su tío, el beneficiado Santiago, padre, desde hace no pocos años en el nuevo cementerio construido en 1822, inaugurado mientras él estaba en Argentina. Ha sido elevado en el barrio de San Juan. La tía Teresa, llena de años, ha marchado a Barcelona con unos primos lejanos. Juan, recorre la vieja Villa que sigue teniendo solera y aristocracia. Busca una vivienda que le acomode, y debe, tiene que encontrarla, en plena Calle Mayor Alta o Calle de Los Caballeros, donde viven, desde el siglo XV las más encopetadas familias. A la izquierda está el palacio de los Marqueses de San Martín, Condes de Valdellano^{Rodano.} Esa propiedad, ni intentar tocarla, que, firme está la familia como en sus mejores tiempos. Un poco más arriba -pasada la calleja que baja a Los Cocinos -calle cerrada como se ha di-

cho, cerrada en su techumbre y con reminiscencias árabes- está la casona de los Blasco de Loyola.

A continuación la de los Martínez de Velasco; después, los Ramírez de Arellano, los Tosantos, etc, etc, etc: decenas de palacios y palacetes a un lado y a otro que pregonan, con fastuosa heráldica, aquella alta calidad de éstas gentes que cubrieron todo un siglo navarretano, mejor aún : dos siglos de oro en el desvivir de la Villa, tanto que fuese en milicia como en religión y política.

Torquemada va recorriendo fachadas y contemplando escudos, cuarteles blasonados, donde destacan: castillos, robles, águilas, flores de lis, lobos, barras, etc, etc, etc; espadas, calderos y cabezas cortadas... Los morriones, los penachos y, hasta los nombres y lemas de los viejos titulares, jamás serán para él ni para sus descendientes. ¡Ah, maldición! Y tiene que pensar: ¿Es que no sirve para nada el oro que traigo y la fama que allí tenía? ¿Es que, con mi oro, no puedo yo comprar esas piedras que son como testamentos? ¡Ninguno de estos hubiera tenido jamás amistad con el General Rosas, y yo la tuve; ¿Es que, América... es otra cosa...?

Torquemada ha traído oro, mucho oro, pero no tiene nombre, carece de apellido: no tiene historia y, eso, en Navarrete y en España es muy importante en ese siglo. ¿Historia...?: "Mejor que nadie conozca la mía vivida por América. Mejor que nadie sepa las muertes que llevo encima..." Viste, eso sí, más elegante, con más gusto que ninguno de aquellos que de la Villa nunca salieron,

pero, está sólo, es como extraño en el pueblo donde vivió la niñez y pasó los mejores años de su vida.

¡Qué lejos aquellos juegos infantiles y aquel amor de adolescente, que culminó en la canícula de Santiago entre los haces de cebada; Tampoco la hija de Liborio está en el pueblo. Se ha enterado que vive en San Sebastián. Mejor. Obstáculo eliminado.

Ha visitado el cementerio que lleva quince años en servicio y le ha parecido muy original. Se eleva junto al viejo Camino de Santiago, Ruta Jacobea o, Camino Real Francés, en la parte este de la Villa.

Advierte que, hay menos beneficiados que cuando él se fue. Ahora sólo hay ocho y un párroco. Sin embargo hay dos alfares nuevos. Son dos familias que han venido de Aragón y fabrican tinajas y barreños a mano.

Visita el convento de San Francisco, edificado a la espalda del Hostal de Peregrinos, frente a la Puerta de El Caño, donde aún queda -entre otros- un franciscano que estaba cuando él era niño; se trata del padre Ezequiel, quien, con sus ochenta años sigue diciendo misa, Pero, ya no se entierra en ese convento como se hizo hasta 1820. La iglesia de San Francisco amenaza ruina y pronto caerá, mitad por abandono y mitad porque ya no quedan frailes.

Ha salido Juan de paseo por el camino-carretera que lleva hasta Nájera. Va con él, aquel anciano franciscano. Hombre es ese que conoce la Villa mejor que nadie y así le va diciendo con voz temblona y titubeante:

← Mira Juanito. Aquí estaba la ermita de Nuestra Se-

hora de las Dichas. Ya no quedan sino viejos rastros de ella, y yo la vi en buen estado hace sesenta años, y hasta oficié la misa en ella. Allí, estaba la de San Antonio -en ruinas también-, y a doscientas varas Nuestra Señora de Santa María. Aquí verás, hijo mío, la importancia de este pueblo. Sólo en este lugar tres ermitas que eran como tres estaciones del Calvario. Hemos sido, después de Nájera y Calahorra, los más importantes de la Rioja. No olvides esto jamás.

Durante el paseo se franqueó Torquemada con él y así fue cómo le dijo que buscaba una casa y una mujer para casarse. Al saberlo el fraile le asegura que en poco tiempo le dará solución a sus dos deseos.

- He traído dineros, padre Ezequiel, como para hacer un convento nuevo como San Francisco, pero, ahora necesito un hogar antes de nada. Quiero una casa, padre Ezequiel, y ha de ser en la Calle Mayor, al lado de esos que fueron y aún lo son: condes y marqueses. ¡Si ellos tienen títulos, yo traigo una fortuna!

El anciano fraile, le dijo que fuese a Vitoria y que preguntara allí por los Ortiz de Zárate, que él sabía querían vender la casa que está a mano derecha subiendo desde la plaza: la cuarta casa.

- Y ¿tocante a la mujer padre Ezequiel...?

- Eso ya es más difícil, hijo mío, eso es mucho más delicado. La casa puedes comprarla y modificarla a tu gusto, pero, la mujer hay que conquistarla y aceptarla conforme esté educada... De todos modos, en la casa de los Heredia hay una joven que han traído de Torrecilla, la que yo te aconsejo no poco por

cristiana, honesta y por sus buenas maneras. Ella podía hacerte muy buen servicio, hijo mío. Yo le hablaré cuando venga al confesionario...

.....

Sea como fuere, para qué vamos a contar detalles ingenuos -creo que demasiados te voy señalando- al mes de aquella conversación todo funcionaba perfectamente según el padre Ezequiel lo había indicado. Aquella casa que fue a comprar a Vitoria y ya era suya, estaba en pleno reacondicionamiento. Y lo estaba porque, Juan Torquemada, no quería meterse en paredes que tenían miles de ecos de otras gentes. No era casa que era un palacio. Qué fachada de piedra sillar... Qué bodega... Qué cuadras... Mandó quitar el escudo de la fachada, porque, si no le era posible comprar aquel título, ¿para qué quería allí fanfarronerías de otros ganadas en guerras?...

Mandó hacer miradores, que estaban en moda en Logroño, y mandó hacer también una amplia terraza.

El interior y la escalera fue todo ello modificado.

Terminadas las obras contrajo nupcias con aquella mujer que le había anunciado el padre franciscano, y fue él mismo quien ofició la misa: última misa de bodas que se celebraba en el viejo convento elevado en el siglo XV, al traerlo desde la loma del Buen Suceso, donde se dejó edificada una ermita recordando la anterior edificación. Dentro de aquellas paredes centenarias, se oyó decir por úl-

última vez:

- ¿Quieres, hijo mío a Elena Solano por esposa?

- ¡Si la quiero; -dijo el malvado Torquemada lleno de emoción- Volviéndose el viejo fraile a la moza le dijo con voz temblona:

- ¿Quieres hija mía, Elena Solano, a Juan Torquemada por esposo?

- ¡Sí que lo quiero, padre;

Navarrete era una Villa con solera, con ese prestigio que se lleva cuando hay varias generaciones de trasiego con mentalidades sobresalientes.

Navarrete era una Villa con vanidad de haber sido poderosa varios siglos atrás.

Navarrete era, y lo es, una Villa preciosa para crear dentro de ella situaciones novelescas; romances amorosos; trances medievales...

Navarrete fue Villa de gran trascendencia nacional en los siglos XV, XVI y XVII pero, en la mitad del XIX, Navarrete, es una población que pasa grandes necesidades económicas.

Las tuvo que pasar siempre, pero, de ello no se tiene memoria porque, del hambre, no quedan títulos ni blasones en las fachadas. ¿Por qué esa miseria y ese pésimo nombre que lleva por toda la región?

Porque todo el campo de su jurisdicción y son casi treinta kilómetros cuadrados, está en manos de unas pocas familias. Aquello que lucía en piedras trabajadas colocadas entre balcón y balcón por la

Calle Mayor Alta y Baja, en el campo es todo lo contrario pues significa ruina y miseria.

Si Navarrete, -y como ésta Villa ha de verse toda España-, tenía 500 vecinos en la época que estamos recordando, pues, sólo de diez o quince familias era el terreno llano, rico y productivo. Los otros cuatrocientos ochenta tenían que ir a jornal, a ganar un jornal cuando eran buscados; cuando los necesitaban con urgencia. Era aquel un jornal de hambre; unos reales que no duraban cuatro horas porque ya se debían en las tiendas. De ahí que, los trabajadores, trataban de tener una pequeña parcela de tierra, pero ¿dónde...?: arañando laderas en las estériles lomas navarreteñas, unas veces junto a la Dehesa o, en lugares sólo indicados -como Valgaraoz- para tomar el sol los conejos, allí donde canta la alondra entre piedras, arcilla y tomillares.

La tierra buena ya estaba acaparada desde siglos atrás y nadie soltaba un celemin. El pobre jamás podía tener casa en la Calle Mayor, ni finca en terreno de regadío.

Se casó Juan Torquemada con Elena Solano, el año 1838, y aquel matrimonio parecía a todas luces que podía ser feliz.

Elena era una mujer alta, guapa, limpia, y buena administradora. Había tenido suerte el sobrino del difunto beneficiado. La casa, como sabemos, estaba acondicionada para el nuevo matrimonio, y, el ambiente que en ella se respiraba tenía algo de demente americano, acaso por las frases que se oían, quizá por los muebles nuevos y, hasta por el perfu-

me que llegaba hasta la Calle Mayor. No guardaba el olor a rancio de los viejos palacios linderos, y esto era criticado por los descendientes de aquellos apergaminados títulos, entre otros, por los Ramírez de Arellano.

Pero, claro, no era fuerte quien no tuviera tierras por la vega, así pues, tenía que comprar campo el nuevo residente de la Calle Mayor, y sin demora, se dedicó a ello. La primera compra la hizo junto a la ermita de Santa María, que estaba asentada al pie del Camino de Santiago, sobre el viejo Corcueto de San Pedro. Una vez comprada pensó en construir una casa de recreo -a estilo también de América- y, en breve tiempo la edificó. Con esto la ermita ganaba no poco, porque hizo hasta una pequeña arcada y un patio cercando la entrada del lugar sagrado. Tiempo después, pensó en hacer una fuente para tener servicio de agua en la casa. Él mismo ofreció el proyecto al Concejo y pagó la traida y colocación de la generosa fuente de tres caños colocada en plano más bajo frente a la casa y la ermita.

Aprovechando esa pérdida de agua de la fuente, el Ayuntamiento hizo un lavadero Municipal, que también fue bautizado con el nombre de la Virgen: Santa María.

Todo el vecindario sabe que Torquemada tiene mucho dinero y que hace préstamos ¿Préstamos para hacer favores? ¡Jamás puede pensarse eso en semejante individuo... ¿Cómo podía Juan, "el indiano", estarse quieto sin ganar, venga de donde venga...?

El presta dinero, pero, ya vamos a ver cómo.

Ha llamado a su puerta un vecino:

- Buenas noches, seña Elena... ¿Está don Juan?

- Sí si... arriba está. ¿Quiere usted hablar con él?

- Si se puede...

Sube el vecino del barrio del Arrabal. Juan Torquemada está sentado al lado de una mesa lujosa en la que no faltan papeles. También hay sobre ella un precioso Cristo de marfil que compró en la Plaza Mayor de Buenos Aires. El hombre pobre, -no el pobre hombre, que esto es muy distinto-, ante aquella lujosa sala y, ante al Cristo y al indiano, se achica más y más. Lleva la boina en la mano y no cesa de hacerla girar como si fuese una rueda. Dice las buenas noches lleno de timidez, y ésto gusta a quien no falta que le dice: "Tortaquemada..."

- ¡Siéntese... hombre, siéntese...

- ¡Bah... es igual... es igual...

- ¡Siéntese...

- Bueno...

Y se sienta, pero, apenas descansa su cuerpo sobre aquel tapizado sillón. Tiene la boina entre las manos y no sabe qué hacer con ella...

- Dígame qué le trae por aquí... ¿Cómo me ha dicho que se llama?

- Alberto Gómez... Soy de la familia de los "Lechuga"... Su pobre tío y, su tía Teresa nos querían mucho ¡mucho!. Aún me acuerdo cuando usted se fue pa' las Américas... Oiga, que usted es del tiempo de mi hermano Silverio... ya se acordará del... si andaban siempre juntos haciendo diabluras...

- Ya... Ya... Y ¿qué desea...?

- ¡Hombre... Pues, mire usted... Somos en casa seis: marido, mujer y cuatro mocetes, casi todos pequeños entuavía... Yo, la verdá que no hubiá venido -la verdá sea dicha- pero, la mía, mi mujer...la Pepa pa que me entienda, lleva días y días diciéndome: Vete Alberto...vete a los del señor don Juan, que dicen tiene buen corazón y nos puede ayudar...

- Sí hombre... Dígame en qué puedo hacerlo.

- Pues que, la verdá, yo nesecitaría un poco más de campo, porque el mayor ya me tiene quince años y me vale pa ir a trabajar, y, claro... hemos pensao en que...si usted me... que vaya...que, si me adelanta unas pesetas pues podía yo comprar una finca en Humanente... Oiga, don Juan, eso sí, todo con su por qué...¿eh? Todo con su por qué, que así tiene que ser la vida y ná más.

- Y qué puede ser ese "por qué"?

- ¡Hombre...

- Usted no tiene dinero, eso está claro...

- Hombre, esa es más verdá que el Evangelio, sí señor. Si lo tendría pues... no lo lleve usted a mal pero, aquí no me arrimo. Yo le firmo a usted lo que sea, pero, así ¿eh? lo que sea, y que la firma responda por esa deuda...

- Vamos a ver, vamos a ver... ¿Tiene usted fincas?

- ¡Hombre... Algo hay... Tengo ocho o diez pegujales de la herencia de mi padre... en pagos de secano, pero, que tienen su valor.

- ¿Cuánto necesita para comprar esa finca?

- Le tengo echao el ojo, así por encima... y le calculo unos cincuenta duros...

- Cuente con ellos...

- Oiga ¿de verdá?...

- Lo dicho.

- ¡Hombre... pues gracias... Gracias y de verdá,

Ya me lo decía la mía: "vete que ese hombre hace favores como nadie". ¡Velay!...

- Que no he acabado, Alberto. Yo le voy a hacer un papel -que usted lógicamente firmará- en el que esas fincas que usted tiene, responderán por el préstamo.

- Sí señor. Ahora mismo. Hombre, eso es de ley.

Valen mucho más, verdá, pero, como no hay poblemas, pues lo firmo y se acabó.

-...y, además, le voy a poner un pequeño interés a ese dinero, porque, si usted me entrega tal cual lo que yo le presto ¿qué gana Juan Torquemada?

- Oiga, y además de verdá. Sí señor. Don Juan, las cosas como son. Usté dirá lo que es, sí señor.

- ¿Cuánto tardará en devolvérmelo?

- ¡Hombre... Si todo sale bien... pues, pa el tardío.

- Allí pa noviembre, suponiendo que todo sale bien y derecho: el grano... el vino... la legumbre... algún jornal que habrá que ganar...

- Pero, vamos a suponer, Alberto, que no sale -que también puede ser- Yo le pongo entonces a ese dinero que le doy un seis por ciento, y, si pasa de este año subirá el interés al diez por ciento.

- Oiga, que yo no sé de números nada de nada. Acláremelo en riales, pa decírselo a la mía.

- Yo le doy mil reales -es un suponer-, desde ahora hasta la noche de San Silvestre, fin de año; o sea el primero de enero que empieza. El día uno usted me debe mil sesenta reales. Si no me salda la deuda

y sigue con ella, el año que viene después, me tendrá que dar mil ciento sesenta reales, y yo me quedo definitivamente con las fincas si no me los dá.

¿Le parece bien?

- Yo creo que sí... Sí señor, hecho.

- Pues espere un momento que le doy el dinero y me firma un documento en el que constará todo eso que le he dicho.

- Lo que usted diga, sí señor, y además agradecido.

Llegó San Silvestre y llegó el otro San Silvestre y, Alberto Gómez, se quedaba sin las fincas y más pobre que nunca. Las heredades habían pasado a poder del indiano que prestaba dinero para chuparles la sangre a los más pobres de la Villa.

Así, así fue cómo se hizo Torquemada, con las fincas de los Tofé, los Ayala, los Castro, los Hurtado, los Olarte, los Martínez y cien apellidos más. Así fue cómo todas las alturas y barrancadas de la jurisdicción eran del indiano, terreno malo y de poco beneficio, como era la conciencia torpe y bestial de aquel negrero, ahora convertido en el más despiadado usurero.

Al año de cásrse les nació el primer hijo, al que puso por nombre Juan Diego. Dos años después nace una niña a la que bautizan con el nombre de María del Sagrario. La casa está compuesta por cuatro personas

Año tras año, Torquemada se da cuenta que este es el mejor sistema que cabe en el pueblo para ganar dinero: especulando con las familias que pasan hambre; los que por una u otra causa gastan más de lo que sacan en sus pequeñas cosechas, y así, acaban por entregarle al indiano aquellas fincas que eran garantes del préstamo.

A la casona de Santa María iba con no poca frecuencia. Sentado allí o en el muro de la fuente recuerda sus tiempos de cuatrero con don Facundo Gdemes, el negocio tan brillante de Ramos Generales, lo preciosa que era la nena de los Liguori y aquel traficar con los negros que le colmó de riquezas.

Había comprado un cochecito de los llamados tñlburi, color amarillo y verde, que era tirado por un caballo. Con él bajaba a Logroño, unas veces solo y otras, acompañado de su mujer. Aquel vehículo era ideal para hacer compras o alternar con la "gente bien" de la ciudad. Fue así cómo pasados los años conoció, entre otros, al general Espartero y al general Dulce, que también lo visitaba en Sotés. Con don Práxedes Mateo Sagasta se ha visto en dos ocasiones, pero... no le agrada a Torquemada el pensamiento del hijo de Torrecilla.

Antes de seguir con esta vida tan conflictiva, ha de ser bueno que hagamos un poco de historia sobre cómo estaba España, esa España tan maravillosa y tan dislocada, en toda su historia -- cuando decide regresar Juan Torquemada.

El 12 de octubre de 1840 renuncia la reina María Cristina a la Regencia. Esta reina Regente, desde que fallece su esposo Fernando VII - el mal llamado Deseado - lleva consigo una leyenda que no sabemos si denominar realista o esperpéntica, dentro del doble juego que hacen con habilidad las familias reales. Esto lo sabía tanto el pueblo de Madrid como el de La Mancha o La Rioja, por sólo citar algunos de ellos. ¡Qué rumores había por un lado y por otro del país...! Muchas gentes, pobres de imaginación y huérfanas de malas intenciones morales y hasta políticas, han creído que, los reyes -y también los altos jerarcas de la iglesia- son ejemplares tanto en defender la moral como el derecho y la dignidad. De ahí que, en el caso que nos vamos a extender, les costaba no poco creer que aquella reina frescachona y frescachonda, -que todo puede ir unido y aquí lo iba-, a los tres meses de enterrado el rey consorte, se pirriase por un guardia a Corps, llamado Fernando Muñoz, el que siendo de un pueblecito de Cuenca, donde el padre tenía un estanco, pues no debía estar nada de mal el mozo para que la reina pusiera en él sus ojos y, tras de ellos toda la anatomía regada por arrayuelos azules... Y es lógico. ¡Buena diferencia para ella ver a Fernando Siete, según era de feucho y fofo, a los 49 años, y ver a este soldado que había cumplido los 25! De ahí que fuese la misma reina, María, la madre de doña Isabel, -la Segunda, para entendernos-, quien se le declaró al hijo del estanquero. Y así tenía que

ser ¡pobre del guardia de Corps, si, un día se le ocurre decir a la reina que "estaba muy buena", o de estampía le sale pidiendo relaciones... a su Magestad;

Lo que resulta curioso es que esta declaración de María Cristina, la hiciera en una finca que se llamaba: "Quitapenas". Es que, en la historia, hay coincidencias que son toda una incógnita y, ^aésto, aún no hubo quien le sacase partido para publicar un libro ocurrentísimo.

Antes de nada advirtamos ¿Es que tenía la Regente, tenía penas o pesares por la ausencia de Fernando? En absoluto.

Hacía noventa días que estaba enterrado en el Escorial y estaba deseando hallar otros brazos más jóvenes que la zarandeasen un poco.

En Quitapenas urge, al joven Fernando, -ahí se vé que, eso sí: estaba entusiasmada o quizá haciendo honor a la memoria del muerto, buscando un reemplazante que se llamara igual-, bueno pues, urge a Fernandito Muñoz para casarse cuanto antes ¿...? El hijo del estanquero se quedó hecho igual que tabaco picado... Pero, ella, le dice que hay que hacerlo cuanto antes: en diez días...

¡Jolín...! -tiene que decir él- ¿Tan prontito Majestad...?

Y en su inconsciente pensará, esto sin dudarlo: ¿Por qué no meten a esta reina en el Manzanares -pero, en invierno claro- para quitarle la calentura...si está como una clueca...?

¿Qué quiere la reina frescachonda?: Un macho. Porque, rey, está claro que no podía ser Muñoz, que no podía ser él consorte de un matrimonio morganático.

Y se casan, claro que en clandestinidad para no pecar contra lo sagrado. ¡A buenas horas mangas verdes; La reina reconoce que, ahora sí que es feliz y lo demuestra pasando el año 1834 y 1835 en plena luna de miel, unas veces en Aranjuez, otras en El Pardo, o, en La Granja.

Pero, claro, aquel matrimonio estaba mantenido en el mayor secreto de Estado; era unión oculta para el pueblo porque la Reina era la Regente de España. Con ello queremos decir que, la pícara María Cristina, nadaba muy bien y no mojaba en absoluto la ropa que llevaba encima la espalda...

Con tanto deseo de tener hombre y joven, habían de venir muchos hijos, y, como hemos dicho: para el pueblo: de extranjis, por más que el Guardia de Corps ya había sido nombrado Duque de Riansares de España y Duque de Montmaroto de Francia.

¡Vaya carrerita Muñoz... (En semejante época y ya te adelantaste un siglo en saber vivir a lo moderno, y no digamos nada de María Cristina, que le daría hoy lecciones alas que dicen que han liberado el sexo...)

Tiene esta reina sus problemas gordos de estado, pero no los tiene sobre el feminismo y, menos aún, ya lo hemos acotado: sexuales. Hijos de ambos son:

María del Amparo que nace en 1834. María de los Milagros en 1835. Agustín María. Fernando María. María Cristina. Juan María y, Jose María, ¡Vaya broba; Tienen siete marías. Los siete pecados capitales sobre el Estado, que, para no ser denunciadores -pícara ella- los manda a París para que, a la moda francesa sepan criarlos y educarlos. ¡Ah Francia, Francia... siempre apuñalándonos y siem-

pre creyendo que allí se educa mejor...

Unos de estos hijos son, desde que vienen al mundo, duques y otros condes. Esto de los títulos nobiliarios en la Corona -en todas las coronas- parece que es una verdadera gozada. Debe servirles de diversión en la Casa Real otorgar blasones por nada y, después, se ve, se vio siempre, que esta es gente inútil, imbécil y acaban todos desintegrándose, haciendo el ridículo hasta en las aldeas.

María Cristina, cuando muere - esta postura se la obligan, ella no la deseaba- hace traición al de Cuenca, al hijo del estanquero, y la entierran con su consorte, al que quizá lo adornó de cabestro, y la separan de su gran amor Fernando Muñoz. ¡Qué lástima; Ya hemos dicho que no era voluntad de ella, se la ha impuesto la corona; el Gobierno.

A fin y postre ¿qué son los reyes sino juguetes, peles del Estado? María Cristina descansará en el regio Panteón de los Reyes de El Escorial, junto a Fernando VII y su amado Duque, el que comenzó siendo guardia de Corps, se pudre sólo y por la eternidad en un pequeño panteón de Tarancón.

Todo esto, como hemos dicho, lo sabía el pueblo llano y le costaba creerlo, Aún siendo de una realidad palpable no lo tragaba. Para el pueblo los reyes son algo como sagrado: con su ingenuidad se lo coman. El pueblo no tiene memoria. El pueblo no conoce la historia, sólo la vive medio siglo y así acaba siempre pegándose contra los mismos

efectos y acaba por ser carne de cañón de todas las causas que le vienen encima. 'El día que el pueblo tenga memoria de siglos, se acabarán para él las guerras civiles.'

Toda España estaba convulsionada. Y es que en este hermoso país, cuando no es por reyes es por generales; cuando no por ministros de guerra es por cardenales... cuando no por extranjeros es por caciques nacionales. ¡Cuántos Torquemada, el uno famoso, y cientos anónimos en sus crímenes, llenarían las páginas de nuestra historia si se contara su vida y la de su saga como aquí nos hemos empeñado en contarla nosotros;

Vivía España y dentro de ella La Rioja -que fue parte esencial en los momentos estelares patrios- orgullosa de tener dos grandes hombres dirigiendo sus destinos: Sagasta y Dn Baldomero "Espartero".

Citamos a Espartero como riojano, porque él así lo quiso, tanto por casamiento con riojana, como porque a Logroño quiso venir a residir en su vejez e, incluso, que fuese enterrado en tierra riojana.

Decíamos que vivía España convulsionada desde que Mendizabal sacaba decretos contra el clero y a medio país lo ponía al rojo vivo. Había suprimido las comunidades religiosas que no eran de utilidad al pueblo, dejando sólo aquellas en que se enseñaba a los niños pobres o se cuidaba a enfermos, como hacían los Hermanos de San Juan de Dios. Por esos decretos Navarrete pierde el mejor de sus conventos: el de San Francisco, que quedó casi ca-

si abandonado de frailes.

Tòcar a la iglesia en el país donde ella tiene fuerte influencia y en cualquier tiempo que se busque, desde el Renacimiento, ha sido como echar una cerilla en un polvorín o meter un candil en un depósito de gasolina. Así vemos que, la Iglesia española en ese tiempo se defiende, ataca por lo bajo, incita a toda la burquesía y, hasta se une al carlismo para hacerle la guerra a quien buscaba restarle poder y sacarle sus ahorros, para dedicarlos a la guerra, una guerra que duraba siete años.

Juan Torquemada, que lleva en su pensamiento lo que vio y estudió con su tío Santiago, hace reuniones en casa con el clero y los influyentes de la Villa. Deciden de común acuerdo mandar recursos y hombres para que sigan adelante sus armas al mando de Maroto. Su participación llega tarde y mal porque son los días en que se dan el "abrazo" Los Ayacuchos en Vergara.

Torquemada calla, calla y espera. Para conseguir algo, él bien lo sabe, hay que tener paciencia y esperar. El impaciente todo lo destroza y jamás elevará nada, porque no da tiempo a que fragüe la masa, o a que sequen ladrillos y tejas...

.....

Ahora gobierna Don Joaquin Baldomero Fernández, "El Espartero." Es Regente de España y, Torquemada, tiene hasta buena amistad con él, más aún con el padre de doña Jacinta Sicilia -la mujer del en vida prestigioso general-. El padre de doña Jacinta tiene en Logroño una buena tienda y Tor-

quemada es uno de sus buenos clientes. De ahí nació la amistad con don Baldomero cuando venía a Logroño, y en la tienda se veían. ¿No sería buena cosa llevar más profunda esa amistad con el Regente? ¿No podía ser El Espartero para Torquemada lo que fue Juan Manuel Rosas en Buenos Aires? Claro que, en aquel caso de América había hasta afinidad política y, con don Baldomero... no existe, pero... por conquistar algo, bien valdría la pena hacerle un cambio de color a la camisa o chaqueta. El tiempo también ha de decirlo más que esos pensamientos que, como ventolera, le están pasando mientras que va desde la Villa hasta su casa en Santa María.

Navarrete en ese tiempo que relatamos tiene ocho alfarerías; una prensa hidráulica; tres molinos de aceite o almazaras, cuatro lamineros y tres calderas de aguardiente, una de estas últimas es propiedad de Torquemada. Su ubicación está, junto con una inmensa propiedad, producto de requisa por falta de pago, subiendo a San Cristóbal por la Calle de La Laguna.

Digamos que, Navarrete, tiene en ese tiempo, 1427 almas, y que atienden el servicio eclesiástico un párroco y ocho beneficiados.

Van creciendo los dos hijos del matrimonio: Juan Diego y María del Sagrario, y lo hacen entre no poco vicio y separación de clases. Torquemada no permite que sus hijos sean menos que los Valdellano, los Tosantos, Coca, Barástegui, Ramírez de Arellano o

Arjona. Juan Torquemada, acude todos los días de fiesta de guardar a misa, pero no va -ya se cuidará bien de ello- al lugar común donde se sientan o se arrodillan todos los trabajadores de la Villa. El se mete en el recinto separador de alta clase social: en el coro, que era donde veía de niño entrar a los ricos del lugar, a los aristócratas de la Villa. Allí tiene su asiento fijo, y lamenta no poco que sea coro tan pobre; a él le gustaría que fuese como es el de La Redonda de Logroño, o el de Santa María la Real de Najera. En fin, separación de clases.

Con el que más amistad llega a tomar el indiano es con el general Dulce, que está radicado en Sotés, de donde es oriundo, y al que se le concedió el título de Marqués de Castelflorite. Más de una vez han visto los vecinos de la Villa subir por la cuesta del Caño, al coche de Dulce a casa de Torquemada, y también al de Dn Baldomero a la casona de los Arjona, cuatro siglos antes, Palacio del Duque de Najera, quien era primo de Fernando de Aragón y en la guerra contra los árabes, -campos de Granada, le concedió el título de Duque Forte.

El niño Juan Diego se ha hecho mozo pero no ha estudiado nada de nada. ¿Para qué? Ya se verá que en esta familia -en esta curiosa y desastrosa saga- el estudiar jamás brilló en ellos para nada, y de ahí, quizá, hemos dicho quizá pero no con

seguridad, el ser tan bestias, tan criminales. No cabe duda que también en gente culta puede salir el criminal, pero, sinceramente, mucho menos.

La hermana de Juan Diego, María del Sagrario, ha contraído matrimonio con un descendiente de la Sierra de Cameros. Han venido los padres con él a visitar al dueño de "Los Españoles", cuando estaba instalado en San Isidro, y al conocerse los jóvenes se han enamorado, y un día marchará para establecer casa en la República Argentina. El haber nacido María del Sagrario oyendo a su padre hablar tanto y tanto sobre el Nuevo Mundo y sus muchas posibilidades para hacer fortuna, le ha influido para adelantar el noviazgo con aquel mozo, alto y bien educado que estuvo en su casa una semana.

Ha contraído nupcias Juan Diego, y lo ha hecho con aquella que era criada de la casa: Petra Fontecha. De nada ha servido la oposición de los padres, que, por otro lado, ha reconocido el viejo Torquemada que, tras de lo que él hizo con la moza en la era y salir huyendo para América, no podía repetirse el mismo caso en su hijo Juan Diego. Así que, como no está en tierras del Plata, donde todo es fácilmente burlable, debe hacerse cargo cuanto antes de los vidrios que ha roto y, a casarse tocan.

El viejo león acude todos los días a la casa que tiene frente a la fuente y al lavadero, pared por medio con la ermita. Años y años ha estado acompañándole su mujer, pero, un día esta fallece.

A partir de ese momento tendrá que hacerlo él solo, y así sigue.

Todas las tardes se le ve ir solo, cabizbajo, callado, recordando lejanos tiempos vividos en otro hemisferio más prometedor.

Los labradores que están en fincas cercanas al Camino de Santiago, ahora amplia carretera, ven cómo aquel hombre que peina muchas canas, apoyado en su bastón de caña de bambú comprado en tiempo del tirano Rosas, habla solo... y, en ocasiones, hasta parece que grita. ¿...?

Se ha corrido por toda la Villa que Juan, el indiano, chochea... También lo saben en casa sus hijos, hasta que llega el momento en que nadie se fía de él e, incluso, temen que pueda hacer algún disparate con los nietos, así pues, el año 1868, decide Juan Diego, acomodar mejor aquella casa de Santa María, de forma que pueda estar allí encerrado su padre, aquel que ya está con la razón perdida.

Triste final el de quien lleva malos caminos en su vivir. Esto del castigo, como amargo resultado al final de las actuaciones que cada quisque hace en su vida, es para tomarlo en serio y no porque hay un juez que desde arriba ajusta las cuentas. Eso es ingenuo y propio para lavar bien el cerebro. La realidad es otra, y así hemos de ir viéndolo en toda esta saga, cuyos herederos han de acabar sufriendo cruelmente aquel pago que merecieron sus torpes y sangrientas acciones. Quizá este sea el mayor valor -si es que en algo lo tiene- la novela. Quizá esto pueda servir para demostrar una vez más que, quien mal hace mal recibe y que, como dejó escrito

Don Jacinto Benavente: "nos quieren como queremos; lo que nos mienten es lo que hemos mentado; lo que nos falta es lo que hemos robado; el dolor que nos hiere es el dolor con que hemos herido" ¿Por qué todo esto es así? ¿Quién hace que se mueva con tal seguridad el fiel de la balanza para hacer justicia?

Lo ignoramos pero, bien puede ser, - ¿quién otro sino? la sabia Naturaleza que no se deja nada sin premio o sin castigo. Esto lo vemos tanto en las plantas como en los animales, en los microbios, y, hasta en los genes y virus: todo está controlado; la Naturaleza compensa en su balanza ecológica y fisiológica todo, hasta el más mínimo detalle.

El año 1868, cuando Juan Torquemada tiene los mismos años que esas dos últimas cifras, decenas que corren del siglo, es llevado a la solitaria casa y encerrado en ella para que no escape. Han puesto unas tapias cerrando el patio de la ermita, con una puerta que dá a la misma carretera.

Los que por allí pasan de día o de noche, dicen que se oye gritar al viejo indiano:

"Dale a ese negro cien rebencazos; ¡

Montes; ¡A esa negra ponle los grillos y dale

cien azotes más; ¡ ¡Partirles las espaldas

a todos aquellos que se ríen de mí; ¡ ¡ ¡A esos

cuatro negros cien latigazos y tortura para que

escarmienten; ¡ ¡ ¡Cuidado con ese que quiere

matarme; ¡ ¡

Así siempre... todos los días con esa obsesión. Vivía en su ancianidad torturado por el mal que había hecho: era lo que se había conquistado en su desalmada existencia.

Al año de estar encerrado en la casa que él mandó construir para descanso -y fue su cárcel- muere sólo y abandonado aquel que en 1819 marchó para tierras de Indias y amasó entre lágrimas y sangre de los semejantes gruesa fortuna.

Ha sido llevado su cadáver al cementerio del barrio de San Juan.

Desde la ciudad y de pueblos limítrofes acuden gentes para acompañar al indiano, al cuatrero, al traficante de esclavos... Una vez más se comprobó que "poderoso caballero es don dinero"... Hubiese muerto un obrero del Arrabal, y no vienen tantos fantasmas de fuera, pero... en el que tiene dinero y de él hace luminaria, nadie se fija si fue conseguido engañando a los labradores, o matando semejantes. Lo que importa es que acude, y que quiere ser visto durante la ceremonia...

Acuden algunos amigos que, como Torquemada lo hizo, estuvo cuando el fusilamiento de Zurbano, y gritó con ellos: ¡Muerte para el traidor! ¡Que muera! ¡Que muera el falso patriota!: era el 21-1 de 1845.

La muerte de Juan Torquemada ya hemos visto que ha sido más indigna que la del general Zurbano.

La Naturaleza sabe ser más justa que los jueces, porque aquella no tiene estómago ni ojos...y a estos les vencen muchas debilidades por las que estamos todos perdidos y para siempre.

El año 1873, tras de la abdicación del monarca traído de Italia para que nos gobernase -quien poco o nada consiguió- y, qué podía conseguir cuando el valioso Espartero no le apetece colaborar y Sagasta tampoco, está por la labor de darle una mano a Don Amadeo.? Así y todo, más adelante ha de prestar su apoyo diciendo que lo hace "por salvar a España de las guerras civiles".

Cuatro gobiernos tiene Amadeo en un año. Serrano, Ruiz Zorrilla, Malcampo y Sagasta.

Cada uno está en ejercicio tres meses. Dicen que, en una ocasión, contestó don Amadeo al que le recriminaba por abandonar la Corona: "Yo puedo luchar contra quien busque invadir España. Defenderé la patria y el gobierno contra cualquier usurpador, pero si aquí los enemigos son y están dentro de España, haciéndome la guerra... contra eso no puedo hacer sino marcharme y dejarles que se gobiernen ellos como les dé la real gana".

Salen los carlistas -¡qué coincidencias tiene la historia;- un 14 de abril de 1872, lanzando un manifiesto en el que se dice: "El momento solemne ha llegado. Los buenos españoles llaman a su legítimo Rey y el Rey no puede desoir los clamores de la Patria. Ordeno y mando que el día 21 se haga el alzamiento en toda España al grito de ¡Abajo el extranjero! ¡Viva España! Dice el Rey: Yo estaré de los primeros en el puesto de peligro. El que cumpla merecerá bien del Rey y

de la Patria, el que no cumpla sufrirá todo rigor de mi justicia. Dios te guarde.

Carlos.

Y comienza una vez más otra guerra, -vamos a ver tantas-! La primera insurrección se efectúa en el Norte, donde el cura Santa Cruz en Guipúzcoa se hace jefe revolucionario. Salen millares de voluntarios en Alava, Vizcaya y Navarra. La rebelión es poderosa. Dos años reinó don Amadeo en España (1871-1872).

Don Alfonso XII entraba en Cataluña el 30 de diciembre de 1872, cuando toda España se hallaba envuelta en guerra civil.

¿Qué ocurría en la Villa de Navarrete durante la revolución carlista? Pues que, Juan Diego, el que ya peina abundantes canas con sus treinta y cinco años, y que sigue teniendo la buena amistad que tenía su padre con el viejo general Espartero, se ha desplazado a Logroño para visitar a don Baldomero en la regia casona-palacio que tiene en la Plaza de San Agustín. Allí, tomando un chocolate, el que fuera Regente le dice confidencialmente que no se meta en nada; "el carlismo caerá porque sólo hay sentimientos arraigados en el Norte y en algunas pequeñas zonas de la península: Cataluña, Valencia, Galicia.

No vale la pena jugarse nada por ello.

Sin embargo, durante el viaje a la Villa, Juan Diego, taimado y zorro que és, opina lo contrario, aunque eso jamás lo dejó entrever en la visita a Espartero.

Como él anda navegando a dos aguas, tiene también amistad con el general Rada y con el secretario del rey Arjona.

Juan Diego ha recibido correspondencia de Arjona e, incluso, le envía el Manifiesto del Comandante General Eustaquio Diego de Rada y unas palabras suyas para que colabore con la sublevación.

Juan Diego, que espera algo más de quienes tiene más cerca, decide reunir a gentes del pueblo para colaborar con él, e incluso salir hacia Fuenmayor y de allí, pasar a La Puebla de la Barca, para unirse a los carlistas que avanzan sobre Navarra.

Algunos le escuchan y están dispuestos a seguirle, pero... tiene dos peones que no sólo son anticarlistas sino que critican la actitud de presión que hace Torquemada para engañar a inocentes. Son aquellos dos peones de la casa, en el fondo, lo que siglo después se titula como revolucionarios.

Han llegado, incluso, a cambiar fuertes palabras en unas fincas del término Las Torcas, pero... Juan Diego no quiere llevar la polémica más lejos, ya llegará su momento de vengarse; el tiempo se encargará de darles a quienes han destrozado parte de los que se animaban a seguirle. No debemos olvidar que todo se hereda y los genes del que fue violador, cuatrero y traficante de carne humana, ha de verse en esta saga hasta el final de las generaciones.

Los que salieron de la Villa con alforja y buena voluntad, aunque muy poca vocación de carlismo que en Navarrete nunca lo hubo, se han dado

vuelta antes de llegar a Laguardia. No quieren ir a luchar por aquello que no sienten. Y es que, Navarrete fue y lo seguirá siendo, un pueblo con sentimientos plenamente liberales, salvo excepciones como los Torquemada y alguna familia más que nunca faltan en todo pueblo.

Llegan las vendimias y llega el día de llenar las cubas de mosto. Juan Diego -¿qué cosa más extraña?- ha cogido un serrote, una escalera, aquella que se coloca para subir con el pellejo hasta la cuba, y, escondido en lo alto de un pesebre, le ha dado, con mucho cuidado de no partirla, un corte a cada palo larguero, dejándoles con un escaso centímetro de unión, y, de tal modo, que no se pueda ver desde la parte frontal.

Los "sacadores" habían sacado mosto del lago y por la calle fueron ayer llevando los pellejos de cabra sobre los hombros hasta llenar aquella cuba de doscientas cántaras. Torquemada, tuvo la precaución de bajar cuando ellos terminan y coloca allí -sin ser visto- la escalera de la trampa. Tiene que esperar dos días más para hacer su castigo y, hasta su acto criminal.

Llegó la hora del almuerzo y la bodega está llena de "tufo". Ha tenido mucho cuidado Juan Diego de cerrar toda ventilación para que se concentre más el tóxico que contagia toda la bodega. A las cuatro de la tarde está el peón Manazas, lavando una barrica en la calle. Valentín González está sacando la cuadra de las caballerías. Ya ha mandado

Juan Diego a Manazas a por agua hasta las pilas, con dos cántaros -uno en cada mano-, debe quitar de allí testigos de vista. Se queda sólo con Valentín

-aquel que le desobedeció y casi casi insultó en el campo- y Torquemada le dice:

- Valentín... ¿Podrías bajar hasta la cuba que llenamos anteayer para ver si necesita rellenarla ?

- La dejamos bien, señor...

- Ya. Pero tú sabes que toma mucho movimiento... que debe salir todo el aire que se forma al vaciar los pellejos...y que, además, ha estado haciendo mucho movimiento el vino... Vamos... si es que te atreves...

- ¿Yo? Por miedo yo nada. Si hace falta se baja y nada más.

- Pues sí que me gustaría... Claro que, con mucha precaución que, el tufo es grande...

- ¡Bah! Mucho hay, porque en bajando la segunda escalera el candil se apaga, pero...

- Oye, que si tienes miedo, no he dicho nada.

- ¿Miedo yo? Ahora mismo. Además, el pasillo es derecho y de cuatro saltos estoy aquí.

- La escalera, ha dicho Pedro que la tienes puesta,

- Ya la ví ayer.

Bajó ligero. Casi corriendo. Juan Diego se fue para la plaza, porque quería que le viese aquel peón que fue a por agua y, si lo veían más vecinos mejor.

En la plaza se detuvo con el alguacil y después con el peón, hablándole de cosas que no iban al caso, pero, como de lo que se trataba para el hijo del negrero, era de perder tiempo, en eso estaba

precisamente.

Cuando llegaron al edificio y entraron en las cuadras le dijo que llamase a Valentín para mover la cuba que estaba lavando. Entre los dos lo iban a hacer mejor. Llamó Manazas a Valentín y éste no aparecía por ningún lado, hasta que un poco extrañado le dijo al amo:

- ¿A ver si este le ha dao por bajar a la cueva...?

- Hombre... ¿cómo se le va a ocurrir eso estando como está la bodega de tufo...y estando sólo...?

- Pues yo no me fío nada del, pa por si acaso, que le gusta dárselas de valiente y un día lo pue pagar caro.

- De todos modos inténtalo. Llámale, o, baja escaleras abajo...

- Si el candil se apaga en asomando la nariz!...¿No ve usted que hasta aquí llega?

Se asomó Manazas hasta la mitad de la escalera y vio que, al final de ellas, había un bulto tendido. Era Valentín que, minutos antes, ahogándose corría buscando aire puro, pero, no pudo llegar a salvar las últimas catorce escaleras.

Al día siguiente se celebró el entierro. Antes, horas antes y siempre a solas, tiró desde la cuadra, Juan Diego de una larga soga que llegaba hasta la escalera y la arrastró hasta la cuadra. Como buenamente pudo, tapándose la nariz, bajó escaleras abajo y tiró la que no estaba rota: la coartada estaba hecha con perfección. El secreto quedó en la más oscura impunidad. Juan Diego Torquemada eliminó a un obrero que le molestaba desde lo del carlismo.

Caso parecido ocurrió con el otro peón, llamado Pablo Tamarite, quien cayó al Río Mayor y en él se ahogó. Después se dijo -hubo quien dijo- que había caído porque estaba borracho. No faltó quien dijo también -y buen olfato tenía- que, el vino que bebió pudo estar envenenado y lo tiraron al río después de muerto.

El año 1873 llegó la República y Juan Diego se limitó a callar. No quiso mover la boca. Ante los insultos de no pocos vecinos, él callaba y callaba pensando: "Ya se dará la vuelta la tortilla" "Esto no puede seguir así" "Aquí cree cada cual que es Gobernador o Ministro... Aquí no hay autoridad ni orden, esto se tiene que derrumbar..." Y, claro que se vino todo abajo como castillo de arena

La República comenzó, siendo Presidente Figueras, después vino Castelar, más tarde Pi y Margall, y cuando no llevaba el año de instaurada, tomó el mando el último, que fue Salmerón. Con el cuarto, cae la República primera de España, por el golpe mortal que le casca el Capitán General de Madrid, Manuel Pavía.

Y cayó la República no porque el pueblo lo deseara, sino porque los dirigentes se encargaron de cavarle la sepultura. No puede un sistema republicano vivir sin autoridad y, España, había quedado poco menos que sin mando de nadie. Aparecieron

un sinnfn de apetencias independentistas en algunas regiones: Vascongadas, Cataluña, Galicia, Aragón, etc, etc. Todas pedían ser libres. Llegaba a tanto aquel sarampión independentista -somos tan desafortunados en pedir lo imposible y, cuanto antes, los españoles- que, en el caso de Galicia, querían ser más protectorado inglés que región española dirigida desde Madrid.

Salían cantones revolucionarios; bandas de ladrones y criminales que se echaban al monte y sembraban el pánico. Cambios de ministros, de secretarios y de oficinistas, trasladados de destinos o cesados...unas veces por temor del que mandaba y, otras, porque ellos no querían estar en aquellas regiones que querían ser libres. ¡El desastre padre; Se sublevaban los soldados de un regimiento y, en vez de castigarlos el general, lo celebraba poniéndoles en libertad. Todos querían ser más generosos y más liberales que dios. Era signo de mala conducta, tener autoridad, actuar con decisión y ajustándose a la justicia. Lo bonito, lo simpático era demostrar que nadie era juez de nadie.

El pueblo hace lo que puede, pero, más que nada calla y ve que aquella sonada y soñada República de las grandes ilusiones y de las apetecidas libertades se les va de las manos sin poderlas gozar por más de un año. ¡Corta luna de miel para un país;

Si miramos lo que pasó después no fue nada mejor: Bástenos saber que en 1876 mueren, violentamente: tres presidentes: Cánovas... Canalejas y Dato.

¡Vaya país este; Y la que te rondaré habría que decir, porque no se había hecho nada más que empezar un melón que había de dudar hasta 1936, pero eso

ya irá viniendo.

Torquemada respirará hondo porque vuelve a ver una cabeza coronada en España. Vuelve a ser feliz viendo que el Himno de Riego y la bandera republicana han sido abolidos definitivamente. España, entra, -una vez más-, bajo la tutela de la corona, quien, como gran clueca, tiene bajo sus alas a los huevos de cóndor que dirigen: Iglesia y Milicia.

Para Juan Diego Torquemada, España ha vuelto a encontrar el buen camino del que nunca debió de salirse.

Mientras tanto, la vida sigue y sigue, y el hogar de Juan Diego y Petra Fontecha se hallenado de hijos. Tiene cuatro niños a los que ha bautizado con los nombres siguientes: Inocente. Simón.

Pedro José .y Prudente.

Ha nacido uno cada año -desde 1865- y al llegar a la pubertad cada cual seguirá un camino muy distinto.

No vamos a detenernos en la juventud de estos cuatro nietos de Juan Torquemada, porque todas las vidas de niños son más o menos iguales, parejas en proyecciones y si vamos a destacar lo que ocurre en la Villa cuando ellos son adultos.

En el año 1885 se declara en España la epidemia del Cólera Morbo. Madrid es una ciudad envuelta en la más ciega anarquía. Creen los vecinos que, las muertes allí acaecidas son por causa de los frailes que les han envenenado las aguas, y, enloquecido por esa idea, -aparte de que el español acude a las iglesias mucho, pero tiene tanta fé como yo sobre el vuelo de los platillos volantes-, asalta los conventos, iglesias y monasterios, asesinando a todo el que consigue atrapar. Aquello parece que era como cuando en estos tiempos se levanta la veda de las codornices o el conejo -y, que no se me tome en cuenta, por favor, el símil- Pero, ocupémonos -como hemos dicho- de lo que ocurre en la Villa riojana.

Por aquella maldita epidemia, todos los días mueren varios vecinos del pueblo. La población está totalmente asustada ante semejante tragedia. No alcanzan los tres carpinteros para hacer cajas y meter en ellas a los cadáveres, como es norma desde tiempo inmemorial en tierra de cristianos. Debido a esta falta de producción artesanal, autorizan a llevarlos a enterrar envueltos en sábanas, metiéndoles en las zanjias abiertas, donde en ocasiones se tapan a dos, tres y cuatro cadáveres.

El médico no puede acudir a tantas viviendas de las que es angustiosamente reclamado. Como no le dejan sosiego, la familia Arjona le cede un caballo para que haga sus seis u ocho visitas por las callas y callejas de la Villa. Para saber donde hay enfermo -hay tantos- deben colocar una silla

en la calle, junto a la puerta de la casa.

Ha ordenado el Alcalde, en conformidad con el clero parroquial, que no se toque más a muerto... porque, siguiendo el ritmo de muertes en que están metidos, la campana tiene que estar tocando varias veces al día, y, siendo así, van a ser tantos los que mueran del Morbo como los que la difien por miedo.

Es preferible no tañer más con el badajo de la campana María.

El Cólera no cede y aún creen que favorece el humo de los alfares para que, purificando el aire, no haya más gérmenes flotando como enjambre sobre la Villa. Otros aseguran que, por causa de ese humo, es más grande la mortandaz.

Ya no caben más muertos en el cementerio del barrio de San Juan, aquel que se inauguró hace sesenta años.

Reunida la Corporación y personas más influyentes del pueblo se decide comprar una finca, algo lejana y habilitarla urgentemente para campo-santo.

Allí está Juan Diego, quien cede aquella propiedad que tiene tras de la ermita y la casa que edificó su padre. La Corporación acepta esa entrega dándole las gracias por ello. Se piden voluntarios para que vayan en vereda a la propiedad de Torquemada y se hagan sepulturas lo antes posible. Aquello era como una guerra civil, igual que un campo de batalla.

¡Terrible Cólera Morbo en Navarrete;

Ha decidido el Concejo que se les pague a los músicos que componen una rondalla para que salgan en horas del día y de la noche a dar varias vueltas por las calles, y, así, animar a la población que vive sin salir de casa, totalmente asustada.

Componen la rondalla seis músicos a quienes el Alcalde, asegura cinco duros diarios por realizar semejante cometido hasta que se aleje la peste.

Entre ellos está uno que se llama -mejor será que le llamemos- Quico; "Chábanas". Chábanas, como se ha visto, es el apodo, su nombre era Francisco. Este hombre ha estado varias veces en la cárcel, una de ellas por matar a otro hombre. Otras, por heridas a dos semejantes, contra los que peleó con una alpargata y los otros tenían cuchillos en las manos. Era un tipo fuera de serie. Veamos un

caso: Por la calle de Portales en Logroño están paseando las gentes en un día domingo. Todos hablan y ríen. Va por la calle también, sobre un bonito caballo, alegre y joven, un capitán de artillería. Todos se retiran al oír tras de su espalda los cascos del caballo repicando en los adoquines de la calle. El capitán no quiere pedir permiso a nadie. El que oiga -así debe pensar el oficial- si no es sordo o tonto sabe que debe retirarse, que para eso soy un jefe militar. Pero, el caballo, se ha detenido colocando su morro en la espalda de Chábanas, y éste no se dá por aludido. El capitán achucha al caballo para que empuje a Quico e, incluso, que lo pisotee, y Quico, sigue su camino como si nada llevase detrás... Por el rabillo del ojo va vigilante de lo que ha de hacer el caballero, y, sin perder tiempo, él también trata de hacer su defensa sin que se le vea la maniobra. Cuando el capitán levanta su fusta para pegarle a Chábanas en el hombro, sale una navaja albaceteña por el aire, dá Quico un salto como un lince y la capa negra del ofi-

cial es rasgada desde el hombro hasta el dobladillo bajero como si lo hubiera hecho el mejor sastre.

La gente que venía detrás dio un grito... El capitán lanzó una furiosa mirada contra aquel hombre pequeño y obstinado, pero, sin saber qué decidir, la cosa estaba complicada y Chábanas seguía con la navaja en la mano... decidió darse media vuelta buscando evitar una pelea que quizá lo complicaría mucho porque no estaba la razón de su parte.

Quico "Chábanas", tenía en aquel tiempo del cólera treinta años y se le conocía y temía en la capital, donde estaba "de hombre protector" del Casino, en el que existía Juego de Banca. Uno de aquellos días en que todos jugaban, y muy fuerte, parece que se armó en la sala la de Dios es Cristo. "Chábanas intentó poner paz. Nadie le atendía; nadie se daba a razones; el problema parece que estaba -como está siempre en el juego- si se había hecho o no trampa.

Como no se le veía solución, Chábanas, cogió el tapete verde por sus cuatro puntas metiendo todo el dinero dentro, abrió el balcón, que estaba encima de los arcos frente a la Redonda, y tiró dinero y baraja a la calle diciendo con la navaja abierta: "Aquí no ha pasado nada, ni nadie se moverá de su sitio. A jugar otra vez los que estábais haciendo la guerra y, al que pase por la calle que le haga buen provecho vuestro dinero"

Nadie movió labios ni pie. Se inició el juego y se puso tranquilidad en la sala.

Quico "Chábanas" era un buen albañil. Se había hecho una magnífica casa toda de adobe, con su porche y todo, pero, no lo ejercía. "Chábanas" no

Chábanas no era asesino. Quico "Chábanas" no era ladrón, ni vago, ni vicioso. "Chábanas, que muere en la década de los años 40, era un espécimen extraño; recto al máximo; de una pieza sí, pero... sin flexibilidades y, eso, claro, le ocasionaba disgustos sin cuento. Él no hacía mala jugada a nadie, incluso ni mentir, pero ¡ojo! mucho ojo con mentirle a él o con hacerle algo sucio: mejor huir fuera de España.

Tuvo siempre un gorro frigio junto a él. Era un gorro de 1873, de la primera República. Tenía dicho que se lo quería llevar al otro mundo en la caja.

Cuando viene la II República, se le ve con él puesto, merodeando su casa; algunos le tomaban por loco, pero no lo era, en absoluto. Cuando llega 1936 y se borra del mapa de España hasta las cintas rojas, "Chábanas", escondido, sigue rindiéndole culto a su gorro frigio, que era rendírsele a las ideas republicanas. De haberse enterado aquella gente que se sublevó: los Torquemada ¿cuánto hubiera vivido Chábanas?:: minutos.

En pleno Cólera Morbo, ha muerto uno de los músicos: quedan cinco. A otro de ellos se le ha muerto un hermano y deciden no salir más por las calles.

Los reúne Quico, Chábanas, en los soportales del Certijo y, con la albaceteña de marras en la mano, les dice a los cuatro ^{o CIRCO} que tocan guitarra, ^{violín} bandurria y dos laúdes: *

- Dimos palabra al alcalde de que cumpliríamos lo dicho por él hasta el final de esta peste, y se va a

X ESTOS ERAN: "VICADOR" o SERAFÍN, "MAURVE", EL CHATO
 EL TEJERO, "MASCAYDRIOS" A VECES, TOCABA CA STANUELAS
 AGNIN, "GAITA"

cumplir por encima de todo!

- Quico... reconoce que...

- Mira Quico que...

- ¡Mirad vosotros bien ésta; -les enseña la navaja abierta- ,Yo os digo que de la enfermedad podeis o no salvaros... pero quien no venga esta noche a tocar conmigo y cumplir la palabra, ese no se salva. ¡Allá os espero;

Esa noche, se reunieron todos otra vez en la Plaza, junto al Ayuntamiento, y al día siguiente atmbien, y ya no faltó la rondalla hasta que se venció aquel maldito Cólera, que diezmó y llenó de luto a la Villa navarretana.

Han pasado años y años. El matrimonio de Juan Diego y Petra Fontecha, que se casaron en 1867 -como ya hemos dicho- tienen cuatro hijos.

A uno de ellos, a Pedro José, le mandaron a Buenos Aires, para que se abriera camino al lado de sus familiares. Ya sabemos que estaba la tía María del Sagrario. Poco después 1889 Pedro José llama a su hermano Prudente, para que ambos estén juntos, pero, ni uno ni el otro consiguen hacer nada. Pedro José es cabezón y tarugo, como toda la anterior generación, y Prudente es un "viva la Virgen de aquí te espero..." Nadie parece que puede encarrilarle hacia el trabajo y sólo lo piensa en beber y en visitar prostíbulos.

Ambos permanecen solteros.

A Inocente, que hacía bueno el bautismo y aún lo excedía, lo encaminó su padre hacia la iglesia y, así, consigue un día ser sacerdote en la parroquia de Navarrete. ✕

Simón queda dedicado al campo y a seguir viviendo en la casona, por llevar adelante la continuidad de la familia o saga maldita de los Torquemada. Simón es el segundo. No tiene buena salud, pero, como la vida que lleva es sana, quizá por ello vence no pocas enfermedades que con frecuencia le rondan o le quieren hacer su presa.

El año 1909 muere Juan Diego cuando ya es abuelo de varios nietos nacidos de Simón Torquemada y de María Cruz García. Estos son: Juan Manuel. Juan Pedro y Juan Antonio.

Como quiera que, al ceder la finca para el nuevo campo-santo estableció una preferencia en tierra para su familia, éste es el primer Torquemada que será enterrado en el sitio que él cree preferente: entrada al cementerio a la derecha, la primera gran parcela para toda su familia.

Al fondo del magnífico arco que hace la portada románica -traída desde la vega, y que era la que daba entrada al Monasterio de San Juan de Acre- estará el panteón de los Condes de Valde-llano y Condes de Rodezno.

ACLAREMOS:

XESTE QUE CURA EN MI MITEZ, Y DECÍAN QUE ERA MARICA...: DON INOCENCIO, SI QUE ERA MUY

PRUDENTE: ERA PRUDENCIO Y JUAN JOSÉ ^{LOBÓN} "EL RICO" "EL AMERICANO"

JUAN MANUEL ES: JUAN PABLO LERENA. JUAN PEDRO ES "BOLCHEVIRQUE" PEDRO JOSÉ Y JUAN ANTONIO ES: JOSÉ ANTONIO

ANTONIO CILLERO ULECIA

EN LA CASA DE SANTA MARÍA VI EN 1952,
 UN CRISTO DE MARFIL PRECIOSO, TAMBIÉN
 TRAÍDO DE AMÉRICA, ALLÍ HUBO
 TRES LEGOS DANDO LECCIONES A LOS
 NIÑOS. AHORA QUEJABA VOTO Y CIEGO
 ¿NO ROBARÁN ESE CRISTO? ...
 CREO QUE ESTÁ EN EL MUSEO DE
 JOYAS DE LA IGLESIA.

¡LE HA SALVADO!

TAMBIÉN ERA DEL VOTO
 FUNDADOR DE LOS TORQUEMADA

¡¡ LOS LERENA !!

LIBRO IV

LA SAGA ESTÁ ARRUINADA

1870 - 1939

Mal, muy mal le van los asuntos económicos en estos primeros años del siglo XX, a los Torquemada.

Documentado está que, en el siglo pasado, el primer eslabón de esta saga compró gran casa y gigantesca bodega. No ignoramos que, el negrero se hizo cargo, mediante préstamos que no fueron cumplidos, a las peores fincas de la jurisdicción de la Villa. Trató de poner viña en muchas de estas propiedades pero, el terreno de arcilla y tomillar mal podía sacar con provecho una viña.

Como tenía tantas heredades, todas las lomas, todo terreno elevado sin regadío eran fincas suyas, compró -era preciso tenerlas- dos parejas de mu-

las, sus carros y aperos. Contrató peones y hasta mayordomo fijo. Jamás lució su vino en la bodega. Era mal cosechero y aquel vino, por una u otra causa, había de ser vendido al más bajo precio, siendo su venta motivo de comentario y de risa entre los labradores. Sí que cosechaba cereales, pero, siendo todo su gran mapa de pegujales repartidos por cerros y cresterías, jamás podían crecer como aquellos de tierra bien regada. Las plantas de los Torquemada, no eran más lúcidas que las de los campos de Soria, al sur de Almenar, o las parameras que se extienden entre Quinto de Ebro y Azaila. Apenas sacaban para cubrir los gastos de laboreo, claro, que, como los jornales eran de hambre, con no mucho desembolso salvaban la semana. Pero sí cosechaban -eso si- mucho aceite. En este cultivo eran los gigantes de la Villa, y ello porque viene sola y, merced a los muchos olivos que tienen por toda la falda del monte San Cristobal, la producción en año bueno pasaba de los tres mil doscientos litros.

Los Torquemada siguen teniendo, como siempre, dos criadas fijas. Una de ellas, la mayor dedicada a la cocina y a las habitaciones. La joven atiende el servicio de lavado, traída de agua y compras.

En 1917 ya ha regresado de Buenos Aires los hermanos que allí fueron para conquistar fortunas.

No han logrado nada, porque los tiempos ya no son los del siglo pasado. No hay esclavitud, ni en Buenos Aires está el dictador Rosas; ni son los blancos minoría rectora y explotadoras de los ignorantes.

Ahora, para triunfar se necesitan buenas condiciones mentales y ser trabajador, cosa que ninguno de es-

tos nietos del cuatrero tenían.

El primero que regresa es Prudente "El Pruden" para los de la casa. Viene con la voz destrozada, apenas se le oye ni se le entiende. El pueblo, que tiene poca gracia -y sí muy mala uva para bautizar- lo llama "El Ronquillo". Viste de negro, que es el color predilecto de la familia Torquemada; el color del clan maldito, color funebrero, macabro, de mal agüero. ¡Bien les cae el negro inquisitorial a todos ellos;

Inocente, el cura, es lógico que vaya de negro. La sotana negra, bien negra, le baja hasta los tobillos. Los zapatos negros son y, el gorro de cuatro picos... brilla, como si de charol fuera. Negro como la pena negra; como noche sin estrellas; como casa de pobre sin pan y sin posibilidades de hallarlo.

No falta quien sabe -y lo pregona a toda voz- que, "El Ronquillo", quedó ronco por un sifilazo que pescó en tierras donde el abuelo era traficante de carne esclava. Y no han de ir mal encaminadas esas lenguas, porque, si la cabra siempre tira al monte, "El Ronquillo", como buen cabrito, va tras de las faldas como sombra tras del cuerpo en día de sol. El Ronquillo es verderón como la lechuga, como el perejil; picante como los "puta-parió" de Argentina o, como en La Rioja el chil, y, del obrero, su ideal de revolución marxista.

Después de la llegada del Ronquillo, regresa Pedro José. Este Torquemada parece que trae "algo" de fortuna y se ve sin tardar porque en la casa comen mejor. Pedro José es solterón, alto y ba-

rrigón. Cabezón como todos ellos. Es, además, la fiel estampa del hombre que se dedicó al comercio. Vive con ellos Anita, la vieja tía, -hermana de la Fontecha- que, también es solterona y fea como no se puede hallar otra para poder competir. Alta, flaca, de pelo rizado y grandes cejas. Ojos hueros y piernas chuecas... Como viste bien y de negro, desde que llegó "El Americano", ha renovado su ropero y se le ve ir a misa hasta con nueva mantilla.

Esta es la casa donde más beatería hay en La Rioja. Esta es la casa donde nadie entra para hacerles un favor ni ellos se lo harán jamás a nadie. Casa es esta, donde, si hubiese que acudir para apagarles un incendio, pocos, muy poquitos lo harían: el pueblo sabe que llevan el maleficio y la tortura por donde quiera que pisen.

La mosca blanca de la familia en esos años de 1920, es El Ronquillo, aquel que, los domingos a la tarde, cuando está a solas se bebe en el café de Azofra, dos copitas de más, va al baile y, cuando la banda lo ve, comienza a tocar un tango para enardecerlo.

Al Ronquillo se le encienden los ojillos; le tiemblan las piernas y decide colocarse en primera fila para mejor ver el ambiente.

Los mozos, al verle entre ellos -casa rara, rara avis- le animan diciéndole:

- ¡Venga, don Pruden... que esto es lo suyo...!
- ¡Vamos, "Ronquillo"...a por la José...que está allá solita esperándole...
- ¡Venga, que es el tango,,, el tango, señor Pruden...

El Ronquillo, flaco como juncia; negro como pave-

sa y como ella agotado, se abrocha la chaqueta¹⁷³ de pedo libre, se ajusta los tirantes y el ceñido pantalón y, con sus taquitos altos, va hasta la moza como pudiera haber ido su abuelo a por Manuelita Rosas.

Hace una genuflexión y con el brazo derecho extendido y la mano abierta le pide por favor...que le acompañe si se digna favorecerle con semejante honor.

Y la José... la de los Mochuelos, que sólo baila en fiestas o, cuando entra El Ronquillo, se levanta, se estira el vestido, se sube los hombros para tapar un poco más los "exmirriados" pechos, y es entonces cuando "El Ronquillo", llevándola de la mano con mucha galantería, se mete en el centro de aquella masa de jóvenes que giran como noria, que bailan a su modo, así como cuando van echando sulfato con la mochila a la espalda... Suben y bajan el brazo suyo y el de la moza igual que palanca de bomba con "chupón". Mientras tanto, riéndose del Ronquillo, y él ni se entera, van haciéndole círculos en torno a aquellos dos grandes pilares que tiene la Alhóndiga, entre los cuales-en plano más alto-está la banda del señor Elías Ran, un director que vino de Cirauqui, que se dice es marica, y les va enseñando música a más de veinte jovencitos.

Cuando los mozos ven que ya está embalado y afiebrado "El Ronquillo", le dejan cancha libre y, rodeándole, aplauden y le gritan con ¡olés! a los pasos del tango canyengue y arrabalero argentino, que muy bien conoce Pruden, y lo trajo a escondidas para no denunciar aquella vida pasada en cabarets y prostíbulos bonaerenses. EL Ronquillo hace cuarteos que obligan a soltar la carcajada. Al final, cuando

la José está avergonzada del espectáculo, tira "El Ronquillo" el pañuelito que lleva en el bolsillo de la chaqueta y baila en torno a él haciendo pasos que son como ochos trazados sobre aquellos ladrillos, para terminar dando un salto acrobático, poniéndose de rodillas al pie de la madura solterona, quien, llena de vergüenza, pero feliz, se retira a su rincón tras de; por fin otra vez; - haber sido abrazada por un hombre...

Aquel final es aplaudido por toda la concurrencia y él lo agradece secándose el sudor que la corre por la frente y los flácidos carrillos.

No falta quien lo va siguiendo diciéndole a la mosca blanca de los Torquemada; al que siempre lleva cuello duro y pajarita negra:

- "¡Bien... Bien Ronquillo; ¡!"

- "Muy bien, majo... Así se baila..."

- "Eres la hostia, Ronquillo!..."

- "¡Ay, si te ve el cura o, el Americano!..."

- "Qué historia tendrás tú, granuja!..."

El Ronquillo, ya ha bailado un domingo más. Ahora dejará que pase un mes o dos, y, cuando nadie se lo espere, animado por cuatro copitas, volverá otra vez a darles unas lección de cómo se baila el tango, a esos mozos de la Villa, que bailan el tango igual que una zambra.

Una noche va El Ronquillo a casa de La Fresco-tona, la de los "Obispos Negros..." Era ésta una mujer que pasa de los cuarenta y cinco años, y que vi-

ve por el barrio alto de Las Ollerías. Dicen... se dice, que, hace, por pocos reales, "servicios" en horas oscuras a los hombres de vivir alegre. y aseguran que son dos pesetas el pago de acostarse con ella en clandestinidad y, aún hay quien dice, que, prefiere a los casados que son más juiciosos y menos bocazas. Los mozos cuando van, salen al día siguiente pregónando todo

Esa noche de marras, vísperas de San José, acude a las diez El Ronquillo. Ha tenido gran cuidado de que nadie lo vea. Sube por la cuesta de la Calleja de la Iglesia y, acercándose a la puerta, llama con los nudillos de la mano derecha, mientras que, en la izquierda, tiene el bastoncillo de caña de bambú y un anillo con esmeralda. La Frescotona, se asoma a la ventana y ve que, en la calle, está "el pendón" de los Torquemada esperando.

Cuando Pruden estaba nervioso e impaciente esperando a que le abra la puerta, pasa por la calle un alfarero, que tenía allí cerca la vivienda y también tenía fama de dicharachero, quien, acercándose al vestido de negro, le dice al oído: - ¿Qué vida tú por aquí, granuja...? - Nada...nada... Cele,nada... Ya ves... - Con que nada ¿eh?... ¿Qué buscas a estas horas, lechuzo o conejo...? - La lechuzo, Cele, la lechuzo... - ¡Anda a fuera...! ¡JaJaJa...! Primero lo uno y luego, el otro... ¿Que te se ve venir, Ronquillo...? - ¿Que no vienes a la sacristía... pillete...! Buen lechuzo estás tú hecho... Lechuzo y tordo...!

- Abrió la puerta la Frescotona y subió Pruden tras de ella sin hacer apenas ruido... Entraron a la cocina y, allí, le dio una silla, aquella que ejercía prostitución rural, quizá para poder comer de algo, porque estaba sola y sin ayuda de nadie.
- ¿Qué te ha dicho Cele?
- ¡Bah! Cosas de él...
- Eso digo yo: pijadas suyas y ná más. Bueno ¿qué? ¿vienes animao esta vez, o no...?
- Del todo, del todo, Paca...
- Eso te lo crees tú, pero yo sé que es de boquilla, que la otra vez... no pudiste acabar la merienda, Pruden...
- Hoy vengo igual que el toro semental del Habanero...
- Ya... Ilusiones. Si no hubieras estao tanto con putas, en América estarías más sano... te lo dice la que sabe algo de esto ¿entiendes? Porque no eres viejo y, sin embargo, ¿eh? Y luego... la casa. ¿Qué cojona, si en esa casa parecís todos capones... El que no es cura es... ¿yo qué sé? Tú no puedes ni con los pantalones, te lo digo yo, Pruden...
- Qué cosas dices...
- Y, eso que, tus pantalones, a mí me se figuran igual que dos morcillas metidas en tripa de chorizo... porque mira que ¿eh? ¡vaya rumbo, majo...
- Lo que hay que oírte, Paca!
- Oye, la verdá. Lo que debías hacer es decirle a tu hermano Pedro José, que te dé perras pa comprar... te un traje. Que ese es el que trajiste de Buenos Aires hace diez años... que ya no da más Ronquillo...
- ¡Hala...hala... Estás hoy que no te para nadie.

-Así quisiera yo verte a tí. ¿Qué,,, vamos para adentro o qué...?

- ¿A la cama ya...?

- ¿A ver? Dime si no a qué vienes a mi casa a estas horas... Además, mira, a mi no me jodes más ¿eh?

-te lo digo por lo que tú sabes- Me vas a dar las dos pesetas antes de meternos dentro, que luego no tienes ni un rial, y yo con letanías vuestras no como.

- Paca, que esto, pa que lo sepas, es igual que el café o el restaurante: se paga después de consumir.

Igual que en la peluquería, y que en muchos sitios donde acudas.

- ¿Quién te ha dicho eso?... ¿Pero quién te ha dicho a tí eso, meapilas del coño...? Esto es como ir al teatro, a los toros, o, si mejor lo miras igual que en la tienda, que pagas y luego lo consumes. O, como más al simen: lo que se hace en los "orinarios" de Logroño, que ya sabes te dan el papel p'al ojal... y pagas antes... Así que, tú, me pagas, o, o no ves al "Ceomo" en mi cama.

- Toma. Si te empeñas, toma, pero, la cosa no es así.

- Pues si no es así, luego me sales diciendo... "que no me das los ocho riales porque no has metido la cuchara en el plato," y eso a mí no me calienta ni estomago ni puchero. ¡Andá, ¡Jodó...! Si apestan a incienso!... Estas son del beaterío!... Apuesto éste, a que se las has quitao al de las sotanas...

- Guárdalas y calla, Paca, y no me nombres a los de mi casa. El dinero no tiene amo.

- Mejor pa tí, porque si se entera el cura, tu hermano El Americano o tu tía, te arma la de Dios es Cristo por traerlo a casa de La Frecotona... ¡Ay de tí; ¡Pobre de tí si sabe el Americano que estás a estas horas conmigo, y dispuesto a meterte en la cama con la que llaman puta y reputa... ¡Ja;Ja;Ja;...
- ¡Calla; ¡Calla que te van a oír los vecinos por el tabique;
- A lo mejor... Que, estos de al lao, saben siempre con quien retozo entre las sábanas...; Mira que si se enteran que es con El Ronquillo... ¡Ja;Ja;Ja;
- Eres como un torbellino...
- Y tú un cuchifletero... ¡Tanguero... Oye, enséñame cómo lo haces con la Jóse... De verdad Pruden, que me gustaría que me agarres por la cintura así y: tararará, tá, ta ta... tarara, ra, tá, ta ta ... ¡Vamos;
- Luego. Si estoy animado luego, Paca.
- Hoy me lo enseñas como está mandao y ná mas. Y si es en pelo, mejor que mejor. ¡Ja;Ja;Ja;
- ¡Calla que te van a oír; Oye ¿cómo va a ser hoy la cosa...?
- ¿Qué dices?
- Que... como haremos la cohabitación copularia...
- Pero ¿qué me estás diciendo en latines, Ronquillo? Aquí nada de cúpulas ni leches de las vuestras de iglesias ¿sabes? ¡Jesús bendito; Hasta se me ha quedao en los dedos el olor de las dos pesetas...
... Os denuncia desde lejos todo lo que tocáis...
- Te decía, Paca, si será sobre la cama o en...
- Anda éste.. Oye, salao a ver si te se ha antojao esta noche encima del fogón, porque te se queda el

culo frío... ¡Ja;Ja;Ja; \ (Y reía de la mejor gana aquella mujer libertina, que tenía entre sus manos y sus artes a uno de los Torquemada, del que gozaba hacer burla) ¡Cuántas del pueblo y cuántos, lo hubieran deseado y no tenían esa oportunidad;

La Frecotona dominaba, por una vez, a uno de aquellos personajes funestos, pero, temidos, que se creían superiores o todos los vecinos de la Villa.

Lo agarró de la mano y le metió en la habitación donde les esperaba el colchón de capotas...

- ¡Venga; ¡Venga y quítate esa chaqueta y ese chaleco negro; Y, sin vergüenza de ninguna clase, que estás en tu pueblo y con una mujer de tu pueblo.

Además, yo creo que eres mayorcito pa tener yo que desnudarte...

Las dos primeras prendas salieron bien, pero, el pantalón sin quitarse los zapatos no había forma de sacárselo. Ella quería quitarle los zapatos y él se oponía:

- ¿Los tienes los calcetines rotos, o qué?... ¿Pero es que ni te los cosen en casa, desgraciao...!

La Paca se lo pasaba en grande. Aquello era para ella el gran placer, lo de menos era lo otro, lo que hacían todos los mayores. La diversión estaba en reirse a carcajadas del Ronquillo, del que acudía a misa con una devoción que no se podía superar...

Del que tenía allí con los calzoncillos largos atados a los tobillos y el pantalón colgando sin poderle sacar porque las boca-mangas eran tan estrechas como las de la chaqueta.

Lo más grave fue cuando El Ronquillo, en una de

sus emociones, quedó así como ahogándose y no volvía en sí. La Paca, La Frascachona, viendo en el trance que estaba, le puso los pantalones, le colocó el chaleco y la chaqueta, se lo echó encima de los hombros, igual que un pelele y cuando daban en el reloj de la torre las once, bajándole sigilosamente por la Cuesta, llegó hasta la plaza y lo dejó junto a la puerta de entrada a la iglesia, para subir otra vez corriendo y meterse en casa sin hacer el más mínimo ruido.

Al día siguiente, todo el pueblo sabía el curioso suceso y lo que dicen que se oyó en aquella casa de beatos dijo la criada que era para asustar a cualquiera.

Recuperado a medias "El Ronquillo", dos días después marcha a Logroño acompañado de Pedro José, quien le alojaría en la fonda Las Animas, durante dos semanas, hasta que todo aquel runrun que corría por la Villa se olvidase. Bien le advirtió que le dejaba pagada cama y comida, pero que él no tendría ni un real para gastar en bares, o en la calle Barriocepo y Rúa Vieja, donde estaban las mancebías. Por dos semanas habían quitado del pueblo aquella mosca de distinto pensamiento que continuamente los avergonzaba.

.....

La familia Torquemada ha recibido el mayor

impacto social que podía esperar. En horas del atardecer de un catorce de abril de mil novecientos treinta y uno, se ha sabido que, España, es republicana. ¿Qué ha pasado en Navarrete? Vamos a tratar de relatártelo con la mayor fidelidad que nos sea posible, siguiendo siempre, siempre, los pasos a esta saga que ahora tiene que vivir la II República dentro de su predio riojano.

El patrimonio social y económico -ya lo hemos dicho más atrás- venía desde tiempo inmemorial en manos de diez o veinte familias. Aquel Navarrete, precioso en días de fiesta, cuando toda la aristocracia acudía de fuera a la Villa y la llenaba de ricas telas, preciosas alhajas, perfumes selectos, capas, jubones, espadas y lujosos carruajes, tenía otro pueblo -que eran casi todos los vecinos- quienes malvivían dentro de sus tres grandes barrios: Arrabal, -o barrio judío- Ollerías y San Juan. Aún había otro Navarrete: aquel que en las Calles paralelas a la Mayor Alta y Baja, rumiaba no pocas necesidades.

La aristocracia; los Secretarios de papas y de reyes; los capitanes en Flandes; los Jefes de la Armada; los confesores y testamentarios de las casas reales; los oficiales administrativos; los teólogos, inquisidores y obispos, que, de todo hubo, vivían en aquella vía principal en la que se contaban más de sesenta palacios con lujosos portales y piedras heráldicas que pregonan sus linajes.

Desde siglos atrás -y más aún partiendo de los Comuneros riojanos, y, de éstos sabido es que Navarrete pagó muy caro con su sangre la sublevación-

fue acumulando odio y resentimiento contra aquellos poderosos señores que constituían una altiva y dominadora clase social que se creían los dueños de toda España. Navarrete -como casi toda España- llevaba mucho tiempo esperando una justicia social que nunca llegaba. No lo consiguió en aquella efímera República, cuya vida sólo fue de un año. Cuando aún no empezaba a caminar la decapitó Pavía.

Ahora sí. Ahora venía la Segunda República y con ella pondrían las cosas en su verdadero sitio. Ahora no se les escaparían jamás de las manos las libertades que necesitaban y un porvenir más digno para todos los trabajadores.

Esto, lo sabían mejor que nadie los Torquemada, que habían oído no pocas veces blasfemar a su lado o por la espalda, a más de un trabajador que venía del campo agotado de trabajar de sol a sol, y se encontraba paseando a una pequeña cuadrilla de gentes vestida de negro, que ni se dignaban saludar al que regresaba dejando el sudor y la vida en los bancales de ellos. La blasfemia que lanzaba contra el burro era más para ellos que para la pobre bestia -mártir también de vivir en casa donde no había cebada-.

En tiempo de la Segunda República sólo quedan en la Villa tres o cuatro familias que vienen existiendo con cierta ranciedad desde los tiempos pasados: Los Torquemada. La familia Ramírez de Arellano y los Domínguez Arévalo. Estos últimos nunca aparecen por su pueblo. Ellos son: El Conde de Rodezno, casado con una navarra, que vive tanto en Pamplona, -donde es jerarca de los requetés o carlistas- y José Domínguez Arévalo, casado con una catalana como en Villafranca,

lana: Mercedes Ponsich, con lujosa torreta en el barrio Sarriá. En Navarrete siguen teniendo el mejor palacio y, también, el panteón de la familia.

La familia Ramírez de Arellano malviven de lo poco que les va quedando. Sólo tienen historia, y, con ella, mal pueden sacar buen guiso. Por otro lado, son tan poco instruídos en nada, -salvo en las oraciones-, que ni la saben ni conocen su árbol genealógico. No obstante, bien podemos asegurar que descienden de una prestigiosa rama de los Condes de Aguilar e Inestriillas, Señor de Cameros, titulado en el siglo XIV: Don Juan Ramírez de Arellano. Este don Juan Ramírez estuvo peleando en las tropas de Don Enrique de Trastámara, El Bastardo, en contra de las del rey legítimo que era Don Pedro, "El Cruel". La batalla se dió entre Navarrete y Nájera. Cae prisionero Juan Ramírez de Arellano, y es libertado por don Pedro al pagar una gran suma por su libertad. Después de quedar libre recobra la de Du-Guesclín, mercenario que también está preso en Navarrete. ¿Cuánto ha pagado el Señor de Cameros por la libertad del mercenario? ;Cien mil florines; ¿Qué ha conseguido con ello? Que años después sea Du-Guesclín el que ayude al Bastardo para matar en Montiel a don Pedro "el Cruel". ¿Qué le pide Ramírez de Arellano al rey Enrique, cuando éste ya está en su poltrona de monarca? Que le conceda ser gobernador del castillo y plaza de Navarrete. El rey se lo concede, pero, en Navarrete no quieren ni verlo, que más prefieren a quien estuvo de su parte a favor de don Pedro y se llama don Diego Gómez Manrique.

La villa le hace la guerra a los Ramírez de Arellano y a éste le apoyan otras poblaciones riojanas.

¡Guerra civil comarcal! Sólo los reyes católicos consiguen poner paz a esta zona conflictiva por causa de imponerles lo que ellos no aceptan políticamente. Ya hemos dicho que Navarrete fue, desde siempre, muy liberal y señor para imponer sus decisiones.

Los Ramírez de Arellano, cuando llega la II República sólo tienen -caso parecido a los Torquemadapropas que **suman** decenas de años. Se dice que pasan hasta hambre, y, verdad puede ser porque están flacos como verdaderos quijotes. Se les ve medio ennegrecidos y apergaminados, pero.. eso sí, todas las tardes pasean el hambre por la carretera, aparentando un señorío que se lo comió el tiempo y la no producción de nada. En más de una ocasión, -y no los denunció el dueño por lástima, - les han encontrado robando hortalizas de los huertos.

Los Ramírez de Arellano son ^{CUATRO} tres hermanos. Dos solterones: Julián y Justo, ^{UNO DE EL SECRETARIO DE PUEBLO} y una hermana viuda que, dicen -siendo el marido director de un banco, vino a morir cuando la monarquía-. Al morir el marido decidió venir a residir al pueblo donde había nacido.

Esta mujer sólo sale de casa para ir a misa los domingos. Las mujeres rumorean, que lleva puestas las camisas de cuello duro y las pajaritas negras del marido, y que le caen muy bien. Otras dicen, "dicen" - y buenas son las lenguas de las mujeres en pueblos- que también lleva los calzoncillos del marido, que se han visto colgados en la cuerda de tender...

Esta mujer lleva a su lado, siempre que sale de casa, a una criadita gallega, casi enana, que vino con ella desde que falleció el marido de la señora.

Julián Ramírez es pequeñito, zambo... negrucho, y con pelos grises, duros y lasos como brocha mojada. Viste, como todos estos estafermos, de negro.

Los zapatos que nunca vieron cremas, están tan desencajados que se le salen, y, a veces, parece que cojea.

Justo es el más joven de los tres conocidos, o que han quedado en pie. Tiene una altura enorme, es como a semejanza del ciprés de Silos, pero, en humano. Flaco, muy flaco. Para no desentonar lleva la misma decoración que su hermano, pero, éste, en vez de pajarita negra, lleva una corbatita estrecha y delgada que parece una cinta de corona funeraria.

Le falta la leyenda. Pasan ellos y sus ropas, hambre, mucha hambre. Justo es nervioso y habla con cierta tartamudez. Ríñe -y esto ha de ser producto de resentimiento del no tener nada de nada- con cualquiera que hable; en todo, además, lleva la contraria.

Tiene un defecto físico... esto no lo quisiera yo decir, pero, así como se cuenta que fulano padece de hernia o de almorranas, pues, yo creo que no falto nada en decir su defecto: como si fuese quebrado -es un suponer... Bueno pues, con la mejor intención y sin tratar por ello de ajusticiarle, que, bastantes pegas económicas mueven, he de decir -según rumores que circulan por la Villa que... Bueno, lo dicen los mozos que se las saben todas y yo creo que ignoran, ¿por qué han de saberlo? que eso se llama elefantosis. Ya está dicho, pero, en finolis... Lo va-

mos a contar como lo saben sus gentes mozas.

Dicen que se sacaba el miembro viril, la masculinidad, vaya... lo mismo por la manga de la camisa que por la boca-manga del pantalón... Juran muchos

haberlo visto cuando le han dicho:

- Vaya gemelos majos que llevas ¿eh? Justo...

- ¿Te gustan?

Y ha ido el muy descarao, y se ha sacado por allí -como si fuese una serpiente de goma - lo que ahora sí que no te lo quiero decir...

Lo propio cuando alguien -acaso para probarle la intención-le ha dicho:

- ¡Vaya calcetines que llevas, Justo?

- ¡Míralos... míralos bien...! -Y le ha hecho lo propio. ¿...?

Los niños, que no hay cosa que no sepan de los mayores, cuando se juntan al lado de Justo, al que le llaman de apodo y no sé por qué: 'Palala', se dicen de unos a otros el secreto, y cuando ya pasa de espaldas hasta lo comentan:

- ¡Jo... ¡Chacho... ¿y cómo pué ser eso?...

- Oye, pues ha dicho Juanjo, que él lo ha visto me- ar y dice que le llega hasta el suelo... ¡Qué tío...

- Oye, pues, entonces, como las mangas de apagar los fuegos... No pue ser; oye, igual que sogá de acarriar...

En la década de los años 50 murió Justo, y con él se acabó toda aquella gloria de los Ramírez de Arellano, con mucha fama en tiempos del Cid Campeador, y grandes figuras en tierras de Cameros y La Rioja.

Llega la II República y, el resentimiento, está ahora cifrado más que nunca en esa familia de los Torquemada.

A las ocho de la noche de aquel catorce de abril de mil novecientos treinta y uno, la plaza, -donde vierten alegremente por bocas de cuatro leones sus aguas traídas desde Moncalvillo, y llenan el pilón exagonal, sobre el que se posan cuatro cántaros de mozas, -se ha llenado de gente para acudir a la manifestación.

Para Navarrete es un día de fiesta.

La República ha venido como algo privilegiado, y, el pueblo, la recibe con alegría y moderación.

Han sacado -no se sabe de dónde- dos grandes fotografías del Capitán Fermín Galán, y de Angel García Hernández, sublevados en Jaca, el 12 de diciembre de 1930. Aquellos dos oficiales que se rindieron en Ayerbe fueron fusilados el día 14 del mismo mes tras de un Consejo de Guerra precipitado ¿...?

Son fusilados en domingo; En domingo y contra toda ley civil e, incluso, sentimiento cristiano; Había una gran confabulación para salir sublevados, decían que estaba dentro de ella el aviador Ramón Franco, pero... pero... sólo salieron los de Jaca y pagaron con su vida. Aquellas ejecuciones adelantaron le llegada de la República al dimitir Berenguer.

Las dos fotografías son llevadas en alto, mientras más de mil quinientas personas bailan al ritmo de una flauta y un tambor que van entonando La Marsellesa, con una letra bien distinta a la francesa, pero que en la Villa todos conocen y es así:

"No queremos reina puta

ni tampoco rey cabrón.

Que queremos un buen presidente
que gobierne bien la Nación,

(y aquí una doble blasfemia ensuciando al propio Creador)

El pueblo, que ya se creía pleno de libertades, respira con satisfacción porque cree que con la llegada de la que se ha dado en llamar, "Niña Bonita", se quitaba aquel férreo yugo que durante siglos lo esclavizó. Todo camino parecía libre para

labrar un futuro optimista y prometedor. Ahora - así lo piensan con la mejor buena fe - todo ciudadano y todo partido político puede decir libremente su opinión y su plataforma social sin que nadie se moleste. Libertad, fraternidad y alegría por toda la piel de toro ibérica. Orden, paz y trabajo es lo que se espera que conceda o consiga para todos el nuevo gobierno. ¿Lo tendrá? ¿Se verá todo esto que es tan fácil decirlo y tan difícil de conseguir?

El Logroño hay nombres señeros dentro de la rama del derecho y del profesorado. La Rioja figura ahora tanto, como cuando era Ministro, Sagasta.

Tiene Navarrete un alcalde joven para dirigir los destinos republicanos. Es hombre cordial y simpático. Tan buen riojano como ingenuo blasfemador. Panadero de profesión y labrador por herencia familiar; apellido de raigambre bien navarretana:

Pablo Azofra Sáenz. Ha caído bien este hombre en la Villa. ¡Menos mal, menos mal que los Torquemada no se han asustado;

La idea del pueblo español era noble y buena, pero, poco a poco, poco a poco, las cosas se van desfasando y nacen los problemas ¿Se volverá a repetir lo de la Primera República? ¿No saldrá otra vez Pavía o su reencarnado, arrasando con el Congreso de los diputados y acabando con los partidos políticos y los sindicatos...?

Se ha creado en la Villa -junto a la calle de Angel García Hernández, ^{no 46} y al lado del nuevo frontón, el sindicato de la U.G.T. A él pertenecen todos los trabajadores. El que no está en el sindicato no puede estar en la Bolsa de Trabajo, y, por ella, se da trabajo a los que lo necesiten. Los patronos piden allí un obrero y, el sindicato, manda al que esté en su turno. Y aquí nacen ¡ay señor!; los inconvenientes, tontos, pero nacen: porque hay quien pide un trabajador y le mandan a un obrero que es un zángano; hay a quien le toca uno que está enemistado con él, y tampoco quiere ni verlo, o, hay otro que, si tenía trabajo para diez días, por no tenerlo junto a él en las fincas lo despide a las 24 horas.

Los Torquemadas las lían todas, porque ellos creen que les mandan a la resaca de los obreros, y no es así porque son sacados por turno.

Por la carretera pasean los "ricos" de la Villa todas las tardes, pero, ahora, jamás los domingos, porque corren el riesgo de ser insultados.

Cuando les ven los mozos con sus ropas negras y rancias, y sus bastoncillos negros también a los paseanderos: El Ronquillo, Pedro José, El veterinario

don Mario; los dos hermanos Ramírez de Arellano, Tomás, el mayordomo del Condé Valdellano y un retirado del comercio de Logroño, que se llama "don" Lázaro, decimos que, el día que se encuentran con ellos los mocitos de 16 a veinte años, como está de moda una canción andaluza que se llama "Los Campanilleros" y que tiene una letra así:

" Por los campos de mi Andalucía,
los campanilleros en la madrugada,
me despiertan con sus campanillas
y con sus guitarras me hacen llorar".

Los jóvenes navarretanos, con la libertad en los labios y las ganas de decirles las cosas claras a los que nunca trabajaron les cantan:

"A la puerta de un rico avariento
llamo Jesucristo y limosna pidió,
pero en vez de darle la limosna
los perros que había se los achuchó...

Pero quiso Dios. Pero quiso Dios,
que al momento los perros murieran
y el rico avariento pobre se quedó.

Se lo van diciendo fuerte, detrás, para que vean cómo Dios hizo justicia sobre el pobre... Los Torquemada tienen que seguir el camino casi casi corriendo y ya no saldrán más. La calle se está poniendo imposible para ellos. Los malos humores, la mala inquina que tanto aguantan, la van a calmar a la Iglesia, y a la Virgen del Sagrario le suplican para que las cosas cambien.

El 10 de agosto de 1932 -un poco más del año de establecerse la República, se subleva en

Sevilla el general Sanjurjo. ;Ya venía Pavía otra vez camino de Madrid...;

Toda España se conmueve, pero, no triunfa el golpe militar. Sanjurjo quiere huir a Portugal y es detenido en Huelva. Es condenado a muerte por un tribunal, pero, la República,-que quiere tener mejores sentimientos que las monarquías que en España hubo desde siempre,-rehuye el firmar la sentencia de muerte y queda arrestado pasando a ocupar una celda en el penal del Dueso. En Madrid también se quieren aprovechar de la salida de Sanjurjo y pretenden tomar por las armas el Ministerio de la Guerra. Estos son los generales Calvalcanti y Fernández Pérez, pero, de poco les sirvió porque fueron reducidos por los Guardias de Asalto que había creado un nacido en La Rioja: Muñoz Grandes.

En Navarrete se crea una delegación del Partido Comunista. Tiene pocos afiliados, pero, le ofrecen llevar la secretaría a un joven de 18 años que ha regresado de Buenos Aires y se llama "Amador de Castilla." Por temor a su padre, que, de saberlo le sacaría de casa, desiste de tal cargo. En Navarrete, como en las poblaciones de cierta importancia de la península, se ha formado también una sección de la CNT.

La guardia civil, aquella guardia civil que desde su creación había asustado tanto a los gitanos como a los húngaros y hasta a las poblaciones de trabajadores, porque con su fiera estampa de hom-

bres muy altos, de grandes bigotazos, negras capas tricornio negro de hule, y fusil al hombro sobre un caballo veloz, había pasado a ser un cuerpo que, desde la proclamación de la República, no somete a los pueblos a su disciplina. Les falta autoridad, y parece que han venido a caer en un resentimiento como los "señoritos" esos que paseaban sus hambres por la carretera. En la Villa riojana ya no pueden obligar a que los jóvenes vayan a la cama a las doce de la noche, porque nadie les hace caso.

Un domingo han detenido a un mozo en el baile, aquel baile que visitaba "El Ronquillo". Le han detenido por haberse quitado la chaqueta para bailar, y ésto ¡oh tiempos del recato; estaba prohibido...

Sube la guardia civil y lo quieren llevar al cuartel. Todos los mozos y mozas les gritan diciendo que ¡No; ¡No; ¡Al cuartel no, a la Casa de la Villa sí; ¡

Y tienen que llevarlo a la Casa de la Villa, ^{por orden del ALCAIDE JOSE ENTRENA.} Estando allí, doscientas voces gritan: ¡¡Libertad; ¡¡ ¡¡Libertad; ¡¡ y, los guardias, le tienen que dar su libertad. Ese no era motivo para detener a un joven; la razón estaba de parte de los mozos.

Lo peor que ocurre es que se están destrozando viñas; se incendian pajares; se rompen frutales...

Todo se hace por la noche y, eso, no llevará a buen camino. Como siempre también, la libertad que se pedía se está convirtiendo en libertinaje y en no pocos odios. Salen las procesiones y, en ocasiones también, son recibidas con silbidos, cuando no, se echa encima del palio, al pasar por debajo del certijo, un pollo muerto ¿...?

Se dice, se argumenta, y razón también tiene el que tal dice: que una procesión es una manifestación de ideas y que si no se permiten las cívicas tampoco se deben autorizar las religiosas.

En 1934, cuando se produce la revolución en Asturias, también se hace en algunos pueblos de La Rioja. En Madrid detienen a: Largo Caballero, Azaña, Gonzalez Peña y otros grandes políticos de la izquierda. Siguen sublevados: Fuenmayor, Cenicero, San Asensio, etc, etc, próximos a Navarrete, y de igual cantidad de trabajadores con formación política, y con sus organizaciones obreras, pero, Navarrete, esta vez no sale. Cosa extraña que la Villa no saliese, y de ello un día, dos años después, aún pudo alegrarse.

En ese tiempo republicano, se lee en los pueblos más que nunca se había leído. Varios periódicos llegan todos los días a la Villa, pero, el más leído es Mundo Obrero. Y llegó a tanto la lectura

que, hasta se escribe, colaborando con ese periódico de la clase trabajadora y, así oímos decir:

-- ¿Quieres que escribamos un artículo sobre la revolución de Asturias y la brutal represión?

- Bueno...

- ¿Te atreves, Amador, de verdad...?

- Te digo que sí.

- Lo vamos a hacer entre los dos.
- Pero, en secreto, Bernabé.
- Ya! Haces tú algo y yo también; nos juntamos aquí en el Certijo y lo repasamos... ¿O eres un carca como todos los tuyos?
- Esto, lo decía un chico de veintiún años llamado Soto, -el que tenía grandes cualidades como político y, quién sabe si no como escritor-, a otro joven de dieciocho que había sido traído de regreso de Buenos Aires, después de mandarle allí para que hiciera fortuna,
- Ya sabes que yo no soy así, pero, no deben saberlo. Les he ocasionado muchos gastos, y si se enteran que escribo en Mundo Obrero me echan de casa.
- Es verdad. Está bien. El domingo a las seis aquí o, si no, en el café de Venancio.
- Yo no pongo mi nombre ¿eh?
- ¡Hombre... Eso lo haré yo.
- Y no digas nada; nada de esto...
- Descuida hombre...

La nota salió en Mundo Obrero y, los de negro, que pasean por la carretera hasta saben algo de ella:

- Habéis leído Pedro José, lo que dice Mundo Obrero sobre lo de Asturias? ¡Y lo han escrito en el pueblo, uno del pueblo;
- ¿Quién? -dicen cuatro voces muy quedas-
- ¡El chapucero ese de La Colina;
- ¿Cómo te has enterao? -dice El Ronquillo-
- Me lo ha dado el peón, Tián, que ya sabéis es fiel a la casa como si fuese parte de ella. Escuchar y veréis lo que dice...
- ¡No lo leas, no lo leas, que te pueden oír! Ya lo

leerás en el coro esta noche... y que se entere don Máximo también...

- ¿Véis qué gentecita tenemos aquí? ¡Y cómo escribe, cómo escribe... igual que un abogado!...

Llegó el Primero de Mayo de 1936.

Como en años anteriores -desde la llegada de la República- se iba a celebrar la manifestación cívica, recorriendo las calles del pueblo.

Había preparadas cuatro pancartas con dibujos alegóricos contra los políticos de derechas. No bien pintadas eso sí, pero con "sabrosas" intenciones.

Quien colaboró con Bernabé, también, -a escondidas de sus padres-, pintó a Gil Robles metido en un orinal... *A SUS LADOS MÁS ORINALES Y "A POR LOS 300!! FRASE DE GIL ROBLES, QUERIENDO 300 DIPUTADOS*

Más de mil quinientas personas van en la manifestación. Cuatro jovencitas llevan en la delantera de la concentración, banderas republicanas y de los partidos políticos.

El alcalde socialista, José Entrena, ha dado garantías a la Guardia Civil de que nada, absolutamente nada, hay que temer de su pueblo. El comandante del puesto habla a Logroño pidiendo autorización.

El alcalde habla al Gobierno Civil diciéndoles que él garantiza el orden. La Guardia Civil cede, pero, con la condición de que no se den gritos hostiles. El alcalde garantiza todo.

Parte la manifestación desde la Plaza de don Amós Salvador. Al pasar por la casa del Conde Valde llano donde vive el mayordomo Tomás Santaolla, íntimo de los Torquemada, se grita el Himno de Riego y la Marsellesa. Cuando se pasa cincuenta metros más arriba por la fachada de los Torquemada, todos a una cantan La Internacional. "Los nadie de hoy todo han de ser"! Eso mismo ocurre en todo ese tramo de la Calle Mayor Alta donde viven los más de derechas del pueblo. Los Torquemada estaban detrás de cortinas y visillos con armas en la mano... Si intentan asaltar la casa, morirá todo el que lo pretenda.

Sigue la manifestación igual que serpiente por el barrio del Arco; por el Arrabal, y continúa por la carretera de Burgos. El recorrido es casi perfecto con aquel que marcaban las murallas y foso en la época medieval.

Cuando están frente al viejo hostel de peregrinos -desde finales del pasado siglo Casa de Cuartel de la Guardia Civil- y frente a la Iglesia, se detienen todos para cantar a pleno pulmón La Internacional.

En la casa cuartel se ven colchones tapando las ventanas y balcón central. Delante de la puerta hay dos guardias con los fusiles en las manos, mirando con mal gesto a los cantantes, y éstos miran a ellos con gusto de verse libres. Alguien del pueblo con potente voz ha dicho:

- ¡¡Muera la guardia civil!!

-¡¡Muera!!! (Han respondido más de cien voces a una)

Al oírlo esto, los guardias se meten corrien-

do en el cuartel y cierran la puerta. Los manifes-
tantes, temiéndose lo peor, salen corriendo para
reunirse cien o doscientos metros más adelante,
en plena calle de Angel García Hernández. Otra vez
allí, en el frontón, comienzan las canciones y se da
fin a un día de alegría y de sorpresa.

Se dice, poco después, que hay jóvenes que van a
la Dehesa la Verde, para hacer prácticas de tiro con
armas cortas... ¿Quiénes son?... ¿No serán bulos?...

Hay, incluso, quien asegura que, entre ellos, va
el más joven de los Torquemada: Juan Antonio.

Y es verdad que se reunían. Y era verdad que
tenían armas... Y era verdad que, de la capital, has-
ta les habían dado uniformes azules como se ha de
ver más adelante.

Mientras tanto sepamos que, en 1936, la familia
Torquemada está compuesta por los siguientes miem-
bros:

Pedro José "El Americano" = JUAN JOSÉ

Pruden... "El Ronquillo" = PRUDENCIO

Jose Manuel, hijo de Simón y sobrino de los dos an-
teriores. "BOLCHEVIQUE"

Juan Pedro. Hermano de Jose Manuel. "PIES PLANOS" JUAN PABLO

Juan Antonio. Tercer hermano, el más joven. "EL
JOSE ANTONIO" PRUTANGAS

No hemos dicho cómo era cada uno de estos tres
hermanos y lo haremos ahora porque van a ser, de hoy
en adelante, principales actores.

Jose Manuel: Estuvo en Buenos Aires con su tío Pedro José. Es pequeñito y cabezón. Lleva gafas porque dicen que es muy corto de vista. Como tanto hablaba al regresar de Buenos Aires, sobre Rusia y los bolcheviques, parece que esta última palabra hizo gracia en la Villa y son ya muchos quienes le llaman "Bolcheviqui".

Juan Pedro. Es alto, muy alto. Lleva gafas y no lo acusamos como defecto físico sino causante posiblemente de los genes; ya se vio y seguiremos viendo que, esta saga...tiene muy poca vista, y sí gran cantidad de genes malditos. Juan Pedro es pesado como plomo, tanto al andar como en su conversación. Es pegajoso y le llaman de apodo: "El vaselina..." quizá por el defecto que tiene de aparentar suave y diplomático... simpático y reptante...

Tiene los pies planos, y anda con las piernas anchas apoyando las plantas como si fuesen dos planchas de hierro. Tiene dentadura postiza, y presume de ella, pues, así como hay quien muestra una flor o un lápizero, Juan Pedro enseña a todo el que puede, sus dientes postizos. Es fácil verle en estos meses de 1936, ante ocho o diez personas, enseñándoles la dentadura, que la saca entre babas como si fuese un gran caramelo... ¡Oh, qué asco; y él, -¿será posible?- hasta lo cree meritorio...

Hace tres años que Juan Pedro casó con una mujer que trajo de fuera y le ha dado por poner en los bajos de aquella casona que está subiendo a San Cristobal, -cerca de donde existe el depósito del agua que abastece a la Villa, -una fábrica de conservas.

¡Ya es hora, ya es hora de que piensen en trabajar; Quizá sea el temor a la República...y, pueden ir suponiendo, que todos tendrán que agachar los riñones. También Juan Pedro estuvo en Buenos Aires, con su tío Pedro José, pero, tan poco tiempo aguantó allí, que, volvió a la Villa y, desde hace diez o doce años, sólo se ha dedicado a pasear.

Juan Antonio es -como anteriormente se ha dicho- grandote y tontorrón. Cabezorro como es norma en toda la familia. No había ido jamás al baile. No le ha hablado jamás a una moza. Al hablar, suelta más babas que perro comiendo sopas de ajo en una fuente. Dicen las gentes, que tiene una fuerza gigantesca, -si es que se le antoja levantar peso del suelo, pero, claro, esto nadie lo ha visto en él. Lo que más le gusta, es ir a los actos religiosos y llevar pendones gigantescos de altos, esos, los tiene la parroquia. Como sus otros hermanos, éste, también fue fletado a Buenos Aires, pero poco estuvo allí, aparte de ser inútil, parece que con la humedad que existe en la capital del Plata, veía su tío Pedro José que cada semana le aumentaba más la cabeza, y, temiendo que no hubiera sombreros para semejante circunferencia, lo devuelve a Navarrete, para que siga usando -y así lo hace- la boina riojana.

Hemos llegado a julio de 1936. Lo que ha de pasar en esta fecha bien merecerá libro aparte y un título que lo identifique según fueron aquellas circunstancias.

ANTONIO CILLERO ULECIA

Y en el momento de escribir esto, me encuentro en un momento de gran actividad... y que-
dan ir suponiendo que todos tendrán que aceptar
los riesgos. También Juan Pedro estuvo en Buenos
Aires, con su tío Pedro José, pero, tan poco tiempo
aguantó allí que volvió a la Villa y, desde hace
diez o doce años sólo se ha dedicado a pasar.

Juan Antonio es -como anteriormente se ha dicho-
granote y torcedor. Capexoto como es norma en
toda la familia. No había ido jamás al baile. No
le ha hablado jamás a una moza. Al hablar suelta
más palabras que perro comiendo sopa de ajo en una
fuente. Dice las gentes, que tiene una fuerza

gigantesca, así es que se le antoja levantar peso
del suelo, pero, claro, esto nadie lo ha visto en
el. Lo que más le gusta es ir a los actos re-
ligiosos y llevar peregones gigantescos de alto es-
cos los tiene la parpanta. Como sus otros her-
manos éste también fue llevado a Buenos Aires, pe-
ro poco estuvo allí, aparte de ser indif, parece

que con la numeración que existe en la capital del Pla-
ta, veis su tío Pedro José que cada semana le suman
tapa más la cabeza, y temiendo que no hubiera som-
breros para semejante circunferencia, lo devolvía a
Bavariete, para que siga usando -y así lo hace- la
botina rrojana.

Después de haber estado a Julio de 1936. Lo que ha
de pasar en esta fecha bien merece libro aparte
y un título que lo identifique según fueron aque-
llas circunstancias.

LA SAGA MALDITA DE LOS TORQUEMADA

LIBRO V

EL APOCALIPSIS

1936 - 1950

Nadie sabe a ciencia cierta en un pueblo lo que piensa^{en} cada casa y cómo se actúa dentro de ella. Nadie sabe qué hace un grupo de amigos, tanto que sea para bien como para mal. Si la nación pasa por periodos de inquietudes políticas y de convulsiones sociales, saber lo que se habla y se piensa en cada familia y en cada grupo de amigos es algo tan impermeable que sólo en circunstancias especiales se puede transparentar o sale a luz. Cuando la inteligencia es superior al común ciudadano el hermetismo es más férreo, y sólo la persona interesada puede o no decir qué pensó en determinado momento: Saber lo que pensaba íntimamente Séneca oyendo a Nerón

serán semejantes despropósitos como decía en cualquier momento... Cómo juzgarían Goya y Larra en su más profundo pensamiento a los reyes y gobernantes de su tiempo, es algo que jamás se supo porque, al no haber escrito un diario secreto, --qué pena se llevaron a la sepultura las más valiosas ideas que no se atrevieron a decir por temor al odio del gobernante. Se sabe más fácil lo que piensa el pobre de conocimiento y escaso de cultura, de ahí que sea más perseguido por el poder --en todos los tiempos-- el hombre intelectual, el de juicio y actitudes más serias, más lógicas, y más demoledoras de gobierno.

Ignorante estaba la Villa de que se celebraban reuniones clandestinas en tal o cual bodega. No parecía posible que, siendo casi todos los vecinos republicanos y socialistas, pudiera haber alguien que colaborase con la extrema derecha. Pero, también hay que reconocer que, si se mueven hacia la izquierda los más, nunca faltarán familias que buscan el extremo opuesto, unas veces por sentimientos religiosos; otras por causas políticas y, también, por circunstancias económicas.

En la Villa de Navarrete parece que hay varias familias comprometidas. Luego se sabrá también, que, un hijo de Navarrete que fue a Méjico, allí por el año 1917 y que ha regresado en 1931, está complicado con la sublevación. Los vecinos, cuando lo ven vestido de miliciano se quedan mudos... y dicen unos a otros: Pero ¿no era anarquista...? ¿No decíais que Martín Menaut estaba en el anarquismo? ¿En qué quedamos...?

Se sabe que, en ciertas noches de la primavera y, más, en altas horas de la madrugada, había algunos mozos izquierdistas, controlando casas de aquellos que se decía iban a practicar con pistolas para saberlas manejar a perfección. ¿...? Ellos estaban vigilantes desde la calle, y, los de dentro, estaban detrás de las ventanas con la pistola en la mano pendientes de lo que podían hacerles.

A primeros de julio han detenido los guardias civiles a dos infelices por llevar pistola encima.

¿Cómo ha sido eso? ¿Quién les ha dado las armas?

¿Qué han dicho aquellos dos subdesarrollados...?

Sencillamente: que los llamó a su casa Juan Antonio, y les convenció para tener un arma escondida y salir a luchar cuando él les avise para defender la Iglesia, que la pensaban quemar los comunistas. Tenían que salir el día que él se lo ordenara. No cabía

cosa más insensata que darles un arma a elementos tan tontos como Matías, al que llaman "Cagao", y, a Jesús, a quien bautizaron con el apodo de "Caín". Y se las ha dado el más joven de los descendientes de Juan Torquemada. Ya se ve cómo razona el último vástago de una saga maldita y criminal.

A las pocas horas de tener aquellas armas en su poder, las fueron enseñando como si fuesen juguetes y, de ahí, su detención. Pero ¿qué pasa para que una vez llevados presos a la capital no se detenga a quien les dió esas armas y a sus cómplices que luego han de salir?...

¡Qué fácil hubiera sido abortar aquella revolución en muchos lugares, pero, no se quiso... la autoridad provincial no quería alborotar el gallinero que sin

tardar iba a salir para eliminar la República, y, los mandatarios de ésta seguían tan ingenuos como cuando se sublevó Sanjurjo.

El diecisiete de julio de 1936 era sábado.

Sólo una familia de alfareros que está quemando leña para cocer el horno, se entera a las cuatro de la tarde de que ha salido una sublevación en las Islas Canarias y en Marruecos.

Esa noche hay una reunión en la casa de los Torquemada. A la reunión ha venido el que ahora es fabricante de conservas, Juan Pedro, del que se sienten muy orgullosos los tíos por lo bien que funciona como fabricante... Están reunidos los cinco hombres que componen el clan. También acude el párroco Máximo, que es, como todo cura que llega al pueblo, íntimo de la familia. Allí se dice lo que sigue:

- Hemos escuchado la radio, y, la revolución ya ha comenzado. ¿Lo has oído, Juan Pedro?

- Lo he oído, tío. Desde esta noche ya podemos estar con el oído y la vista alerta. Los tres estamos comprometidos con Falange Española, y, si hay que dar la cara habrá que darla sin contemplaciones.

- ¡O la vida, dice Juan Antonio.

- ¡O la vida, hermano - responde "Bolchevique".

- Yo, sólo quisiera, - dice "Bolchevique", poder tener enfrente al marica de las berrugas - y perdón don Máximo - para meterle tres balazos.

- Todo se andará, hermano, todo se andará. Tener mucho cuidado de que no hagan un asalto esta noche, que todo puede ser. Usted, tío Pruden, no se acobarde ante nada. Esta es la hora de que hablen

las armas y no el bla, bla, bla, de los sarnosos de izquierdas que tanto odiamos. Somos los defensores del orden y de la iglesia y se lo vamos a demostrar como hombres y no como gallinas.

- ¡Tened cada uno las armas listas! -dice Juan Antonio- y, pase lo que pase, o, caiga quien caiga, a luchar por España y por Cristo Rey, por Jose Antonio y por La Falange. Yo, al primero que quiero cazar es a ese chulo de Jose María Santaolalla.

-¿Por qué? -le dice el párroco-.

- Porque es un cabrón. Ese, además de ser el cacique del pueblo, es un masón. Masón, don Máximo; Masón, se lo digo yo. Amigo de Amosito Salvador. Lleno de millones y se las dá de republicano...

- Y ¿qué puedes hacer, sobrino?...

- Lo que ellos han hecho hace cinco días con Calvo Sotelo: matarle. ¡Pegarle dos tiros;

- Está en Logroño hospitalizado, ya lo sabes.

- Bajaré a buscarlo, y, juro por éstas -besa las cruces hechas con los índices- de que, ese, cae por ésta pistola!

Aquí, en este momento, el "Americano" dice:

- Si en algo, sobrinos, no estoy muy conforme, es en que os hayáis hecho de esa Falange, para mí un poco extraña, tanto, que no la entiendo. Me hubiera gustado más veros dependiendo de Fal Conde y su requeté, que fue por lo que luchó nuestro padre, en gloria esté.

- Bueno, tío, y ¿qué más dará una cosa que otra?

Aquí, vino de Logroño Palacios, Pernas y Arróniz -que eran amigos de siempre- y fuimos con ellos, como hubiésemos ido con el requeté si suben -los

otros que también son amigos, ya lo sabe usted.

Mientras el párroco bendice a los falangistas y a sus armas, para que Dios les lleve a la victoria, en el Sindicato de la U.G.T se celebra una reunión de todos los asociados.

Han acudido todos los trabajadores al ser convocados por un bando echado -como siempre- por una trompetilla, esta vez eran las nueve de la noche.

En el salón, no cabe la gente de campo. Se fuma, se grita... ¿Qué se hace?... Hasta ahora nada.

Alguien dice:

- ¡Chiss... ¡Chiss... ¡Callaide... ¡Callaide todos que pasan por abajo los guardias y han mirado al balcón!

- ¡Qué coño nos importa a nosotros por ellos;

- ¡Calla, calla que suben y me parece que vienen a esta casa!...

La pareja de Guardia Civil se encamina hacia el Sindicato de los obreros.

Otro ha dicho:

- ¡A qué cojones vendrán esos? ¡Ojo con ellos;

- No hombre no. Marcos, ya sabéis que es amigo nuestro, y sabe como nosotros todo y, hasta lo que tratamos de conseguir.

- ¡No te fíes y no te fíes de ellos!...

- Ese pa mí es como un hermano. Estuvimos en Melilla juntos, y sé el hambre que pasaban todos los suyos. Se ha hecho guardia por necesidad, pero, ese no es de derechas.

- ¡Será de lo que le manden desde Logroño;

- Que no. No véis que yo sé cómo piensa!

- Pero es Guardia Primera... y hoy está al mando del cuartel... ¡Ojo con él, te digo;

- ¡Callaide que ya están aquí;

Entran el Guardia Primera y el que hace pareja con él. Al verlos dentro y con los fusiles, se hace un silencio. Como nada dicen, uno de los trabajadores pregunta:

- Y ¿qué decís vosotros sobre lo que se dice de la revolución? ¿Estáis con los trabajadores o con los de Marruecos y Canarias?

- Nosotros estamos con lo que es la legalidad, y eso sólo se llama, República.

- ¡Muy bien dicho; ¡-dijeron varios trabajadores a la vez-. ¡Así se habla, sí señor;

Alentado por esta favorable acogida les dice Marcos, que era el Primera:

- Hace falta saber con qué defensa contaremos en caso de necesidad. Tenemos que saber cuántas armas podemos reunir entre todos.

Aquí se fueron muchos como agua en barril sin fondo; como niños sin pizca de picardía. Les traicionó esa buena fé que tiene desde siempre el pueblo rural carente de cultura. Uno decía: "Yo tengo un revólver y veinte balas" Otro: "Yo tengo dos escopetas" .El de más allá: "En mi casa hay una pistola y cuatro hoces gallegas" Otro más: "Yo tengo un revólver con cachas de marfil y un puñao de balas".

El Guardia Marcos, se iba fijando en todos los que decían que poseían armas. Al marchar les dijo:

- Con todas esas que tenéis, y con las que darán en Logroño, yo os aseguro que todo estará a nuestro

favor.

Cuando se marchaban los dos guardias un jovencito que estaba junto a la puerta dio un grito:

-¡¡Viva la Guardia Civil¡¡

Pero nadie contestó.

Una hora después, llaman a Ventosa para que baje el autobús, y en él montan unos cuantos. Van a pedirle armas al Gobernador Civil. Armas no les da... pero, les pide el nombre que será de terrible consecuencia.

Al día siguiente, era domingo y 18 de julio.

A las doce de la mañana ha bajado a Logroño, en bicicleta, un joven del pueblo llamado Santiago Nestares.

Cuando vuelve cuenta todo ^{lo} ha visto allí, y lo cuenta lleno de miedo. "No se ve a nadie por las calles." "os que van por ellas llevan armas en la mano y, de vez en cuando, se oyen tiros..." Ha oído decir que se ha sublevado el cuartel de artillería 12 Ligero, y que el de Infantería Bailén no quiere sumarse a la rebelión."

"Que los artilleros le han dicho que, si no sale lo bombardean..."

Cuatro de la tarde:

Sube de Logroño una moto sidocar con guardias civiles. Va directa al cuartel. Entrega una orden y regresa a la Capital. Era la orden para que ese puesto de Navarrete salga sublevado.

El Guardia Primera, Marcos, aquel que creían los obreros que estaba con ellos, se les ha dado la vuelta. Mareunido al resto de los guardias, en la Sala de Armas, y les ha dicho:

-¡A formar; ¡Firmes; Desde este momento tengo una orden de que ésta puesto secunde la rebelión. El que quiera sublevarse que dé un paso al frente.

Quien esté de parte de la República que se quede

donde está.

Dan un paso al frente, Agustín, Felipe, Jesús y Vicente. Se queda fijo como piedra Daniel.

- De acuerdo. Tú no quieres la rebeldía. Dame la pistola y me traes el fusil con las balas. Desde este momento quedas en calidad de desarmado hasta que te juzguen en la Comandancia. Vosotros, desde ahora, a vigilar todo, y, al que sea sospechoso y no obedezca hay orden de pegarle un tiro. ¡Estamos en estado de guerra! Que nadie se acerque al cuartel, salvo los que sean de confianza nuestra. ¿Estamos?

- ¡Estamos! - dicen los cuatro guardias que están en posición de firmes.

Los vecinos han visto que, desde hace un rato, se han cerrado las ventanas del cuartel y que dos guardias están adelantados en la puerta con las cartucheras puestas y en actitud de disparar.

Cuatro y media de la tarde:

Llega un camión con cuatro hombres vestido de azul. Van de pie sobre él, y llevan en las manos cada cual un fusil ¿...? Requisan la camioneta de un vecino y, en el cuartel, entregan un pliego para que aquello también se cumpla. La camioneta marcha para Logroño con los que visten de azul, que, después se sabe, es el uniforme de los falangistas.

En el pliego que entregan al cuartel, hay cinco nombres a los que deben llamar inmediatamente. Estos son: Pedro Vinuesa. Miguel Aznar. Avelino Sotero. Manuel Velilla y Juan Antonio Torquemada.

Van a casa del primero dos guardias y, como

ya estaba esperando la orden, se une a ellos. Aparece con camisa azul, con correa negra y pistola al cinto. Este era un miliciano clandestino. Tiene 22 años, es un obrero más del pueblo, pero, por ser su familia muy "de iglesia", parece que siente más las ideas de la falange que las del socialismo o comunismo. Sale también, inmediatamente, Miguel Aznar, adornado con la misma ropa y armamento.

Van los dos en busca de su amigo de conspiración Juan Antonio Torquemada. Cuando llegan a la puerta ya baja por las amplias escaleras, armado del pesado pistolón. También aquél, como sabemos, era de Falange. Desde allí pasan a lo de Velilla, y este recela en salir. Torquemada le dice al padre del comprometido:

- ¡Que salga por las buenas o lo sacaremos por las malas;

- Mi hijo no quiere salir...

- Ha dado palabra y esa la cumple por encima de todo.

El hijo, que estaba escuchando grita desde dentro:

- Marchar... ¡Marchar que ya me juntaré con vosotros!

- Te esperamos media hora. Tú verás lo que haces si no bajas al cuartel...

Van a lo de Sestero y se repite la misma llamada, y se formaliza el mismo compromiso.

A las seis de la tarde ya están en el cuartel, ayudando a los guardias civiles del puesto, estos cinco falangistas. Un poco después aparece el "Mejicano" Menaut, que también lleva camisa y pistola, correa negra y gorro azul con una borla roja que le cae sobre la frente. Los vecinos siguen diciéndose al oído. ¿Pero no decían que era anarquista?...

Antes del anochecer, -igual que los murciélagos- aparecen los Torquemada que faltaban: el "pies planos" y "Bolchevique", cada cual con su camisa azul, su pistola en el cinto y su gorro, como Menaut.

Se les une el administrador del Conde de Valde-llano, Tomás Santaolalla. Éste Santaolalla -bueno será decirlo- pesaba más de cien kilos. No era cabezón como sus amigos, pero sí era dormilón. Caso curioso que, hasta de pie se quedaba dormido, y hablando. Jugando al mus, tenían que despertarlo, hasta se le caían los mocos...y, roncaba, en un segundo...

¿Atrofiamiento? ¿Imbecilidad? Porque, viejo no era; tendría unos cincuenta años. ¿Serían así, como estos, todos los sublevados en España? ¿...?

También se junta a ellos y le dan pistola, un enano que lleva varios años en Navarrete, pero, es de Entrena: le llaman "Goyazo", por su altura...

Cuando son horas del crepúsculo vespertino hay diez o doce personas mayores que también se les unen, entre éstos últimos: "El Ronquillo"...y "El Americano"... ¡Ya están todos los Torquemada en acción; Ya están en su verdadera salsa, en aquella que se vieron desde el siglo pasado. Ya han salido para acabar con la II República, que era su único deseo. Ellos deben pensar: Las repúblicas españolas hay que eliminarlas porque nos prohíben nuestras libertades y nos meten en las casas. ¡Basta de ver libres y contentos a los hambrientos; ¡Basta de que se nos cante por detrás y se nos mire con mala cara; Esto mismo lo dijo su padre y su abuelo. Lo grave es que, el tiempo, acabó por darles la razón ¿se la dará también a éstos que han sublevado a la Villa?

El Americano, que llevaba vivido mucho por tierras de Martín Fierro, llama a Menaut y le dice:

- Veo que no tenéis decisiones y éstas son horas de ellas. ¿Qué pensáis hacer con el alcalde socialista? ¿Es esto una revolución o no lo es?

- ¿Quieres, tío, que vayamos a destituirlo?

- Ya debería haberlo hecho Marcos! Eso no se pregunta en estos momentos. A ese hombre tenéis que quitarle la vara de mando ahora mismo.

El mejicano Menaut, Juan Pedro Torquemada - que en el Cuartel se ha presentado, y lo era, como Jefe de Falange Española y de Las JONS - y tres falangistas más, entre ellos, su hermano Juan Antonio, acompañados por el guardia primero, se encaminan hacia el Ayuntamiento donde está el Alcalde José Entrena, en acción permanente y en su puesto de máxima responsabilidad. En momentos tan difíciles para la democracia y la libertad, entiende José Entrena que él no puede abandonar el cargo que le pertenece por decisión popular, y que sólo por la violencia saldrá de allí. Está en la secretaría junto a su titular administrativo y al alguacil.

Golpean en la puerta y, a seguido, penetran sin esperar contestación y con la máxima violencia aquellos hombres vestidos de azul y con pistola en mano.

Quieren destituir, previa humillación, al último alcalde de la Villa en tiempo de la II República.

Le piden la vara de mando que debe entregársela a Juan Antonio. Cuando Entrena les dice que deben levantar allí un **acta** en la que debe decirse que lo destituyen por violencia y sin autoridad ema-

nada del Gobierno de Madrid, lo agarra Menaut del brazo y casi casi arrástrándole le dice:

- Por favor... por favor... sal de aquí ahora mismo, que, quien manda en España es la revolución, y no tu república de payasos y de asesinos!

- Es que...

- ¡Fuera...! Fuera de aquí... sarnosos!!

Seis voces se han sumado a las insultantes palabras de Martín Menaut. Aún no había comenzado el destituido alcalde a bajar las escaleras imperiales del Ayuntamiento, cuando oía dictar el primer bando revolucionario para sus vecinos:

"Villa de Navarrete :

Una revolución ha sido puesta en marcha en el día de hoy en todo el territorio nacional. Navarrete secunda a Logroño y para acabar con una República que estaba destrozando las propiedades individuales, desgajando la unidad de España y haciéndole guerra a nuestra religión, por tanto, desde este momento queda prohibido:

Primero: Formar grupos en las calles y plazas de más de tres personas.

Segundo: Queda prohibido tener las ventanas y balcones con las persianas bajadas.

Tercero: Queda prohibido poseer en las casas aparatos de radio. Todos ellos deben entregarse, en un plazo de dos horas al cuartel de la Guardia Civil.

Cuarto: Serán entregadas en un plazo de cuatro horas todas las armas registradas o sin registrar que posean los vecinos.

Quinto: Queda prohibido salir al campo a partir de

la publicación de este bando.

Sexto: Queda prohibido estar detenido frente al Cuartel de la Guardia Civil...o hacer grupos en calles y plazas, como así mismo, hacer reuniones en los domicilios.

Septimo: El que desobedezca estas advertencias que son consecuencia del estado de guerra que vive España será sentenciado por la autoridad militar.

El Alcalde.

Juan Antonio Torquemada.

El más torpe, el más inepto, el botarate más imbécil y cuidado que todos eran y lo habían sido en esa saga, es el que ha quitado la vara de mando a un alcalde socialista que era digno ejemplar en inteligencia y moderación; el hombre que todos los días le mandaban desde Madrid un periódico y lo leía con devoción. Todos los días de su vida, desde adolescente, había tenido que leer un periódico o un libro. Él no podía estar sin saber qué ocurría en España o en el mundo. Era un hombre pequeño, regordete, macizo de carnes, parco en palabras, y fue, desde siempre, un obrero. En 1936 ejercía el cargo de mayordomo en la casa de Jose María Santaolalla, aquel diputado Provincial millonario, muy millonario cuando tan pocos había en las provincias, y lo era porque había casado con dos hijas del bodeguero más importante del Norte de España: Azpilicueta Martínez, con bodegas en Fuenmayor, La Rioja. Era amigo íntimo de Amós Salvador y Carreras, ministro que fue designado estando en Navarrete, en la casa de Santaolalla.

Ese era el alcalde que tenía Navarrete, pueblo en el que hemos centrado casi todo el argumento de esta novela. Ahora, el 19 de julio, aquella tarde del domingo de 1936 había sido desposeído de la vara acreditativa del poder civil en el pueblo.

o Cuando el alguacil, acompañado de dos guardias civiles cada uno con su fusil, lanza el bando por las diez esquinas de la Villa, el nuevo alcalde, el fofo y vacío de meollo, Juan Antonio, está diciendo en la Casa Cuartel:

- No tengo más que una ilusión dentro de esta revolución que hoy hemos comenzado: Pegar en buen sitio tres tiros: Uno para Jose María... Otro para su amigo Amosito... y el tercero para el berrugas Azaña! Lo demás no lo tengo en cuenta y, esto que aquí os digo, como alcalde de mi pueblo, lo cumpliré!"

¿Sabían los Torquemada en qué baile estaban metidos?...

¿Tan seguros estaban de que la victoria había de ser suya?... ¿Y si se volvía...? ¿Y si se daba vuelta aquella tortilla recién comenzada a batir en la sartén del suelo nacional...? ¡Ay! ¡Ay si aquello se torcía! "No quedaría de ellos ni casa, ni ropa, ni pelo, ni sombra de su paso por la tierra;"

A las ocho de esa tarde dominguera, también está en el Cuartel sublevado, el párroco de la Villa y un maestro soriano de pelo rizo y cano. Ellos formarán desde ese día causa común. También acude algún viejo beato y resentido que busca "colaborar" con los sediciosos.

Al día siguiente, lunes veinte, es cuando desde las nueve de la mañana, pasan camino de Burgos, miles y miles de voluntarios. Dicen que van a Madrid. ¡Oh qué mañana!... Rugen motores y motores sin descanso.

Encima de las carrocerías y dentro de los autobuses van todos los milicianos vestidos de azul o con boina roja. Todos llevan fusil en las manos. Dan gritos y, el pueblo calla, no entiende ¿por qué?

Y sueltan tiros a quien huye por las calles por temor a tantos jóvenes exaltados. A quien no contesta le apuntan con el fusil...

Van cantando, entre otras cosas: "Cueste lo que cueste se ha de conseguir. Que las boinas rojas entren en Madrid". ¿De dónde han salido tantos miles de voluntarios? ¿Dónde había tantos fusiles?...

Viendo todo este incesante desfile durante toda la mañana, nadie creerá que estas gentes sublevadas no tienen la victoria en sus manos. Pero ¿y si viésemos Madrid y Barcelona, y Valencia y Bilbao...? ¿Cuántos miles habrá allí dispuestos a detenerlos a los sublevados?

En La Rioja y en Navarra los rebeldes son dueños de la situación. Aquí en Logroño no hay quien se mueva. A los vecinos de la Villa, se les ha secado la garganta, no tienen saliva ni voz para soltar maldiciones. Les quedan lamentos, lamentos que van a ir creciendo día tras día según iremos viendo.

Como es misión del autor seguir a esta saga, que, no en poca medida colaboraron para darle mayor nombre al apellido de aquel famoso inquisidor, sigamos los pasos de cada miembro que, ese día fatal -fatal para ellos- ha de ser inicio de un calvario, de una

destrucción por parte de la Naturaleza, más aún:
de lo que hemos dado en llamar: Apocalipsis.

Jose "Manuel", el mayor de los hermanos, viendo que toda aquella tropa, que pasaba loca de ilusión, parecía que iban de verbena; él también ha querido ir con ellos y hasta sube a un camión de falangistas.

Una vez arriba, le dicen que aprecian su valor y que lo felicitan porque ellos van a dar la vida por España.

Aquel Torquemada debe ir meditando mucho eso de "dar la vida"... y, poco a poco, "Bolchevique", va decidiendo no seguirles... Y ha llegado a tanto que, al entrar en Nájera, les dice que quiere bajarse...

- ¿Para qué...? -le dice uno de aquellos viejos camisas-viejas, que así les llaman-

- Para ver a unos familiares que tengo aquí...

- ¿Ahora? ¿Qué coño te importa a tí por ellos..?

- No no. Yo me bajo aquí y dentro de media hora monto en otro y nos veremos en Madrid...

¡Camaradas; ¡Adelante; ¡Hasta Madrid; ¡¡Arriba España; ¡¡

- ¡Cabron!... ¡Cobarde!... ¡Estas cagao de miedo!...

- Nos veremos en Madrid, camaradas!

- Verás a tu madre, viejo gafas...!!

Y se quedó en Nájera. Era más cómodo ser héroe en la retaguardia riojana, fusilando a trabajadores afiliados a sindicatos, -no tenían otro delito-, que enfrentarse en Somosierra a los fusiles que habían llegado desde Madrid. Y, en Nájera, además de fusilar a todo quisque, hasta les cortó el pelo a las mozas que llevaron banderas en 1º de Mayo y tuvo la idea de ponerlas al sol en la Plaza de Espa-

ña y darles miel en la pelada cabeza para que acudieran a cientos las moscas.

Acabada la guerra, felizmente para ellos, acudió a Navarrete -que está a tres leguas,- y volvía feliz del "trabajo" realizado en la ciudad de los Reyes de Navarra. En Najera dejó tristísimos recuerdos. Le llegaron a bautizar con el apodo de "Tigre del Najerilla".

Cuando llega a la Villa es inmediatamente nombrado Alcalde. Alcalde por "méritos guerreros". Venía a reemplazar a otro "héroe" éste sin salir de la Villa: Martín Menaut. Ya había tenido tres alcaldes Navarrete en tres años.

Entre los grandes desastres que hizo, que fueron muchos, no culminó el más grande en arte, porque fallaron los de EE UU en elementos para desplazarla, pero, se dice, que había vendido en un millón de pesetas la portada románica del cementerio.

Castigó sin tino por trabajar los domingos. Castigó por blasfemar. Castigó porque los jóvenes y casados no iban a las procesiones. Mandaba a los guardias ir por las bodegas, y daba órdenes para que los sacasen llevándoles a la fuerza a misa en Semana Santa o a las procesiones. Ya se dirá despues, cómo acabó sus días. el "Tigre del Najerilla", y es todo ello historia fiel ¿o novela...?

Cuando se iniciaron los fusilamientos en la Villa y todo el vecindario está aterrorizado, han

prometido, se ha corrido la voz que, quien se haga falangista salvará la vida. Sabido esto, acuden a la casa ^{NUEVA} del Camino del Cubillo muchos vecinos en ciego afán de ser inscriptos en aquella falange que, nadie sabía qué era ni qué plataforma política era la suya. No conocían su credo ¿Para qué?. La única finalidad era salvar la vida, y sólo saben de falange, lo que han visto: unos falangistas que han salido vestidos de azul y llevan un arma, y los miles que han desfilado en camiones camino de Madrid. El Torquemada, que es Jefe de esa Falange Local, una vez que los va metiendo en filiaciones los va designando según edad y sexo. ¡Para eso es él Jefe; y les nombra; a los niños Balillas, o Flechas. Falangistas Femeninas a las mozas. Primera Línea a los mozos hasta los treinta años. A los de mayor edad o con problemas físicos: Segunda Línea.

Hay que esperar buen rato para que le hagan falangista al que allí acude asustado. Es como la consulta de un médico o el despacho del abogado. ¡Qué pote... se da Juan Pedro Torquemada; ¡Ya era hora de ser importante en la Villa;

Acude Amador, -el que fuera colaborador de Soto, que ha sido fusilado hace unas semanas- Ha ido también el padre de Amador que quiere ser de prisa, falangista, porque estuvo en las elecciones "de mesa" de parte de Santaolalla y de Gregorio Martínez, -al que le han echado 40.000 pesetas de multa.

Amador se inscribe en Segunda Línea ¿...?

- ¿Por qué haces eso?...

- Porque tengo un brazo dislocado. Ya sabes qué

mi padre me mandó a Buenos Aires, y...

- Ya lo se...ya lo sé... y sé lo que leías, granuja! (Como Juan Pedro había estado en Buenos Aires, le caía simpático Amador de Castilla y, en más de una ocasión a su regreso, en 1935, le pedía datos sobre cómo estaba aquello donde él también estuvo cuatro años).

Los fusilamientos seguían noche tras noche... El miedo dominaba en todas las casas. Había que sortear esa dramática situación.

El párroco habla desde el balcón a sus feligreses. Les dice lo que significa la guerra y hace poco menos que arengas militares. No las hubiera dicho más violentas Millán Astray; Oh qué tiempos de locura y de indignidad ciudadana, hasta el clero diciendo que "no hay que dejar ni raíces de los obreros izquierdistas; que hace falta arrancarlas de raíz y para siempre, para siempre; Qué disparates en nombre de Cristo;

De Logroño sube aquel Jefazo, -pies planos, camisas, correaes, gorros y distintivos para formar toda la milicia con sus respectivos cargos. Reune a todos los afiliados y les vende las prendas. Allí no hacen falta tiendas: Torquemada lo es todo. Era de ver al Jefazo con su gigantesco gorro azul y su borla roja bailandole sobre la frente acariciándole una cabeza como la de un elefante.

Forma los jóvenes de ambos sexos y va haciendo cargos a dedo y llega hasta el que pintó la pancarta para el Primero de Mayo:

- Tú tienes que ser, Amador, Jefe de Escuadra.
- No no...
- ¿Por qué no...?
- No tengo carácter para mandar...
- ¡Te obligaré a serlo;
- No no. No quiero ser.
- Te lo digo por lo mucho que te aprecio, Amador.
- Ya, pero no, no.
- Bueno, allá tú. Te he visto siempre un poco extraño... Me has hecho apuntarte en Segunda Línea, porque dices, que no puedes tener el fusil horizontal... Ahora, me dices, que no quieres mandar en nada...
- No quiero no...
- Bueno, pues, si tú no quieres será Angel.
- Que sea él.

Y, allí mismo, le dió un distintivo -flecha o yugo para que tuviera a su cargo a unos falangistas del pueblo.

¡Había que ver al Jefazo con su 190 de altura, su más de 100 kilos de peso "en bruto", su cuerpo tan pesado y torpón, -nunca hizo ejercicio salvo para hacer sus necesidades-, mandando la tropa! El trabajo del Jefe, desde el 19 de julio, era acudir al Cuartel de la Guardia Civil, y, desde allí "hacerle servicio a España". ¡Pobre España en qué manos estaba su destino;

Allí se juntaba con los viejos denunciadores que comenzaron a merodear el cuartel. Allí iban los vecinos mayores de edad, tanto por parecer "personas buenas - que siempre lo fueron"- como era también pa-

ra denunciar lo que un día oyeron a los de la UGT; para decir quiénes iban en la manifestación del Primero de Mayo. Para decir quién era un bocazas que blasfemaba todos los días en su calle, etc, etc.

Y se comenzó a detener. Y se comenzó a fusilar.

Juan Pedro Torquemada lo era todo. El primer día que se acercó Amador al cuartel fue a las tres de la tarde. Ese día le dijo su padre:

- Tienes que ir, hijo, al cuartel... Allí están colaborando muchos que ya se han sumado... y notan que, de ésta casa, no hay nadie.

- Yo no quiero ir, padre.

- Tienes que ir. Tengo yo hasta peligro, ya lo sabes. Vete, vete y trata de quedar bien.

- ¿Cuándo?

- Ahora mismo.

Llegó Amador hasta el Certijo, porque, desde allí se veía la puerta del cuartel. Entre los pilares había varias mujeres mirando lo que allí, en el cuartel pasaba. Se acercó hasta ellas y les dijo que tenía pensado acercarse hasta el viejo edificio.

- ¡Vete, majo... Baja y miras a ver qué pasa... Ha salido hace rato el camión de Madejas para Entrena y no sabemos si han ido dentro todos, o están metidos en el cuartel otros. ¡Baja, baja y luego subes a decirnos si hay alguno, y, quien es;

Amador baja con temor. Se acerca al cuartel con dudas. Lleva en su incosciente causas como para poder estar allí dentro. En Logroño están fusilando todos los días. Han caído asesinados varios de Na-

varrete. El día 25, Santiago, se han llevado en un camión a un tal Pitangas y lo han matado en las curvas de Buicio, camino de Cenicero. ¿Y si se enteran de mis secretos...?

Va a entrar por la puerta y le detiene Tomás Santaolalla.

- ¿Dónde vas tú?

- Aquí... Me ha dicho mi padre que venga...

- Ya... Buena pieza eres tú también...!

Baja a la cuadra de los caballos. Allí están detenidos unos diez vecinos, entre ellos, el presidente de la UGT; Daniel Zaldivar que era alfarero como el padre de Amador, y un joven de 20 años que se llama Antonio.

Daniel le dice a Amador:

- ¿Sabes a dónde han ido con el camión de Madejas?

- No. Me lo han dicho en el Certijo las mujeres.

- ¿Dónde habrán llevado a Román, entre ellos?

- ¿Estaba también Román?

- Si, aquí conmigo, y me lo han quitado a la fuerza.

Están de vigilantes de aquellos presos: El Suave y Mochuelo. Recuenta quiénes son los que están allí para decírselo a las mujeres cuando se oye un motor.

Salta Antonio hasta dominar una pequeña ventanilla que da al sur y dice contento:

- ¡Ya vuelven!

Segundos después, cuando va a salir Amador, se oyen pisadas. Es gente que baja al tugurio húmedo donde, en tiempos pasados, estaban los caballos.

Entran cuatro jóvenes falangistas que dicen son de Logroño. Gente con chulería, con despotismo, con poco corazón y menos humanitarismo.

Uno de ellos, rubio, de pelo un poco ensortijado les dice:

- ¡Vaya, ya os hemos dejado más cómodos; ¡Ya hemos matado a vuestros compañeros!

El silencio ha enmudecido a los presos. Daniel, que todo se teme, le dice:

- ¿Dónde está mi hijo Román?

- ¿Un mocete rubio muy majo?

- Ese era mi hijo...

- A ese lo he matado yo. (Y ríe a carcajadas) No ha dicho ni pío.... Era muy majo...

¿Qué hace aquel padre? ¿Podía hacer algo...?

Llora, llora en silencio. Se debe morder los labios y el corazón. Tiene que preguntar a alguien:

¿Por qué todo esto?... ¿Qué raza de cristianos es ésta que goza diciendo que ha matado a un joven de 16 años? ¿Qué causa ha hecho mi hijo para recibir ese castigo? ¿Cabe mayor salvajada? ¿Se vio en nuestra historia tamaña criminalidad?

Ese mismo bestia, le dice a Antonio si sabe el Padrenuestro. Antonio sonríe, él se enfada, y le dice:

- Ponte de rodillas y rézalo!

Se pone de rodillas, comienza a rezar, no sabe seguir y sonríe. El falangista le pega una gran bofetada que lo tira hacia un costado. ¡Que vergüenza;

Lo vuelve a repetir y lo mismo. Baján más gentes de arriba. Se presenta el Sargento Sánchez y con él Juan Pedro Torquemada.. ¡Ya está la Inquisición en pleno auge en 1936; Amador dá dos pasos más atrás y se queda semi-oculto en un rin-

cón. Sánchez, el que en mala hora casó con moza de la Villa, lleva en la mano, una pistola oculta por un portafolio negro: ¡Allí llevará las penas de muerte, sin juicio, sin testigos, sin abogados, sin causas; Y comienza a insultarlos. Les llama de todo, de todo... Y les dice que, a la noche, los van a matar a ^{todos} ellos... ¡Terrible! De pronto, al salir de aquella mazmorra mira a Amador y dice:

- ¿Y tú...? ¿Quién eres tú...?

Torquemada tira "el capotè" para salvar al que había escrito en colaboración con Soto y nadie lo sabía, ni el propio Juan Pedro:

- Éste, Sánchez, es hijo de Julián, el alfarero, Buena familia, ya lo sabes. Lo ha mandado su padre.
- Ya.

Quando salían, volviéndose hacia Amador, aún le pudo decir el Jefazo: ¿Has visto lo que trae el seguir por malos caminos?"...

Juan Pedro, en unión de Manaut y de Rudiez, -un jubilado guardia civil residente en Entrena y del que habrá que ocuparse en libro aparte- lo son todo en el viejo Hostal de Peregrinos navarreteña. En lo militar es Sánchez, que viene todos los días con su coche y sube las sentencias, o las hace él por capricho, y, también Marcos.

Han pedido al peluquero máquina de cortar pelo y tijeras. Han ordenado venir al cuartel a las cuatro mozas que llevaron las banderas en la manifestación del Primero de Mayo. Colocadas en sillas les van cortando todo el pelo dejándolas peladas.

Allí van dejando por el suelo: bucles, rizos, trenzas, y las matas de pelo de mozas de 18 a 22 años.

Todos los voluntarios que han venido de Entrena, Medrano, Sojuela, Daroca, Hornos, Sotés y Ventosa, están allí viéndolas y riendo a carcajadas.

Después les hacen ponerse pié y gritar varias veces: ¡Viva España! ¡Arriba España! y ¡España: ¡Una! ¡Grande! ¡Libre!

Con ojos llenos de lágrimas y con prohibición de llevar la cabezatapada van a sus casas.

Veamos otra acción de Jefazo de Falange, viznieto de Juan Torquemada, el indiano, el cuatrero, el traficante en negros; ganador de fortuna vendiendo negros en la República Argentina, *Y EN VENEZUELA.*

Navarrete tiene en ese 1936 dos maestras y dos maestros. Dos de ellos van a ser destituidos: maestra y maestro. Dos, seguirán trabajando. Pero, veamos por qué causa fue destituido Servando Aguado, marido de la maestra Carmen. Ambos tienen varios hijos. Don Servando, era un maestro inteligente, trabajador y liberal. Leía, además de la prensa provincial, El Socialista.

En la casa cuartel están reunidos, tratando sobre quiénes eran más fanfarrones de los silenciados izquierdistas; Repasando a quién sería bueno detener para sacarle multa o llevarlo ante los fusiles. Ya van más de treinta fusilados en la Villa y, si alguno se pasa, hay que dar otra vuelta, o dos más hasta acabar con todos los de la CNT, UGT, y el PC. El pueblo está acobardado. Pocos

son los que se atreven a salir a las calles y plazas. El terror está flotando sobre todas las casas y, cuando alguien llama en la puerta -aunque sea para pedir un ajo- el: ¡Ay, Dios mío... para qué será? cala hasta la médula. Más de treinta familias han perdido al padre, al marido, al hermano, al novio o, al hijo.

En Logroño se fusila sin dudas de ninguna clase, y lo mismo cae el alcalde Basilio Gurrea, que el médico Vallejo o tres obreros de Navarrete junto a ellos. Y los fusilan en las tapias del cementerio.

Esa mañana, en la entrada del cuartel se hallan: Marcos, Martín y Juan Pedro, y están diciendo esto que sigue:

- Yo te apuesto lo que quieras -dice Menaut- a que don Servando leía *El Socialista*!

- No, Martín. Te equivocas. Muchos días, ya lo sabéis he estado con él de paseo.

- Pues yo te digo que, en el paseo de las escuelas, leía, -acaso a escondidas-, *El Socialista*!

Tercia Marcos que dice:

- ¿Por qué no vamos a preguntárselo al cartero?

- Buena idea, -dice Torquemada-. El puede decirnos toda la verdad. ... ¡Vamos!

- Antes, sepamos qué haremos, una vez conocida la lectura que este hipócrita hacía.

- Le ajustaremos las cuentas -replica Marcos-

- Eso es. -dice Torquemada- Si van al pelotón los que eran de UGT, no puede quedar impune un maestro que se ilustra o se enloda con un periódico socialista.

- Yo os propongo lo siguiente -dice Menaut-:

Si lee El Socialista, le diremos a Sánchez que le castigue destituyéndole -si lo leía de vez en cuando... Y, si estaba suscripto a él

(Aquí dicen los dos:

-..Al pelotón con él!!

Por la calle que fue foso en época feudal y se elevaban al pie de él los mejores palacios de la Villa, y la preciosa arcada llamada El Certijo, van "los tres jinetes del apocalipsis navarreteño"

Uno vestido de verde, como es su cuerpo de militares: la Guardia Civil. Los otros dos vestidos de azul, con las pistolas pendiendo de los cintos negros.

Quando pasan junto al frontón y, a la casa donde estaba puesta la placa de Angel García Hernández, -arrancada y pisoteada el día 20 de julio, los niños que han visto a estos tres hombres, de los que tanto y tan mal oyen hablar en sus casas- han dejado de jugar a la pelota y todos les miran son ojos de interrogación. "¿dónde váis...?" Tiemblan las ventanas y balcones... Chirrían muchas puertas... Se ve a mujeres que se meten veloces en sus casas...

Muchos ojos los van siguiendo..."¿A quién van a buscar por esa calle? ¿A quién irán a detener?... Al que detengan, esta noche caerá bajo las balas revolucionarias...

Llaman en la casa del alfarero-cartero: Fernando Zaldívar.

-; Basilia... Queremos hablar con tu padre...!

- ¡Voy...; Voy... ; Ay, Dios mío, a mi padre llaman...

Con las manos manchadas de barro y un delantal que le llevaba atado a la cintura se presenta:

- ¿Qué quieren... estos señores a estas horas...?

- Venimos, para que nos digas -le dice Torquemada- si Servando, recibía todos los días El Socialista, como un suscriptor, ¿o no?

Aquí, el alfarero-cartero, comenzó a pensar el delicado momento que se le planteaba. Si decía que lo recibía a diario -como era verdad- podían matarlo.

¿Qué hacer...? Tras de unos segundos de reflexión les dice:

- El maestro sí que lo recibía, pero...yo creo que... que se lo mandaba alguien de fuera...

- ¿Era a diario o, de vez en cuando?-dice Menaut-

-Pues...diario, no... De vez en cuando...

- ¿Has visto cómo lleva razón Juan Pedro?

- ¡No la lleva; Además, ya véis que lo leía y eso es lo principal saber hoy.

- Bueno, Zaldivar,, nada más. A seguir con lo tuyo.

- Adiós, señores...

Había salvado, quizá, la vida del maestro.

Claro que quedó destituido durante un tiempo y, después,

-le mandaron desterrado, pero, salvó la vida, que no era poco en semejante manicomio.

Navarrete es la Villa más importante en esa zona y, dentro de ella, los jefazos se dan la importancia que la situación les ofrece, cuando aún no había comenzado la guerra en serio, y menos se sabía quién de las dos Españas podía ser la vencedora.

Más de ciento cincuenta falangistas de ambos sexos visten camisa o falda azul. ¿Vocación partidis-

ta? En absoluto: ninguna. Se han hecho todos por terror; por salvar la vida; porque les habían dicho que, una camisa a tiempo, era el mejor salvavidas, pero, lógicamente, aquello había de traer algo unido, algo complicado... y eso les ha nacido de un día para otro.

Como en la capital saben que hay más de sesenta jóvenes afiliados en Navarrete, le piden a Juan Pedro Torquemada que bajen todos ellos para ir al frente a cubrir bajas.

Citan a todos mediante bando, para que acudan al local de la UGT. Allí está Juan Pedro, Rudiez, y Martín Menaut, con sus uniformes, sus yugos y sus ínfulas. Parecen grandes generales: Mola..Franco...Sanjurjo...

Juan Pedro, que es el Jefe de ellos les dice:

- "Camaradas. De Logroño me piden voluntarios. Han acudido al cuartelillo los camaradas de Entrena, de Fuenmayor, Cenicero, Briones, Nájera, Haro, etc, etc, etc. ; De todos los pueblos han bajado los afiliados menos de éste, de Navarrete; Me dicen si sois falangistas o estáis camouflados de ello... Así que, el que no baje estará tildado de traidor. Yo pido voluntarios y sois vosotros quienes tenéis que decir si bajáis o negáis la colaboración patriótica".

Todos se han callado, todos. Allí, de voluntad de ir al frente, nada. Lo vuelve a repetir con distintas palabras, pero, el silencio se impone: entre los falanges nuevos, de joseantonianismo cero. Sube a la mesa un hombre de unos setenta años, con la faja y la garrota, al que llaman El Serrano, porque ha venido del valle de Ocón hace años y en la Villa era, y sigue siendo, juez. Es de los primeros que acudieron al cuartelillo.

Este hombre, subido encima de una mesa les comienza a decir de todo: más o menos con este tenor:

- "Me casu en Reus...! ¿Y vosotros sois falangistas? ¡Vosotros no sois nada...! Sois unos cagaos...! Tenís miedo ir al frente porque sois rojos...; Rojos todos; ¡Hiprócritas!... ¡Buaf, por ahí, cobardes; Os habla el Jefe, y no tenís lo que hay que tener pa decir: ¡Yo voy; ¡Yo voy; Me cago en Reus... me dá asco vesus la cara...!"

Se baja de la mesa y sube otro, otro que era padre de uno de los falangistas primeros que salieron el día 19 por la tarde, y colocado encima de la mesa comienza diciendo:

- Yo quiero que me digas, Juan Pedro, si puen ir las mujeres al frente. Te lo digo y, de verdá, porque, si puen ir, tengo a dos... a dos que están dispuestas a demostrarles a estos que no tienen lo que tapan sus pantalones...! Que son unos cobardes y unos gallinas! Así que, anótame a las hijas pa' bajar a Logroño, que ya sabes ellas también son "falanjas"...

Y salieron casi todos, casi todos los jóvenes. Pero, no bajó Amador porque estaba en Segunda Línea, o sea... como inútil. Van los jóvenes a su casa y le insisten delante del padre "en que tiene que ir".

Su padre le dice que vaya a ponerse en Primera Línea y, que vaya con ellos.

- ¡Yo no voy a la guerra, padre;

- Haz lo que quieras, pero, date cuenta en qué situación sigue todo esto... y yo estoy con miedo.

Baja a la Capital. Salen todos los días volun-

tarios para Huesca... Para Santander... Para Burgos, Para Zaragoza... Los de Navarrete; los del pueblo de los Torquemada no se mueven. Una noche les insultan. Otro día, llaman al Jefe, para que les diga a las autoridades provinciales qué gente ha mandado allí. Y comienzan a salir. A los dos días se dice que ha muerto alguno de los falangistas.

Amador no sale. Les llaman para ver, por qué no van al frente los ocho que allí siguen? y deciden ir. ¿A dónde?; A donde les dice Amador: Al frente de Sigüenza.

- Vosotros, váis con unos treinta requetés que van al mismo frente. Os juntáis en la estación, y ya no os separéis. Ya saldrán a buscaros en el frente.

Esto se lo ha dicho el Jefe a los Palacios a Amador. Sólo a él. ... Les dan manta y cantimplora y les dicen:

- ¡Buen viaje, y a morir por la Patria, camaradas;

- ¿...?

En la estación están los requetés.

- ¿Para dónde te ha dicho que vayamos?

- Vosotros seguidme. Allá están los requetés.

Nosotros vamos a montar adelante, junto al primer vagón. No os juntéis con aquellos... y seguidme.

Los requetés cantan y cantan. Los falangistas van mudos. Llegan a Sigüenza. En el andén están los requetés contentos de ir a la guerra y a morir por la Patria. Los falangistas están en silencio.

- Seguidme... ¡Vamos por aquí arriba...

Y se meten en la ciudad reconquistada hace dos días. Está toda hundida... Llena de muertos bajo los escombros.

- ¿Dónde vamos?
- ¡Callad y seguidme!

(Se han metido en un palacio subiendo al castillo y, allí hacen su casa, su todo. Están en Sigüenza diez días. Tienen que comer de limosna... aquello ya no puede seguir porque sospechan de éstos jóvenes hasta algunos oficiales que los ven por los paseos todos los días.

- Nos vamos a presentar al Jefe Militar de la Plaza.

- ¿Para qué?

- Para que nos mande a Logroño otra vez. Que venga conmigo El Fresco.

- ¿Por qué no va contigo Pedro?

- No no, que venga éste, que es de Nieva.

Y se presentan al Coronel, Jefe de la Plaza.

- ¿De dónde habéis venido vosotros?...

- De Logroño, mi coronel...

- ¿Qué orden os dieron?... ¿No os dieron ningún papel?...

- No, mi coronel... ¿...?

- ¿Qué os dijeron?...

- Que veníamos a Sigüenza... ¿...?

- ¿Y armas?...

- No nos dieron, mi coronel... ¿...?

- Así que mandan a los falangistas al tun tun?...

¡Ahora mismo vais de vuelta a Logroño; ¡Inmediatamente!

Quando todos los falangistas de la provincia iban a Zaragoza, para hacer un gran desfile interprovincial, se cruzan con los ocho de Navarrete que van devueltos por no saber a dónde iban ¿...?

Aparecen en la calle del Beti Jay con la manta al hombro y la cantimplora en la mano...

Llaman los de guardia al Jefe Palacios y, éste, a Arróniz...

- ¿Pero, de dónde coño venís vosotros, calamidades?

- De Sigüenza...

- ¿De Sigüenza...? ¿Qué habéis hecho allí?

- Esperar....

- ¿A qué?... ¡Llama inmediatamente a Navarrete y que baje Torquemada ahora mismo, pero, ahora mismo;

¿Por qué no habéis llamado por teléfono? ¿Por qué no habéis intentado algo de algo...? Y tú lo sabías todo! Yo te indiqué a tí, que pareces el más listo, lo que teníais que hacer!.. ¿Dónde dejasteis a los requetés? ¡Esto es una traición;

- Desaparecieron sin verlos. ¿...?

- ¡Esto es una traición! Un sabotaje, y te va a costar a tí muy caro! ¿Te crees que se puede jugar a la guerra como si fuese cosa de niños, o qué? ¡Esto hay que averiguarlo muy en serio; Esto hay que aclarar. Mientras tanto, quedas aquí detenido... 10

Bajan Torquemada y Menaut. Torquemada saluda y tutea ^a todo dios, parece que, en falange, esto es lo correcto, aparte, es amigo de todos ellos. A Amador lo tienen cerrado en la oficina del Jefe Provincial.

Palacios le dice, que, allí, sólo ve una mala jugada del navarretano que estaba en Segunda Línea.

Juan Pedro le hace remangarse para enseñar el brazo.

-- ¿Véis cómo no mentía? Palacios... Mira que

no sabes bien la familia que es esta. Que yo conozco bien a éste "camarada" y no hay sabotaje.

- Yo no quedo convencido! Haremos un tribunal de

militar y le juzgaremos como corresponda.

- Que no, hombre, no. Deja de suponer cosas extrañas. Han venido, pues, ya está. Mañana que salgan para otro frente y asunto arreglado.

- ¿Eres tú garantía de su proceder?

- Lo soy. Te pido que lo perdones, camarada Palacios.

- Bueno. Por tí, Torquemada, hago una excepción con éste, que me parece no es trigo limpio...

Todos los falangistas, los siete, se quedan en el cuartelillo para salir a otro frente. Cuando Amador está en la acera de la calle le dice a Juan Pedro:

- Yo no me quedo. Yo no me quedo aquí.

- ¿Por qué? ¿Sabes lo que intentas...?

- Porque no sirvo para ir al frente. Porque soy además inútil.

- Y ¿qué quieres?

- Subo a casa y no quiero ir más a ningún lado. Iré al frente como soldado, - a la fuerza, pero no como falangista. Porque no tengo ideas falangistas.

- ¿Sabes lo que te digo? Que he sido muy dócil para tí, y, quizá lleve razón Palacios. Has traído a todos para no ir al frente. ¿Sabes que te podían hacer un juicio y hasta fusilarte por traidor?

- Es que...

- Mira, te lo digo ahora que no está Menaut y, porque bien sabes te aprecio desde siempre. Para salvar tu conducta, escribe en el periódico "algo" sobre la milicia, sobre nuestros camaradas, sobre lo que te parezca, pero, cubre esto que has hecho o subirán a por tí al pueblo y ya no respondo de tus huesos.

- Te toman por traidor y estás justificando ese juicio. Cúbrete cuanto antes.

No se le conoció otra acción como aquella a ese Torquemada de los pies planos y de la cabeza ovalada. El es uno de los que denunciaban. De los que van a misa con más simulada devoción. De los que llevan devocionario y, hasta rezan en alta voz. Han ganado la guerra y su postura parece ya eterna.

Era de ver, en aquel tiempo -tres años de la guerra civil- decimos que, era de ver, a Juan Pedro Torquemada, adornado con todas las insignias que se llevaban, como, por ejemplo: Casaca blanca. Banda del hombro a la cintura. Yugos dorados en el bolsillo. Cordoncillo dorado que le salía debajo de la barbilla y le llegaba a rodear el hombro izquierdo. Escapularios del Corazón de Jesús. Medallas de la Virgen del Sagrario y de la del Pilar.

Era de ver, decimos, verle en la tribuna, un día de desfile de las tropas italianas asentadas en Navarrete. En la tribuna estaban, los generales italianos, Berti, y Bergonzoli. A uno de ellos, pequeño y nervioso, con barbilla en ángulo, se le apodó "Barba Eléctrica". Entre ellos, y los demás oficiales estaba Torquemada igual que un gran dictador.

Más alto que todos ellos. Su cabeza destacaba como destacaba la del Mussolini. Al otro lado del Jefazo de Falange, estaba Rudiez, el anciano ex-guardia civil, con sus bigotes a lo Dalí. Aquel era Jefe de Falange de Entrena. ^{Rudiez} También estaba Menaut, que ejercía de Alcalde de la Villa de Navarrete, nunca pudo llegar una alcaldía tan baja y un criminal tan alto. ¡Ah, Navarrete, a dónde habías venido a caer después de tantos hombres famosos en teología y nobles artes;

Después de terminada la guerra-1 de abril 1939- hay gran escasez de hojalata y, Torquemada tiene, -como sabemos- una fábrica de conservas cerrada, pero, figura como fabricante. Dan cupos a los fabricantes y Torquemada se apunta a ellos. No trabaja la lata, ¿qué hace? venderla de contrabando y de ello vive. Dicen que saca muchos miles de pesetas por aquellos cupos que, -por ser él lo que és,- hasta han de ser más grandes que los entregados a Trevijano o Ulecia, los dos más grandes fabricantes de La Rioja.

Juan Pedro Torquemada, queda viudo recién terminada la contienda. Tiene un hijo ;Ay qué hijo; ;Ay qué fenómeno de criatura; ¿Qué culpas pagará él, de haber venido de semejantes genes?... La cabeza es tan grande, que, cuando va al colegio con los de su edad, corre... cae... y tienen que ir tres o cuatro amiguitos para levantarlo.

- ;Vamos, vamos, venir a levantar a Juanito... que no puede levantarse él solo... que se le vence la calimocha; -dicen todos los niños riendo-.

Hay algunos que, con la peor intención, cuando va corriendo, le ponen la zancadilla y cae... cae de cabeza contra el suelo. Esta es la herencia del Jefazo de Falange. Herencia que desaparecerá para siempre de la circulación navarretana. Estos son los residuos, los últimos que van quedando del que fuera amigo del dictador Juan Manuel Rosas.

Ha muerto también ¹El Ronquillo, aquel astuto denunciador de inocentes, y que presumía no poco de

ser amigo de la autoridad imperante en julio del 1936: Amigo de los guardias. Amigo de los Jefes de la Capital riojana.

Se cuenta del una anécdota. Una noche de aquellas de julio, en que se comenzó a pelear en los frentes de Somosierra, y más cerca aún en Villarreal de Alava, una noche decimos, en que el cuartelillo estaba lleno de gentes venidas de otras poblaciones próximas, el Ronquillo salió a mear fuera del edificio y escuchó un ruido... Cortó la micción y entró corriendo al cuartel:

- ¡Un avión...! ¡He oído aterrizar a un avión..!

- ¿Dónde? ¿Dónde ha sido? - le dice Rudiez-

- ¡Por aquí cerca!... ¡Muy cerca!... Yo creo que en la era de ahí abajo, donde trillan...

- ¡Venga; ¡Todos a formar; ¡ ¡A formar; ¡ ¡

Se despiertan todos. Se levantan los guardias...

Rudiez ordena inmediatamente todo:

- ¡Traer carros desde El Coso! ¡Cerremos las carreteras de todos los pueblos. ¡Traed cadenas y palos;

En media hora, Navarrete ha quedado bloqueado, y sin poder cruzarse con vehículos.

No era avión. No era nada. Era el miedo que llevaban con ellos los Torquemada.

Ha muerto el Guardia Primero, Marcos. Ha muerto, el mismo día que fue llegado a Brunete. Iba llorando como un niño al dejar Navarrete. En su mente debían interrogarle todos aquellos amigos de la bodega que había matado con su propia mano.

Va al frente y tiene miedo. ¿Será un castigo contra él, quizá, al saber los desmanes que ha hecho? Tiene miedo y va llorando el que metió

el terror a todo el pueblo en el cuerpo.

Al día de llegar, ha caído para siempre y de forma poco honrosa. ¿Será la sabia Naturaleza quien hace la mejor justicia?

Ha muerto "El Americano", cuando ya la casa Torquemada tiene pocas reservas.

Después, seguiremos con Juan Pedro, el Jefazo, ahora veamos cómo vive "Juan Antonio, el más joven de esa maldita saga; aquel que quería matar a Azaña, a Santaolalla, y a Amosito Salvador. Veamos qué le ha pasado al que echó el primer bando revolucionario en la Villa, un domingo 19 de julio de 1936.

Juan Antonio se fue de la Villa a los ocho días de nacer: la revolución y de ser Alcalde. Se fue para luchar en los frentes, dicen que, su lucha, fue desde las cacerolas de la cocina. Iba, era lo lógico, en una columna de falangistas. No ganaría medallas ni premios en los tres años de guerra. Aquello de matar a enemigos importantes se vé que lo soñaba como si fuese un tiro de pichón, o, atados con esposas en las muñecas.

Cuando acaba la guerra regresó, y, al cabo de medio año ¿por qué sería?... ¿Otra vez hay que creer en la Naturaleza? Este hombre con más de uno ochenta de alto y gordo más que lo normal, quizá por

lo mucho que comía en el frente de guerra, le dá por engordar, y engordar, y engordar... Además, está semanas y semanas; meses y meses metido en cama...!

¿Qué le pasa a Juan Antonio Torquemada? Nadie lo sabe. Nadie entra en su casa... El médico calla y no suelta palabra; nadie se atreve a preguntárselo: allá él y sus problemas.

Un día, se dice, que le han hecho una cama de tabla para sacarlo a tomar el sol a la terraza. Los niños que lo saben, suben al campanario que desde allí lo ven, y cuentan cosas extrañísimas: unos dicen que parece una tinaja grande, muy grande, de aceite, toda negra... Otros: que parece un hipopótamo...

Cuentan los niños que está desnudo, sólo con un pequeño tapa-rabos y que, allí, al sol, se pasa todo el día. Que no se le ven los ojos de hinchado que está... Que no oye, ni sabe hablar... Los niños, *desde la torre* le gritan, le hacen gestos y hasta le tiran con pequeñas chinitas para ver si saltan encima de su vientre. Hay niños que le cantan a coro:

"Juan Antonio!

¡Juan Antonio Torquemada!

¡Pareces la ballena

en la azotea asada!"

Así uno, dos, tres y cuatro años, hasta que, por fin, dicen que anda, que comienza a saber andar, con dos muletas de palo, enormes...

Cuando ya sabía andar, parece que, por mediación de Juan Pedro, se casa con una buena mujer, excelente mujer, tiene un hijo, y ella muere poco después.

Muere Juan Antonio en la más triste miseria, y lamentable; muere el hijo, recién casado, en una bañe-

ra, acompañado de su jovencita y enamorada mujer. (1964) Por ese lado se acabó la herencia de los Torquemada. Está llegando el fin de toda aquella saga.

Ya hemos dicho antes, que, Jose Manuel, en esa década de los años cincuenta, ^{el} ha dado en tonto. Tiene los años que van del siglo y parece un anciano de noventa. Este Torquemada está fatal. Lo llevan de paseo entre dos personas, para que le dé el aire y el sol. Se le va cayendo la baba hasta el suelo, y lo hace sin interrupción. No puede elevar los ojos ni hablar. No son pocos quienes, al verlo, dicen por lo bajo, -que aún no hay libertad para decírselo a él: "Esa es la compensación a los crímenes que tú has hecho en tierras del Najerilla;" No se puede asegurar si hay o no una balanza que pone el fiel a su debido tiempo, pero, si analizamos desde el inicio hasta el final ésta saga y su proceso destructivo, hemos de reconocer que, la Naturaleza, es justísima en veredictos y que, con ella, no se juega. Que hace justicia contra quien trata de aniquilarla, tanto que sea en terreno vegetal y atmosférico, como en lo irracional o pensante de la más alta ecuación internacional. Ella entrega el premio o el castigo en su preciso momento. De este proceder con gentes criminales del 36 -si nos salimos de la saga los Torquemada- aún podemos citar entre otros: a la Jefe de Falange durante la guerra, que casa con un viudo de Sotés, y queda totalmente tonta como Jose Manuel. Exactamente igual. Hay un enano, Goyazo, que

muere apisonado por una sembradora de remolacha.

Hay quien da en loco: como "El Suave", que, estando en la cama, no hay día que no grite: "Que vienen" / "Que vienen los rojos a por mí" / "Socorro, que quieren matarme" / Hay quien sale del pueblo y no vuelve a él jamás, por la vergüenza de lo que hizo.

Mueren casi todos los falangistas que salieron en el primer tiempo, sin llegar a ser maduros. Y también mueren, de la peor manera, los denunciadores viejos. Ellos, jamás ya tuvieron paz.

.....
 Estamos en la década de los años cincuenta; años estos en que han desaparecido casi todos los Torquemada. Queda uno, el más gigante, el que fue, -ya no es- Jefe de la Falange. Si lo es, lo calla.

La casa, económicamente, se sabe que va muy mal, muy mal. A sus hermanos, Jose Manuel y Juan Antonio, años antes de que murieran parece que, en una reunión de familia, les compró su parte y, lógicamente, les engañó: el más zorro entre los tontos era Juan Pedro.

Suya es aquella gran casona que edificó su abuelo. Suya aquella grande huerta toda cercada, que llegaba desde El Cubillo hasta la Laguna. Suya, la vieja casona de la Calle Mayor Alta, aquella que compró el fundador de la saga y, donde todos los días era sacado al sol el pequeño de los viznietos.

Como hemos de seguir fielmente la vida novelada de éste último descendiente, aunque ella no resulte de gran interés, vamos a detallar acontecimientos incluso de parodia, siguiendo esa biografía, unas veces totalmente sincera y, en ocasiones, aparentemente de ficción.

La fábrica de conservas está cerrada desde 1936. Amigos, muy amigos eran Juan Pedro y Martín Menaut, el de tristísima memoria para la Villa realenga.

Ambos deciden hacer algo en común, pero, antes, digamos que, Menaut, tenía fama de ser gran mecánico, y que, su padre, era herrero, él fue quien forjó la puerta que cierra el cementerio actual, esa puerta fiel complemento, no cabe duda, de la maravillosa portada románica.

Se decía que Martín, aprendió a mecánico en la inicial aviación, y que por ser hábil soldado, era el predilecto del aviador Kindelán. Antes de que se nos pueda olvidar y haciendo otra vez justicia a la Madre Naturaleza -de la que todos dependemos- se ha de decir que ese hombre, sale un día como huído de la Villa donde ejerció de miliciano y asesino. Parece que quiere ir lejos, pero, tiempo después le encuentra alguien del pueblo por el reino de Valencia pidiendo limosna. La sangre que llevaba en sus manos, jamás la podría limpiar, como nuevo Macbeth de nuestra guerra civil, 1936-1939.

Bueno, pues, el que había estado de joven por tierras de Pancho Villa, un día, le dice a Juan Pedro:

- Si quisieras podíamos unirnos y hacer una cerámica.
- ¿Dónde Martín?
- En tu huerta. Detrás de la fábrica.
- ¿Crees que se puede?
- Lo he calculado todo. Ya sabes mi temple. Allí tienes agua que baja desde Moncalvillo, hasta el Cubillo que abastece a la Villa. Tienes tierra de arcilla allí mismo, al pie del monte San Cristobal.

- Me das una idea estupenda, Martín. Se podía conseguir, pero ¿y dinero...? ¿Dónde tenemos el dinero?

- Yo me juego lo que tengo. Si tú pones el terreno y ayudas un poco, eso está hecho.

Al cabo de quince días la cerámica estaba en marcha. El pueblo reía por lo bajo al ver qué sociedad era aquella, porque, si mala cabeza la de Torquemada, nada digamos de Menaut, que, incluso, ponía sus últimos pesos mejicanos en terreno extraño...

¡Qué dos cabezas revolucionarias!

Compran máquinas de hacer ladrillos, hueco y macizo. Aquello marcha. Hacen miles y miles de ladrillos todos los días, pero... no hacen hornos.

¿Qué idea tienen aquellos dos cabezudos tan descabe-llados? Se dice, se dice...-dicen-, que tienen ya

más de cien mil ladrillos hechos, secos y apilados,

y, aquí, ahora, viene la novedad: Martín Menaut no quiere hacer horno tradicional, ni tampoco esos últimos que cuecen con gas-oil o fuel-oil. Menos con electricidad. ¡Nada de mecheros ni resistencias!

Manda limpiar una gran extensión de terreno, como para hacer un campo de fútbol, y allí marca el horno con una regadera llena de pintura de cal.

Cuatro peones llevan ladrillos en carretillas.

Otros cuatro peones los van poniendo según indica Menaut, dejando una cavidad para que sirva de caldera en la que irá la leña por ocho bocas. Es algo muy parecido a una grande loma-pirámide, con su sepultura y todo, que es la caldera.

El pueblo ríe de la idea. Hasta se dice que, Menaut quiere cocer el horno con excrementos de ani-

males, pero, que no hay tantos en la provincia como él necesitaría para meter y quemar. Es, les ha dicho a los de más confianza: cómo se cuecen los ladrillos en Méjico. Para él, España, es un atraso constante.

La obra seca allí colocada tiene unos ocho metros de alta por treinta de larga. ¿Funcionará?...

Los tejeros de la Villa: los Salaverri, con oficio desde varias generaciones atrás, rien a carcajadas, y ya lo ha titulado uno de ellos: "Manicomio de los discípulos de Jose Antonio".

Comienzan a traer leña; recorte de árboles y de tablones. Traen también carbón, en camiones. No mentiríamos si aseguramos que, todo el pueblo ríe y se alegrará de que aquello fracase o explote...

Para otros, para los que desde siempre son seguidores del fascismo -y éstos son "los padres" en la villa de él-: Menaut es un genio. Un desconocido.

¿Genio?...

¡Dos días cociendo! ¡Seis días! ¡Veinte días!...

Y se sigue metiendo leña por las ocho bocas... Camiones y camiones de leña entran cargados y salen vacíos!

¡Treinta días cociendo!

- Martín -le dice Juan Pedro- ¿No está esto tardando mucho en cocerse?...

- Comprende, Juan Pedro, que son muchos miles de piezas que tienen que perder la humedad. Si un horno corriente tarda dos días, éste tiene que tardar cuarenta. Es la equivalencia: piezas, humedad, calorías.

- Me has convencido, pero... llevamos treinta y un día sin cesar de quemar leña...

- Esto será revolucionario, ya lo verás.

¡Cuarenta días cociendo; ¡Ya no cabe más leña en la caldera; ¡Agua; ¡Que traigan agua para sacar todo el rescoldo, y volver a quemar antes de que se enfríe la obra que cuece;

Hay que traer agua para apagar tantísimos metros cúbicos de cenizas y brasas. La sacan los obreros quemándose las entrañas, y, otra vez ¡Hala; ¡Venga; ¡A quemar leña;

Martín saca ladrillos por los agujeros que dejó para hacer catas... y salen crudos... crudos como porros en la finca.' Al cabo de dos meses sin parar, -los últimos días con carbón, porque ya no cabe otra vez la leña, deciden dejarle que se enfríe para "desornar," o, mejor dicho: Des-hornar.

La población es feliz. Ríe a carcajadas por cuanto dicen los peones que allí está pasando.

No quiere ni aparecer Torquemada, ni ver en qué para toda aquella locura.

Comienza Menaut a retirar desde la picota, los ladrillos que están fríos... como cuando estaban en la era. Llega a más de la mitad de la loma quitando obra sin cocer y, maldiciendo, sin que se le oiga, porque sabe lo mal que se le quiere. ¡Crudo... todo crudo... todo, como si no le hubiese tocado nada de calor.' No hay ladrillo que sirva.

Y, de pronto... todos negros... cocidos... como fundidos en una sola pieza... Pegados unos a otros. ¿Qué hacer?... ¿Traer máquinas para meterlas como en las aceras o en las minas?... ¿Traer dinamita y volarlo todo?... Los obreros están solos. Nadie sabe dónde están los dos socios.

.....

Tiempo después, cuando todo se hizo desaparecer, aparece Martín Menaut con Juan Pedro para decirle:

- Ha sido un error, un mal entendimiento entre la cantidad que he mandado poner y, el juego del fuego dentro del seno, pero, eso ya está hecho. Tenemos a nuestro favor la mitad de los ladrillos que son utilizables.

Piden préstamos que consiguén a medias. Juan Pedro tiene que vender vajillas de América. Vende objetos valiosos de plata. Vende a un venezolano que viene del exilio, el escritorio que llevaba Bolívar en la guerra. Una verdadera maravilla de mueble de palo santo. Hay cajones secretos, que sólo mediante un cierto juego con ellos, se abren los más clandestinos. Lo malvende porque necesita dinero. Vende libros, y "se salva como por milagro, la primera edición del Quijote", que había comprado a un "jesuíta" en ~~Buenos Aires~~ ^{Venezuela} ^{Era de Bolívar?}. Esta es la quiebra total de toda la familia, desde 1800. *(Leer página 126)*

Mientras tanto, ha pensado Menaut que, si bien lo del horno queda descartado, hay que "pensar" en un molino moderno, para la tierra que sacan del monte cercano. No pueden molerla por sistemas tan poco rentables.

De dónde lo sacaron nunca se supo. Cómo llegaron a saber de él será por siempre el máximo misterio,

pero, se les uné a los dos socios un elemento que tenía que estar huído en España -o protegido- desde que acabó la guerra de Alemania. Se hace llamar con apellido italiano, pero, dicen que es un jefe de las SS de Himler. Lleva en los brazos las cruces gamadas del hitlerismo, pero, quiere que le llamen: Falconetti. ¡Mentira! ¡Él es nazi! ¡Él es un criminal como aquellos dos que lo han buscado... o se lo han ofrecido! ¿Dónde?... Misterio.

Por ser alemán, y de las SS, lo creen un semidios. Le obedecen en todo lo que diga, pero ¿qué ha pensado aquel nazi? : Un molino que tenga dos grandes bolas de acero o del material más potente que exista, para destrozor terrones e incluso piedras. Si hay que buscarlo en Estados Unidos o en China habrá que ir a por ellas. Estas dos bolas de miles y miles de kilos cada una, girarán, a modo de aspas, y, en su velocidad, destrozarán todo. Recorren toda España, y, al final, consiguen que les fabriquen lo que desea el nazi refugiado en España.

La instalación que han hecho es como para el lanzamiento de un cohete de la NASA. El nazi dicen muchos vecinos -acabará dándoles la puntilla a los dos socios fascistas. Hay quien dice que "están maldecidos". Que "es un castigo del de lo más alto contra tanta maldad como llevan encima". Otros, que ya han visto las grandes bolas de acero inoxidable, creen que "hasta morirán bajo sus toneladas de peso".

Cuesta, Dios y ayuda extraterrestre..., poner en marcha semejante artilugio. Falta fuerza eléctrica para moverlo. Cuando se empieza a poner en marcha,

saltan plomos, se quema instalación: ¡El desastre;

Un día, por fin, logran que comience a tener media velocidad y derrumba el techo donde está cobijado.

¡¡Alto!! ¡¡Quietos!!... ¡¡Todos fuera!! - Gritan Torquemada y Menaut. - ¡¡Salid todos fuera que se hunde la casa!!...

Cuatro obreros son llevados a sus casas llenos de heridas y contusiones.

Al segundo intento, acortándole velocidad, nadie sabe cómo, se ha desbocado y todas las casas próximas tiemblan con las vibraciones. Nadie puede pararlo porque toda la nave tiembla y ruge el artefacto.

Los obreros salen corriendo y oyen por un lado y por otro: ¡¡Detenerlo!!... ¡¡Pararlo que hundirá la casa y hasta la fábrica de conservas!!...

Tienen que ir al transformador, romper la puerta con un hacha, y desconectar todo el fluido del pueblo.

El nazi, que les tenía mucho dinero pedido a cuenta del contrato, ha desaparecido de la Villa y nadie sabrá nunca más de él.

Poco después, Menaut, fracasado en sus dos intentos y arruinado económicamente, desaparece de la Villa y, un año ^{más} tarde, lo verán pidiendo limosna por Utiel... Ha quedado sólo Juan Pedro Torquemada.

¿Qué hacer...? ¿Qué rumbo tomar cuando la vida le dice que tiene aún unos años para luchar?

El párroco, que fue a ver en qué quedó todo aquel barullo del nazi le aconseja:

- Juan Pedro, te lo he dicho muchas veces. Pon

en marcha la fábrica de conservas, que es lo mejor

que dominas y déjate ya de fantasías y de gentes que te vuelven loco.

- Lleva razón, don Millán. Volveré a ella sólo, que yo sólo es como mejor me he movido hasta hoy. No debería haberme asociado con nadie, lleva usted razón.

Limpia la fábrica. Busca mujeres y ¡otra vez, como en el 1932, en marcha! ¡Otra vez comprando tomate y pimiento! ¡Otra vez haciendo conservas!

Todo empezó bien, muy bien aquel verano, pero... pero ¿no hemos dicho ya varias veces lo sabía que es la Naturaleza?. Una mañana de septiembre, nadie sabe cómo ni por qué, parece que temblaba toda la fábrica... ¿...?

¡Las casas tiemblan! ¡Las lámparas se mueven...!

¿Qué ocurre?... Salen fuera todos los trabajadores y hay uno que dice:

- ¡Mirar...! ¡Mirar lo que pasa en el monte San Cristobal; ¡Se está hundiendo!

- ¿El monte? ¿Pero qué dices, mocosos?—le dice Juan Pedro— ¿Dónde has visto tú semejante cosa...?

- ¡Mírelo,, mírelo allá arriba!... ¡Hace como escaleras!... ¡Se hunde, y está bajando pa' aquí...!

Y era verdad. Se estaban abriendo escalones de medio metro y hasta de dos metros de profundidad... Y estaban bajando loma abajo buscando la fábrica... Cada cuarto de hora o, cada media, un nuevo escalón. ¿Pero, es que hay debajo del monte un gigante que se traga la loma?...!

Se ha corrido la voz por el pueblo y todos acu-

den cerca de la huerta y fábrica. Suben por la loma para ver mejor lo que allí pasa y rien a carcajadas de lo que están viendo. Cientos de voces de mujeres y hasta niños, dicen a una:

- ¡¡Otro más!! ¡¡Que se haga otro más!!

Y por otro lado dicen:

- ¡¡Mirar, mirar allí... Ya se ha abierto otro... ¡Pronto llega a la casa y la hunde...! ¡¡Que la hunda, que la hunda... que la hunda!! ¡¡Que aplaste al cabrón!! ¡¡Que aplaste al cabrón!!

Los escalones siguen y siguen, produciendo un terror enorme en el último Torquemada que vive.

Tocan a rebato. Don Millán está tocando para que la gente acuda más y más, y salven de la casa todo lo que sea posible. Y el pueblo acude, pero nadie le dá una mano ni se acerca a la propiedad maldita. El pueblo no quiere auxiliar a semejante personaje que trajo luto y dolor a la Villa. Todos están mirando cómo sacan de la casa camas y enseres, pero nadie dará una mano, salvo las mujeres que las tiene pagadas en su fábrica. Están flotando sobre el ambiente de esa finca los treinta y seis fusilados en el treinta y seis. Flota en el ambiente el dolor de los azotados; de los torturados sin causa; de los vilipendiados porque pedían una España con mayor justicia social. Allí nadie dá una mano! Todos claman para que aquel hundimiento, que parece cosas de Satanás, llegue hasta él y lo entierre ante la impasividad del pueblo. Ahora grita a las mujeres, para que quiten de la fábrica, las lámparas de luz y, sin embargo, no se ocupa

de las máquinas.

Por fin, tras de hacer patente hasta donde llega la Naturaleza si se le ponen entufadas las narices, cuando ya está muy próximo el derrumbarse de toda la fábrica, se detiene el hundimiento de la ladera dejando de formarse más escalones.

Los vecinos, sentados en cien lugares, han seguido paso a paso, tranco a tranco, aquel avance y, cuando se detuvo dijo:

-¡¡ Ahhhhh! ¡¡ Qué lástima... con lo bien que lo estabas haciendo San Cristobal de los pobres, y ahora te has detenido...!!

Aquello culminó la desgracia del último Torquemada, ¡No quiere vivir en el pueblo que nació;

Venderá lo poco que le queda y se marchará de la Villa.

Vende la fábrica y la casa. Cuando van a revisar la gran casona, el nuevo dueño encuentra en el alto, varias cajas de bombas de mano.

"¿Bombas para qué?" -dicen los vecinos-. ¡"Este cabrón quería matarnos a todos"; ¿Eran para matar a quien se arrimara si fracasaba la sublevación en 1936, o las llevó después, cuando Hitler perdió la guerra, y España parece que tendría un cambio de política? ¿Le pedía a Dios ese hombre que le diera bombas en vez de buenas obras?"

Subieron los soldados del campo de aviación de Agoncillo y se bajaron todas ellas a Logroño para darles utilidad en maniobras militares.

Vendida tenía la casa cuando enfermó y esta-

fine

ba más sólo que la una.

Una vecina y su marido, pasaban a cuidarle y dicen que, en el inconsciente, gritaba sin cesar: - ¡Cuidado! ¡ ¡Cuidado! ¡ ¡Cuidado! Martín, que aquellos son rojos que vienen a matarnos! ¡ ¡Son los rojos! ¡ ¡Que vienen los rojos, Martín! ¡ ¡Y aquellos?.... ¿Quiénes son aquellos que vienen con las sienas destrozadas?... ¡No! ¡No! ¡Yo no fui...! Fue Sánchez... ¡Era Sánchez, y Martín, y Rudiez... y mis hermanos... ¡No! ¡No! ¡Yo no! ¡Yo no...! ¡Perdonadme!

Lo mismo le pasó al criminal Rudiez y a otros pero, etc., irá en libro aparte.

Con esa idea murió. El terror a las malas acciones que cometió le torturaron hasta los últimos momentos de su vida.

Lo mismo cuentan que le ocurrió a su hermano "El Bolchevique". Veía procesiones de asesinados que venían desde Nájera preguntando por él. Traían las sienas abiertas y los ojos fuera. Iban buscándole por todas las calles de la Villa para sacarle los ojos y la lengua, y, él, pedía auxilio sin cesar.

Era la cosecha que, desde el primer Torquemada había ido de generación en generación transpasándose unos genes de mala entraña, unos genes que llevaban odio, indignidad, falta de honor y crimen oculto bajo unas ropas de gaucha; entre los pliegues almidonados; dentro de unas ropas negras, o, bajo el ala de un sombrero traído de América.

Así acabó y para siempre aquella maldita saga de los Torquemada, a los que jamás olvidará la tierra alegre, promisoría y acogedora en la que habían venido a nacer y en la que fueron como una mala semilla que sólo la Naturaleza acabó por enmudecer para siempre.

Habrá quien no lo crea. Otros dirán que puede ser verdad. Yo digo que, todo el que quiera, - si tiene fé y si le parece buena la intención- puede acudir a rezarles encima de sus restos, por ver si salen, un tranquito más, de aquel infierno que tanto temieron de boquilla, y que lo hicieron suyo en esta tierra. Bueno, pues, al que tal obra quiera hacer, le digo que, salvo el nacido en Pedroso, todos los demás están enterrados en la primera parcela de terreno del cementerio de la Villa, según se pasa la portada románica a la derecha, y la tiene -desde siempre- cercada por una barandilla de forja. Te lo digo porque la he visto, y, porque esa tierra tiene una mala leyenda: Dicen que, en ella, jamás hay una rosa, ni tan siquiera crece la hierba. Mira tú lo que habrá debajo! Ni sus cenizas sirvieron para abono; Lo que has leído, te lo he contado tal y como a mí me lo iban relatando gentes de la Villa - que, todo esto, lo fueron recordando de generación en generación. Como ves, siendo así, no he hecho sino pasar a letra todo aquello que el pueblo conoció de memoria en las distintas épocas en que

vivieron y dieron no poco que hablar, -pero, lógicamente, mucho más que sufrir- aquella maldita saga a la que se le conoció por el trágico apellido de: "LOS TORQUEMADA."

Vale.

Tobía (LARIJOJA)

14 de abril 1980

Nota aclaratoria:

Tiempo después de escrita ésta novela, el autor entró el día de los difuntos al cementerio de Navarrete. Quiso comprobar si seguía estando allí aquel terreno cercado que se cita en el libro, y vio que sí lo está, pero, lo curioso y extraño es que, allí, no existen -no ya los Torquemada que es apellido empleado por el autor a su comodidad- sino que no figuran los apellidos de toda esta saga, y sí hay otros que nada tienen que ver ¿...? Del apellido de estas gentes que venían trayéndolo desde varias generaciones -caso curioso- no queda ni rastro en la Villa. Testifica que tampoco vio flores ni hierba dentro del recinto, luego, debajo, sí que estaban todos los "Torquemada" que se han citado.

Vale. 1980

ETAOIA



ESTABA LA
PUERTA
CERRADA. NO
PUDE ENTRAR
PERO, DESDE LA
PUERTA HICE
LA FOTOGRAFIA.

ESTA ES LA SEPULTURA DE "LOS CERENAS" EL
AÑO 1998. NI UNA LÁPIDA NI UNA FLOR. NI UNA CRUZ!
LO OSCURO ES LA PARED DE ENTRADA. LLAMADO "NOCERCHO"
Y HAY UN CURA

YO NECESITO
ESTABA
ESTE
DOCUMENTO
"AHÍ ESTÁ!!"

I N D I C E

Página	1	PROLOGO
" "	5	LA CREACION
" "	49	LA CONQUISTA
" "	127	FUNDACION DEL NUEVO ESTADO,
" "	169	LA SAGA ESTA ARRUIINADA
" "	201	EL APOCALIPSIS

I N D I C E

PROLOGO	Página 1
LA CREACION	5
LA CONQUISTA	49
FUNDACION DEL NUEVO ESTADO.	127
LA SAGA ESTA ARRUIBADA	169
EL APOCALIPSIS	201

ANTONIO CILLERO ULECIA

LA SAGA MALDITA
DE LOS
TORQUEMADA

.....

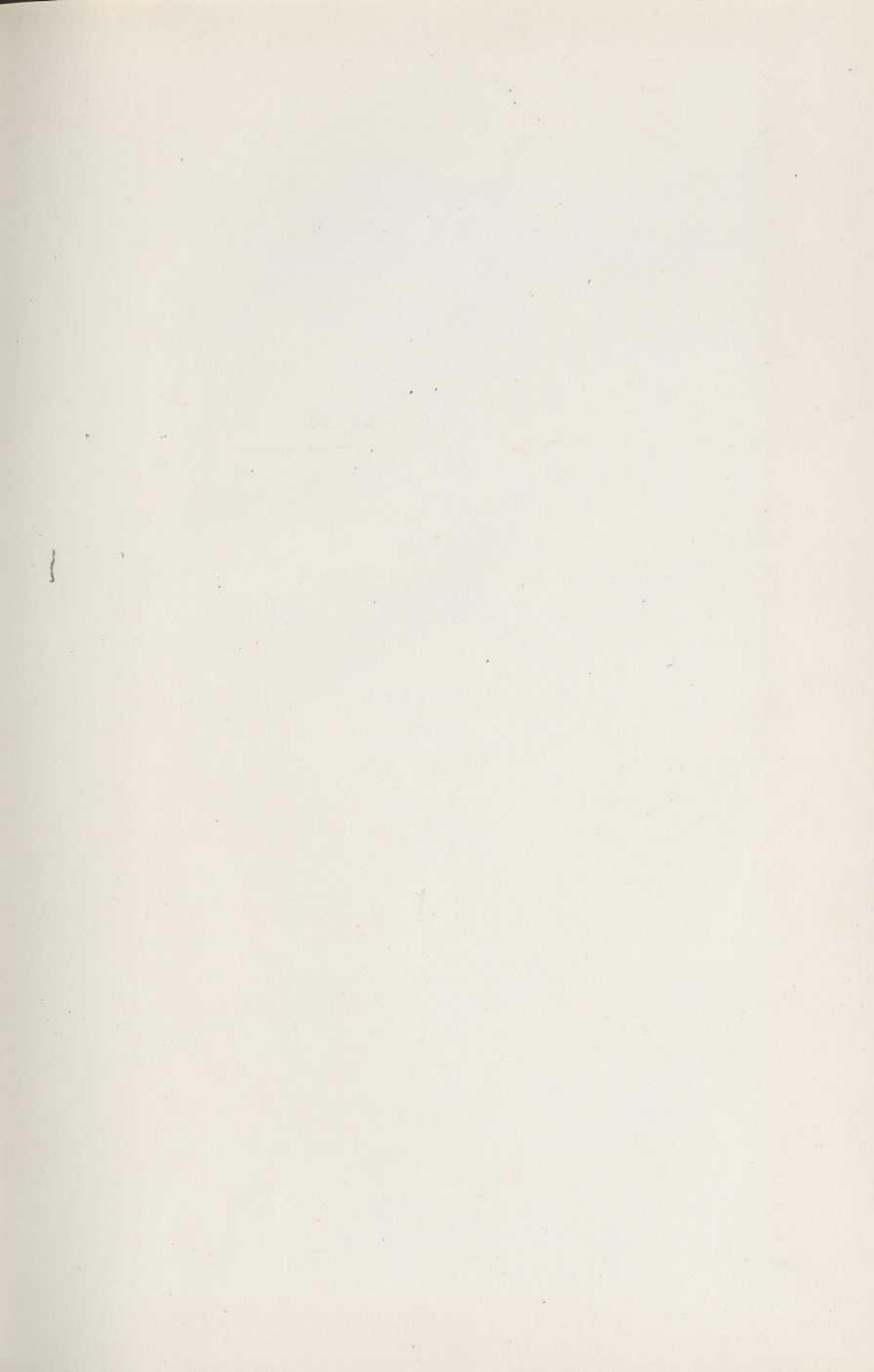
TOBIA 1980
(LA RIOJA)
14 de abril 1980

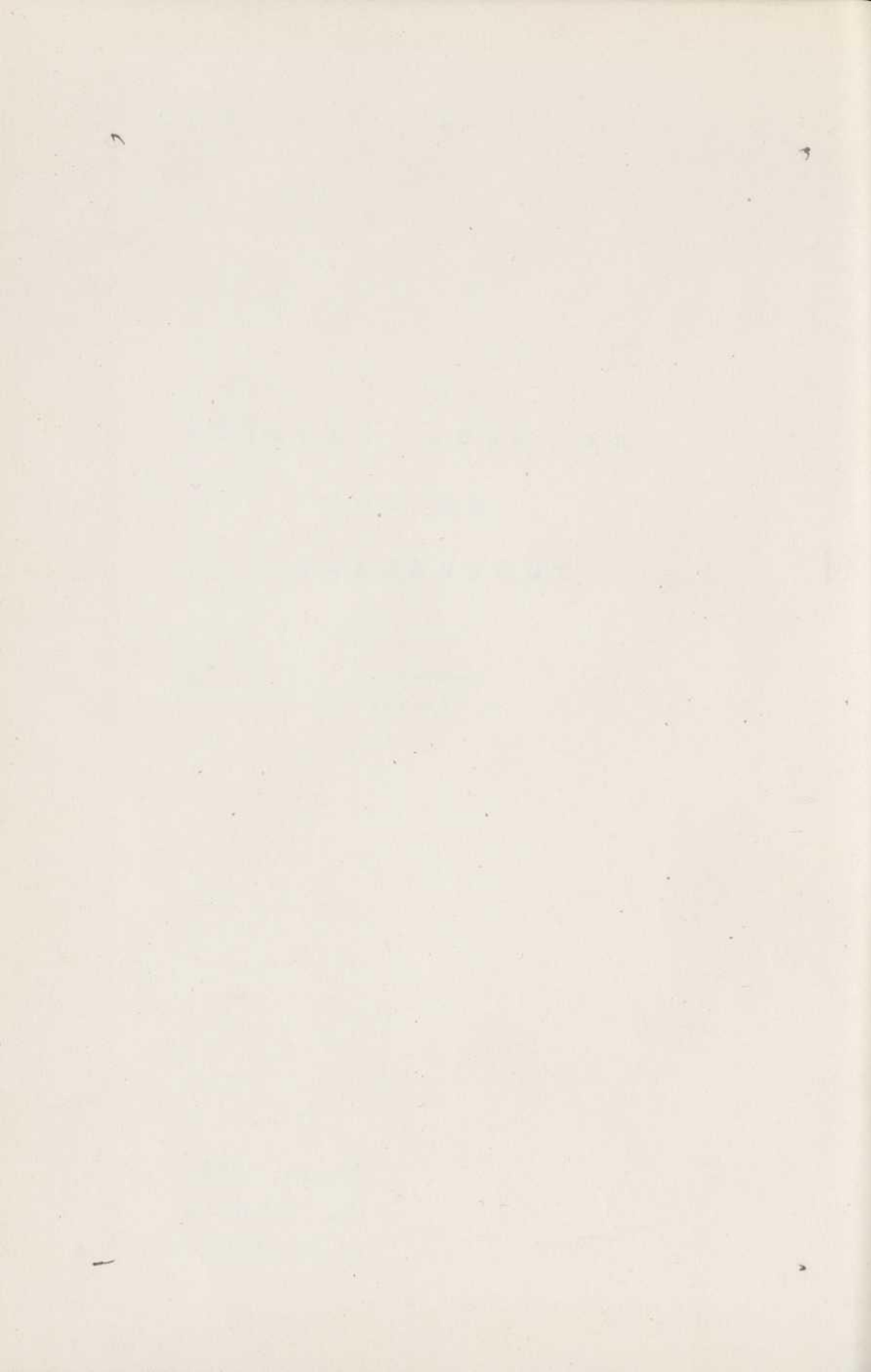
ANTONIO GILBERTO ULECIA

LA SAGA MALDITA
DE LOS
TORQUEMADA




TORQUEMADA
(LA MALDITA)
14 de abril

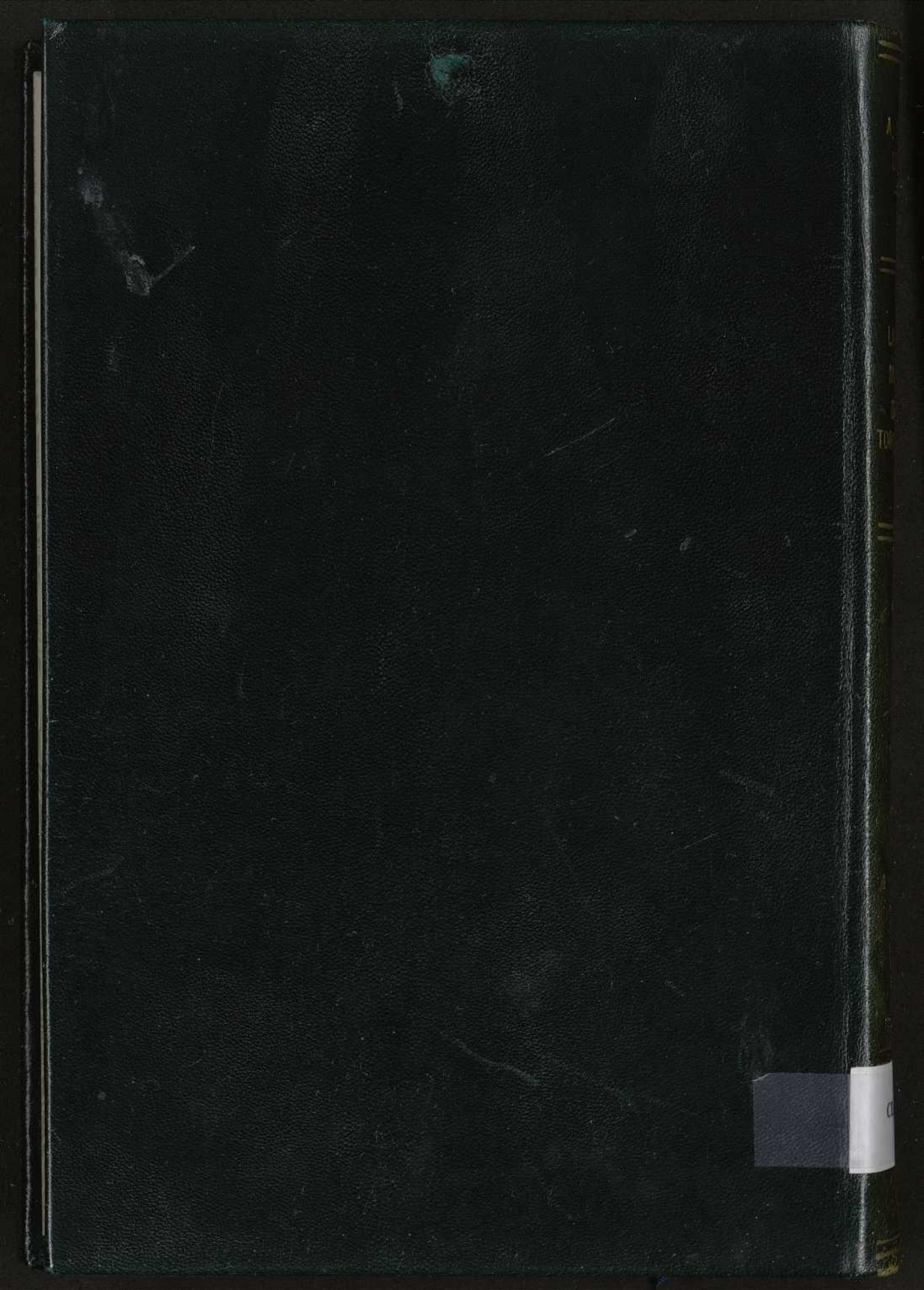








ENCUADERNÓ:
F. MARAVÓN
Logroño



A. CILLEROS
ULECIA

ESTUDIO Y EDICIÓN

LA SAGA
MALDITA
DE LOS
TORQUEMADA

CIL-28